



JUAN FERN

922.283

S 586f

1987

a. 3

**CARDENAL
Raúl Silva Henríquez
COHERENCIA DE UN MENSAJE**

022590

1987

**CARDENAL RAUL SILVA HENRIQUEZ
COHERENCIA DE UN MENSAJE**

© Juan Fernández B.

© **EMPRESA EDITORA ARAUCARIA**

Derechos reservados

Inscripción N° 67.907

Primera Edición: Setiembre 1987

Dibujo de Portada: Julio Herrera M.

Diagramación, Diseño y Arte

Area Gráfica Araucaria

Ricardo Matte Pérez 0301

Impreso en GRAFICHILE

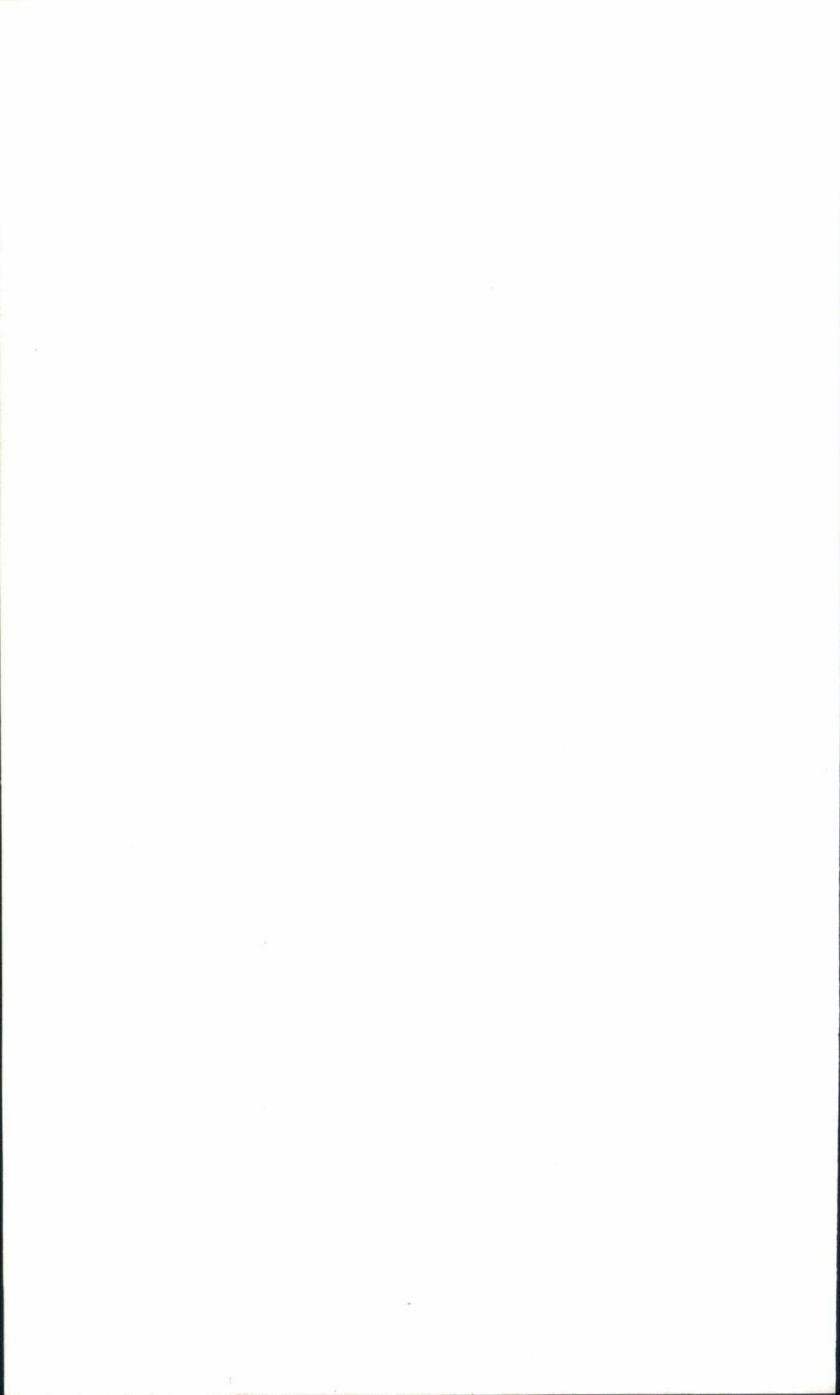
Carmen 760-B — Santiago

CARDENAL
Raúl Silva Henríquez
COHERENCIA DE UN MENSAJE

JUAN FERNANDEZ B.

hoy

EDICIONES



PASTOR EN TIEMPOS TEMPESTUOSOS

Como en muchos otros lugares de Chile, los acontecimientos del 11 de setiembre de 1973 fueron una sorpresa en la sencilla residencia de avenida Simón Bolívar, en Santiago.

Eran apenas unos minutos después de las ocho de la mañana. El cardenal Raúl Silva Henríquez acababa de officiar la misa en la capilla privada y, como de costumbre, seguía meditando y rezando en silencio cuando una nerviosa religiosa trató de interrumpirlo.

A las preguntas del sacerdote Luis Antonio Díaz, secretario privado del arzobispo, la religiosa sólo atinó a explicar: "Se armó". "Se armó, ¿qué?", preguntó innecesariamente el sacerdote, hasta que finalmente entendió que la hora más dura de prueba para la Iglesia Católica de Santiago y para su pastor había llegado. Meses más tarde, haciendo recuerdos, el padre Díaz comentó: "No sabíamos nada de nada. Tal vez fue mejor así".

Para muchos chilenos, católicos o no, la prudente distancia mantenida por el arzobispo de Santiago y cardenal titular de San Bernardo alle Terme en Roma, ante el nuevo régimen ha sido siempre incomprensible.

En años de áspera polémica, unos le reprocharon desde antes lo que consideraban un compromiso excesivo con las autoridades civiles. Les molestaba —no mucho— la cálida recepción del Presidente Jorge Alessandri cuando volvió de Roma como cardenal. Les irritaba —bastantás más— la suerte de complicidad que creyeron ver en su amistad con el Presidente Eduardo Frei. Les amargaba —hasta hoy— el sincero deseo

de mantener el tradicional respeto ante el poder político rigurosamente observado con el Presidente Salvador Allende.

Otros, desde la barricada opuesta, miraron con desconfianza el mismo proceso. A partir del "pecado original" del abrazo cordial con Alessandri, nunca consideraron sincera la presencia del cardenal en actos presididos por Allende. Sus temores parecieron confirmarse después de los trágicos días de setiembre de 1973.

En esos primeros, todavía confusos meses que siguieron a la instalación del régimen militar, el cardenal siguió recibiendo andanadas retóricas de izquierda y de derecha. "Maquiavélico" para estos, "ingenuo" para aquéllos, él mismo me resumió entonces su pensamiento en una entrevista:

—...las críticas sí me preocuparían y me harían revisar mi actuación pastoral y mi función como obispo —pues serían signos evangélicos que expresarían que no estoy siendo pastor según el corazón de Jesús— si provinieran de aquellos seres que son los privilegiados de su amor: los pequeños, los pobres, los leprosos, los pecadores, los parias de la sociedad, las multitudes hambrientas y sedientas de justicia. Y al respecto han sido tan conmovedoras las manifestaciones de confianza y de cariño del hombre y de la mujer que sufre, del trabajador campesino y obrero organizado, de la juventud, que no solamente es un acicate para ser cada día un signo real y viviente de Jesucristo, sino que me compromete, para traducir en los hechos, la esperanza que depositan en su obispo.

*N*o fue éste nuestro primer encuentro. Años antes, cuando Santiago se diluía hacia el sur, por la Gran Avenida, en antiguas chacras y extensos cultivos de flores, empezamos una relación que ha sido larga y sostenida, que no podría calificar de amistad, ni siquiera de maestro a discípulo, sino simplemente de pastor a creyente.

El "Padre" Raúl era entonces director del Liceo Manuel Arriarán Barros, de La Cisterna. Y, sobre todo, director de la obra salesiana, cuyo esfuerzo se traducía en la mantención del teologado en un edificio junto al colegio y en el imponente

templo dedicado a San Juan Bosco que se levantaba lentamente, pero sin desmayos.

Son pocos los recuerdos de esa época. Pero aún tengo nítidos algunos momentos decisivos, como el trabajo “voluntario” en el plegado de la hojita informativa con la cual el padre Silva Henríquez informaba a los benefactores del avance en los trabajos del templo. También —adaptación, sin duda, de los recursos a veces nada sutiles de Don Bosco para obtener ayuda— estaba el sorteo anual, para las obras del templo.

¿Cuántos serán los que criticaron más tarde al cardenal Silva Henríquez por una preocupación excesiva por las cosas de la carne y nunca se enteraron que su primera prioridad, siempre, fueron las cosas del espíritu?

La construcción del templo de San Juan Bosco en La Cisterna, es la mejor prueba de la convicción profunda del pastor de que la primera urgencia es dotar a la grey de un lugar de encuentro y de oración. Y así se ha estado haciendo en ese rincón santiaguino, ya no tan lejano, en forma ininterrumpida por casi medio siglo.

Pero esa obra —que también en su tiempo tuvo detractores porque aparecía como desmesurada y actualmente con frecuencia se hace insuficiente para dar abasto a los fieles— subraya también la otra importante faceta del cardenal Silva Henríquez: su sentido práctico.

Discípulo leal de Don Bosco, sabe que las bendiciones de Dios hay que ganarlas con el duro esfuerzo cotidiano. Los “milagros” tienen, generalmente, bases sólidas: la tenacidad y el trabajo incansable aquí en la tierra. Y el “padre Silva”, ya en esos años, demostró que la grandeza de su fe y la profundidad de su espiritualidad no chocaban con el sentido práctico en la vida diaria. Así, sacando recursos de la nada, consolidó la obra salesiana en La Cisterna. Y nos dio, a quienes entonces nos asomábamos a la vida, más de alguna lección. Nos enseñó a trabajar, sin tregua, a no esperar regalos.

Y —también— nos abrió las puertas del corazón a otra in-

quietud muy querida de Don Bosco: el mundo de los pobres.

La Cisterna no era en esos años, una “comuna dormitorio” como es hoy. Era un centro de descanso, especialmente en verano, y era igualmente un lugar de recreación, famoso por sus “quintas”. Pero había, ya entonces, algunos focos de pobreza, como la población San Ramón.

Y hacia allá miraron entonces los salesianos, guiados por el “padre Silva”.

Después tuvimos que mirar todos los chilenos hacia el mundo de la pobreza, que estaba creciendo explosivamente bajo nuestras narices: el mismo “padre Silva”, esta vez convertido en el motor de Caritas-Chile, nos enseñó a todos, antes del Concilio y antes de Medellín y de Puebla, el sentido de “la opción preferencial por los pobres”.

Se le vio organizando la ayuda generosa de otros católicos hacia los más desamparados. Se le vio compartiendo la experiencia vital de hombres santos como el Abate Pierre. Y sin aparecer nunca en titulares destacados —no es la única vez que los periodistas no hemos sido capaces de distinguir anticipadamente una gran personalidad emergente— un día irrumpió violentamente en el primer plano.

A comienzos de la década del 60 protagonizó lo que muchos vieron como una carrera eclesiástica meteórica y que no era sino una demostración más de la sabiduría legendaria de la Iglesia Católica en la designación de sus pastores. Así, primero como obispo de Valparaíso, después como arzobispo de Santiago y, finalmente, como cardenal, Monseñor Silva Henríquez se convirtió en la personalidad católica chilena más destacada en los turbulentos años que comprenden cuatro gobiernos de muy distinto signo y una serie de cambios y contra-reformas revolucionarios.

Su propio aporte ha sido fundamental.

El cardenal ha sido de aquellos que predicán y practican.

Lo probó, para sorpresa de muchos, cuando decidió, junto con el obispo de Talca, Mons. Manuel Larraín, ha-

cer la Reforma Agraria en terrenos de la Iglesia Católica.

No eran motivo de escándalo. Pese a que todavía hay quienes alimentan el mito de las riquezas ocultas de la Iglesia, la verdad es que su pobreza ha sido permanente y sin atenuantes, casi escandalosa a veces por el desamparo en que terminaron su existencia muchos ilustres sacerdotes y religiosos. Pero, a pesar de esa crónica escasez de recursos, el cardenal consideró que era imprescindible predicar con el ejemplo: y así puso en marcha una especie de "plan piloto" de Reforma Agraria que, bueno es recordarlo, es de lo poco que se ha salvado de la contra-reforma y el afán privatizador de estos tiempos.

Tal vez ante la constante y necesaria valoración de lo mucho que ha hecho el cardenal Silva Henríquez en materias propiamente espirituales y, sobre todo, de derechos humanos, entendida como una labor de urgente apoyo a tantos chilenos que han sufrido el rigor del autoritarismo, resulte igualmente importante subrayar que su labor jamás pecó de un "angelismo" vago y soñador.

Ha sido un hombre de nuestra tierra, con algo del aire campesino de su Talca natal y sus cejas hirsutas, con los pies muy firmemente puestos sobre nuestra realidad.

La grandeza del cardenal Silva Henríquez se ha reflejado en su capacidad de asumir una obra vasta y extensa.

Ha sido educador y su huella aún está viva en ese barrio algo pueblerino donde construyó un colegio y un templo y formó a miles de muchachos que hasta hoy, consciente o inconscientemente, caminan firmemente tras sus pasos. Ha sido sacerdote y ha mostrado que el papel de un hombre de Dios en nuestra sociedad puede ser múltiple: desde el trabajo concreto de Caritas a la iniciativa de Reforma Agraria.

Ha sido un hombre de Iglesia: no sólo en Chile, sino en América Latina y en Roma, donde mi vocación periodística me permitió, muchos años después de ser su alumno en La Cisterna, ser testigo privilegiado de su importante papel de liderazgo que tuvo en el desarrollo del Concilio Vaticano II.

Respetado en el colegio de cardenales, admirado por obispos y sacerdotes de toda América Latina, en una época erizada de dificultades, el cardenal Silva Henríquez se destacó en

los trabajos de la gran asamblea vaticana, siguiendo sin vacilar el impulso innovador de Juan XXIII, el Papa que quería que se abrieran los viejos ventanales jerárquicos y entrara una corriente de aire puro y vivificador.

No cabe duda de que ese esfuerzo, que chocó inevitablemente con las anquilosadas estructuras vaticanas, le significó muchos sinsabores. Para muchos, apareció como un peligroso rebelde, desconcertados por su sencilla claridad y su firme determinación.

Tal vez ello le privó de hacer carrera en la Curia. Pero le dio a Chile el don inmenso de su sabiduría en los años tormentosos y difíciles que se iniciaron al final de la década del 60 y que todavía no terminan.

El cardenal Raúl Silva Henríquez ha cumplido, con grandes sacrificios y muchas incomprendiones, el mandato evangélico de ser un signo de contradicción. Ha cargado no sólo una, sino muchas cruces. Pero ha sido —sobre todo— una voz de esperanza. Ha dicho lo que muchos no podíamos decir en los momentos más negros del autoritarismo y de la represión.

Ha sido voz de los sin voz.

Ha dado testimonio de la verdad, esa verdad que siempre termina por imponerse.

Ha sido conciencia para los chilenos, desorientados y abatidos, golpeados por furias jamás imaginadas.

Y lo ha hecho con la sólida lógica de un hombre de convicciones profundas, más allá del sentimentalismo de lo inmediato, con una rigurosa formación en las leyes de los hombres y de Dios.

No ha buscado recompensa en este mundo. Pero —como lo reconoció en esa entrevista citada al comienzo— se ha sentido recompensado por el reconocimiento de los “seres privilegiados del amor de Dios”: “Los pequeños, los pobres, los leprosos, los pecadores, los parias de la sociedad, las multitudes hambrientas y sedientas de justicia...”.

Habló entonces de muestras “conmovedoras” de confianza y de cariño.

No han sido las únicas. Pese a las incomprendiones, el cardenal Silva Henríquez ha recibido el agradecimiento de chilenos y extranjeros. Creyentes y no creyentes. Católicos y fieles de otras religiones.

Pero —claro— nunca lo suficiente. Por lo menos, a juicio de quienes hemos preparado esta obra, que la vemos como necesaria contribución a la comprensión de ese decisivo papel desempeñado en momentos tan difíciles por un hombre de excepción.

Más allá de una relación personal que indudablemente ha sido enriquecedora para mí, la posibilidad de entregar, como director de la revista HOY, este documento, recopilación de un pensamiento profundo, aparece como un deber.

Es una obligación para con el hombre que en medio de las tempestades ha sido fuente luminosa de caminos y de esperanzas. El que todavía Chile se debata en sus angustias no puede impedirnos reconocer lo fundamental: el gran papel, sabio y pastoral a la vez, del cardenal Raúl Silva Henríquez.

ABRAHAM SANTIBAÑEZ

Setiembre de 1987.



INTRODUCCION

El texto que el lector encontrará en las páginas siguientes, es fruto de la investigación realizada en los últimos años en torno al pensamiento social del Cardenal Raúl Silva Henríquez.

Los estudios de Teología, Ciencias del Desarrollo, como también la participación en movimientos y comunidades dentro de la Iglesia, despertaron una gran preocupación en mí, por el problema social. Esta es la motivación inicial que me inclinó hacia la persona del Cardenal Silva Henríquez. Muy pronto comenzó a nacer en mí una profunda admiración hacia su persona y su ministerio.

Para llevar adelante la investigación usamos la metodología propia del estudio de las ideas. Rastreo bibliográfico de los discursos y Mensajes de su Eminencia mientras fue Arzobispo de Santiago (1961-1983).

Lo que encontramos en estas páginas son la construcción de doce “discursos” expuestos en momentos y circunstancias muy distintas. Cada uno de los discursos se tomó atemporalmente, o sea, no se tomó como elemento relevante el lugar, el momento histórico y la circunstancia por la cual fueron pronunciados. Ello nos permitirá analizar la obra del Cardenal en su estado puro y poder demostrar la *coherencia* y consecuencia de sus palabras a través del tiempo.

Los doce temas reflejan por una parte las enseñanzas per-

manentes del Magisterio Eclesiástico y por otra, son la mejor radiografía de las inquietudes del acontecer nacional en el período estudiado.

1. **La Paz**, deseo universal de todos los hombres, estuvo puesta en peligro en varias oportunidades en nuestro país, especialmente por conflictos con sus tres países limítrofes: Bolivia, Perú y Argentina.

2. **El Alma Nacional**, constituye la caracterización del ser de Chile: su tradición cristiana con la cual Chile ha recorrido su historia.

3. **La Justicia**, valor fundamental de un pueblo: sin ella no hay paz, ni convivencia social.

4. **Los Derechos Humanos**, reúnen en su conjunto los diversos valores que es necesario reconocer y respetar en toda persona humana.

5. **Los Trabajadores**, son el instrumento básico de desarrollo de un pueblo; es necesario valorarlos no sólo por lo que aportan a un progreso de un país, sino por lo que cada uno de ellos "es" como persona humana, digna y esforzada.

6. **Los Jóvenes**, constituyen el futuro de toda nación y por ende hay que prepararlos, aprovechando su idealismo e impulso para que construyan una sociedad mejor.

7. **Los Universitarios**, son el motor de un país, puesto que deben elaborar la cultura y desarrollar la ciencia y la tecnología, indispensables para afrontar el mundo del mañana.

8. **Jesucristo**, es el Centro de la historia, el alfa y omega de nuestra Alma Nacional; sin El no es posible referirse a ninguno de los otros conceptos y ellos carecerían de sentido.

9. **Las Comunidades**, son las organizaciones naturales de la Iglesia Universal; en ella ponen en común las angustias y enseñanzas un grupo de hombres para que guiados por su pastor avancen a la comunidad definitiva: el Paraíso.

10. **La Violencia**, es lo que destruye a un pueblo, no tan sólo en sus Bienes Materiales, sino que especialmente el Alma Nacional.

11. **La Política**, arte imprescindible que los hombres deben conocer y practicar para poder vivir en un estilo de vida con los tiempos; ese estilo que corresponde a este momento histórico es la democracia.

12. **La Esperanza**, es lo que guía desde lejos e incluso desde cerca el quehacer de todo hombre y de toda sociedad que tenga fe en un destino trascendente y que practique el amor y la verdad.

La coherencia de sus palabras se reflejan en estas páginas, ya que más allá del momento histórico, social, político o económico que viviera nuestra patria, el mensaje fue siempre el mismo: Amor y Servicio hacia el hombre. Desde el momento que fue nombrado Arzobispo de Santiago un 25 de Mayo de 1961, y a los pocos meses Cardenal por el Papa Juan XXIII, en el mes de Febrero de 1962; su incansable labor en pro de una sociedad más justa, humana y digna no se detiene jamás. Cada una de las palabras que encontramos en este libro son camino y enseñanza para la construcción de este Chile.

No se ha pretendido colocar todo lo que el Cardenal dijo sobre cada uno de los temas tratados, sino, lo más relevante y significativo, según los objetivos y expectativas del estudio. Este desafío no fue fácil de resolver ya que el desarrollo pastoral del Cardenal Silva Henríquez se circunscribe en momentos muy heterogéneos frente a la historia política de nuestro pueblo, a él le tocó estar a la cabeza de la Iglesia bajo cuatro gobiernos con ideologías y caminos muy diferentes: Don Jor-

ge Alessandri, don Eduardo Frei, don Salvador Allende, y durante su último período como Arzobispo de la Arquidiócesis de Santiago con el general Augusto Pinochet. Cada gobierno representó para él momentos importantes e inquietantes, sus homilias, reflexiones, entrevistas, etc., son fiel testigo del testimonio del Pastor, además sus palabras muestran que es un hombre que conoce y ama a Chile, su tierra, su cultura, su idiosincrasia, sus trabajadores.

Este hombre de Dios el próximo 27 de Setiembre de 1987 cumplirá ochenta años de edad, y el próximo 4 de Julio de 1988 cincuenta años al servicio de la Iglesia. Su legado está lleno de Doctrina y Enseñanzas, que han servido y seguirán sirviendo para guiar al pueblo de Dios.

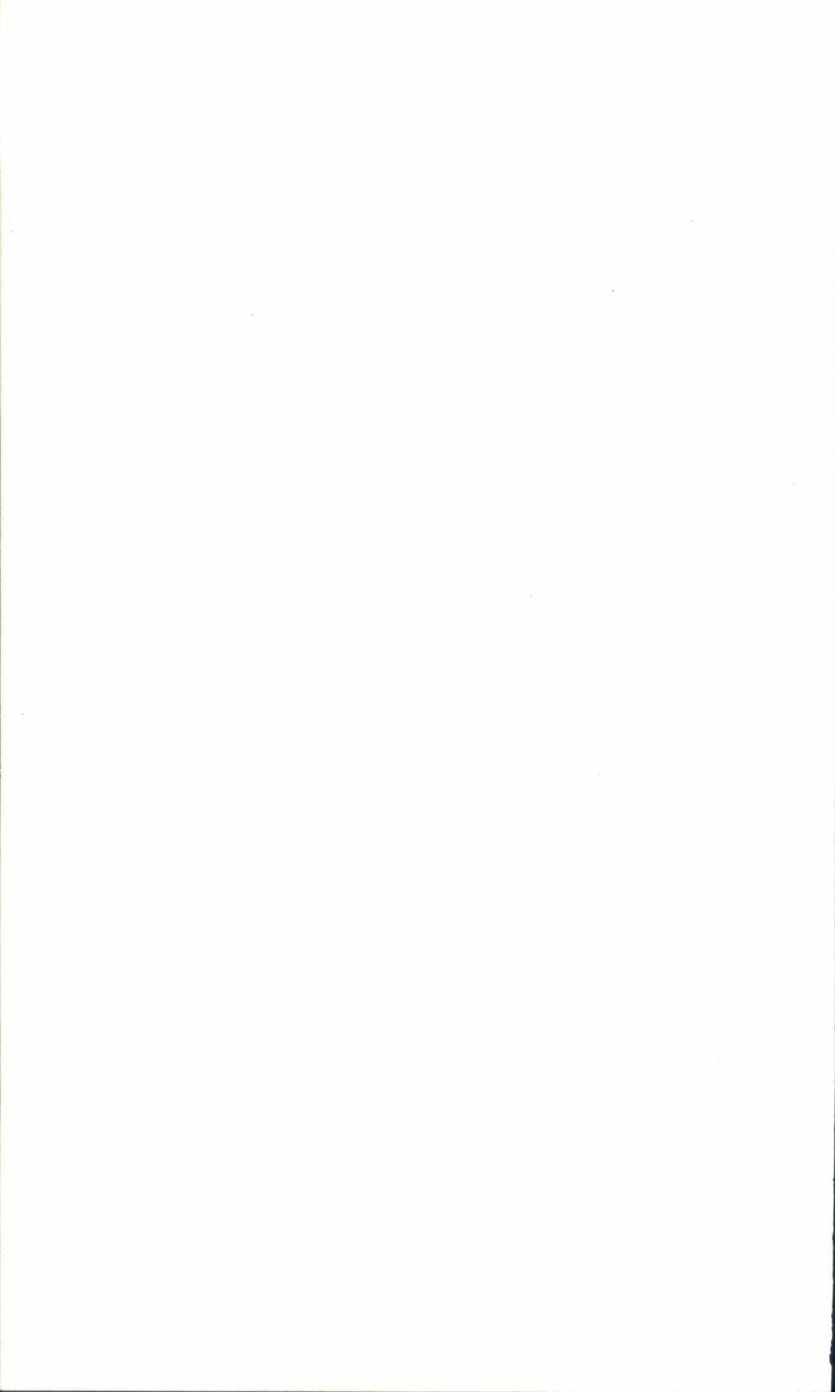
El lema que escogió en su escudo episcopal es un reflejo de su persona:

“La Caridad de Cristo nos urge”.

JUAN FERNANDEZ BUSTAMANTE

La Iglesia y la Paz

El cardenal Silva durante toda su vida ha sido un pedagogo y promotor de la Paz. Ella se construye con esfuerzo y dedicación. Para contruir la Paz hay que querer la vida y en esto el Cardenal sigue dándonos testimonio: en cada palabra que pronuncia, en los encuentros que participa siempre se encuentra la invitación a trabajar en pro de un país donde esté presente la paz que tanto se anhela.



La Paz

Sólo tu voluntad, Señor, es mi paz.

Cristo quiere que nos digamos la verdad unos a otros, porque somos miembros de su Cuerpo, por eso, cuando nuestro lenguaje es mentiroso, no tenemos paz.

Cristo quiere que cada uno ame a su prójimo con la misma pasión y capacidad de sacrificio como se ama a sí mismo; por eso, cuando dejamos crecer en nuestro corazón la cizaña de la envidia y del odio, no tenemos paz.

Cristo quiere que lo reconozcamos y lo sirvamos a El en la persona de los pobres; por eso cuando nos dejamos esclavizar por el egoísmo y la indiferencia, cuando no trabajamos apasionadamente por restituir al deposeído su dignidad y sus derechos de hombre, no tenemos paz.

¡Sólo TU voluntad, Señor, es mi paz! Ese es el grito, la confesión que resume la experiencia de la Iglesia, la gran lección de la historia. Es la clave, también, de nuestro destino personal y de la salvación de nuestra Patria y del mundo. ¡Sólo TU Voluntad, Señor; expresada en TU Evangelio, interpretada, promulgada y ungida por TU Iglesia!"

Peregrinación Nacional a Maipú. 1974

LA PAZ ES POSIBLE

Y no solamente es posible: ¡debe ser posible!
Nosotros no creemos, nosotros no aceptamos que

el hombre esté hecho para combatir al hombre, que las guerras sean inevitables y que nuevas formas de convivencia y organización social deban o puedan levantarse sobre las ruinas de todas las anteriores. Nosotros no creemos, nosotros no aceptamos la violencia homicida sea el motor de la historia. Rechazamos cualquier determinismo que pretendiera imponer al hombre la necesidad de matar a su hermano para ser más o mejor hombre. Y no lo decimos nosotros: es ya una convicción, una conquista, un patrimonio de la conciencia común, especialmente de las generaciones jóvenes. ¡Debe ser posible, —lo gritan nuestros jóvenes— vivir sin odiar, vivir sin matar! (Cfr. Pablo Sexto, *Ibid.*)

Homilia Te Deum Ecuménico, 1977.

LA IGLESIA ASUME COMO TAREA PREDILECTA LA ENSEÑANZA DE LA PAZ.

Es la tarea predilecta de la Iglesia: la paz, y es que la paz y la vida caminan juntas. La vida es el otro nombre de la paz —como la guerra es el otro nombre de la muerte. (Mensaje de Paulo Sexto para la Jornada Mundial de la Paz, 1977).

Por eso la Iglesia ama tanto la paz: porque ama la vida. Porque es presencia de Cristo que vino para que los hombres tengan vida, y abundante vida.

Por eso la Iglesia defiende la vida. Por eso la Iglesia condena la guerra, condena el aborto, condena el hambre: son enemigos de la vida; y la vida tiene los mismos enemigos que la paz.

Por eso la Iglesia no cesa de hablar, de clamar por el derecho de todos a la vida. Por eso la Iglesia no cesa de hablar, de clamar por el derecho de todos a la vida. Por eso la Iglesia habla y clama, siempre, en todas partes, llamando a la justicia, al amor, a la libertad. Son los caminos de la paz.

Homilia Te Deum 18 de septiembre 1976

LA PAZ ES NUESTRA PASION

¿Cómo podríamos querer otra cosa que la paz? La paz es la pasión de la Iglesia. Y si ella insiste con a veces angustiada urgencia en el respeto a los derechos y deberes del hombre, es precisamente porque está convencida de que ese es el único camino y el requisito indispensable para obtener la paz.

La paz es fruto de la justicia: es el gran mensaje de los Profetas Bíblicos, la gran promesa de las bienaventuranzas. La paz es fruto del amor: sólo el amor puede edificar una civilización digna de ese nombre. La paz es fruto de la libertad: Sólo puede haber orden y tranquilidad cuando los miembros de un cuerpo social saben que sus derechos fundamentales están jurídicamente protegidos contra toda arbitrariedad.

La paz se identifica prácticamente con la vida: la vida —ha dicho Pablo VI— es el otro nombre de la paz; la guerra es el otro nombre de la muerte.

Por eso la Iglesia defiende tan apasionadamente la vida: condena la guerra, condena el aborto, condena el hambre. Por eso la Iglesia aboga, con ocasión y sin ella por el respeto a la integridad de la persona humana, y denuncia “las mutilaciones, las torturas morales o físicas, los conatos sistemáticos para dominar la mente ajena, las condiciones infrahumanas de vida, las detenciones arbitrarias, las deportaciones, la esclavitud, la prostitución, las condiciones laborales degradantes, que reducen al trabajador al rango de mero instrumento de lucro, sin respeto a la libertad y a la responsabilidad de la persona humana”, como “prácticas infamantes, que degradan la civilización humana, deshonoran más a sus autores que a sus víctimas y son totalmente contrarios al honor que se debe al Creador. (Gaudium et Spes, 27).

Todo esto es enemigo de la vida; todo eso es enemigo de la paz.

Alocución para el Symposium de los Derechos Humanos 1978

LOS PRESUPUESTOS DE LA PAZ.

Que no se nos tome a mal —por eso— que hablamos tanto siempre de la Paz. Es una inquietud, más que eso, una pasión que la Iglesia lleva en sus entrañas. Y la Iglesia sabe de Paz; sabe que ella existe, que es posible, y cuales son los caminos para conquistarla...:

a) La victoria sobre el odio (Cfr. Mt. 5,38; 23,8; 5,23).

b) La victoria sobre la desconfianza.

c) La victoria sobre el funesto principio de que la fuerza o la utilidad crean el derecho. (Cfr. Juan XXIII, *Pacem in Terris* 60, Pio XII, Mensaje de Pentecostés, 1-6-1941).

d) La victoria sobre los gérmenes de conflictos, nivelando las demasiado estridentes diferencias económicas.

e) La victoria sobre el espíritu de un frío egoísmo, mediante la solidaridad jurídica y económica. (Cfr. *Populorum Progreso*, 17, 19, 26, 48, 76, 83, 87).

Estos cinco principios que la Iglesia nos propone como fundamentos para la Paz son igualmente válidos en el plano de la convivencia nacional e internacional. La Paz de Chile no se gesta sólo al interior de su territorio, sino también, en igual o superior medida, por la calidad de su participación en la comunidad universal.

Pedagogía de la Paz 18 de Septiembre de 1977

LA PAZ ES OBRA DE LA JUSTICIA

La paz que ustedes quieren afianzar no es el equilibrio inestable, basado en la equiparidad de

armamentos o en la abstención momentánea de hostilidades. Ustedes no quieren esa paz precaria en que la noche y el día se transforman en vigilia armada. Ustedes quieren erradicar definitivamente el espectro de la guerra, que falsea la psicología de hombres y pueblos y envenena su alma con la pesadilla del odio, la destrucción y la venganza.

La paz —ustedes lo saben— es obra y fruto de la justicia, corona de la libertad, don precioso del amor. Nace de un trabajo paciente por conocerse y comprenderse, de un respeto a los derechos ajenos, de una confianza recíproca, de una delicadeza que evita ofender y facilita entendimientos razonables. Hija del amor, de ella vale todo lo que el Apóstol nos dice sobre la caridad: es paciente, es servicial, no es envidioso, no es prepotente; no busca su propio interés, se alegra con la verdad y con la justicia, todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

*Mensaje a los jóvenes chilenos y argentinos
reunidos en la cordillera para orar por la paz. Octubre 1978*

“Si quieres la paz, trabaja por la justicia”, nos invita Pablo Sexto (Mensaje para el día de la Paz, 1972). Y si alguien nos pregunta: ¿Qué es la justicia? O si acaso consiste solamente en “no robar”, le diremos que existe otra justicia: la que exige que cada hombre sea tratado como hombre. Pequeño o grande, pobre o rico, blanco o negro, todo hombre tiene su bagaje de derechos y deberes que lo hacen merecedores de ser tratado como persona. Y más aún: cuanto más pequeño, pobre, sufrido, indefenso es el hombre, cuando está incluso caído tanto más merece ser ayudado, animado, sanado, enaltecido. Esto es lo que nos ha enseñado el Evangelio; y también el que no cree en la autoridad del evangelio intuye que esa palabra divina tiene razón: ¡Esta es la justicia! Este es el camino hacia el orden, es decir, hacia el derecho y

el deber del hombre; ¡aquí está la justicia, aquí está la PAZ! (cfr. Pablo VI, Homilía en el día de la Paz)''.

Homilía: Pedagogía de la Paz 18, Septiembre 1977

Los chilenos queremos vivir en paz, con nosotros mismos y con nuestros hermanos del resto del mundo. Cualquier otro objetivo quedaría por debajo de nuestra vocación.

“Pero también esa paz es, como la Patria, obra humana y don divino. Una obra tan ardua, tan difícil de realizar; y un don tan querido a los ojos del Señor, que El declaro dichosos a los que trabajan por la paz, y les prometió ser llamados hijos de Dios.

Por eso la Iglesia ora tan intensamente por la paz. Por esto todo su potencial de amor se moviliza al servicio de la paz. Se podría decir que la paz resume la misión de la Iglesia. La paz no depende sólo de la Iglesia, pero la Iglesia sabe que existe, que es posible, y conoce el camino que lleva hacia ella...

Los caminos de la paz, 18 de Septiembre de 1976

Hoy, en el día de la Patria, además de reflexionar y hablar, quisiéramos sobre todo orar. Ir repitiendo esta oración de Iglesia que constituye el más preciso y sólido programa de paz:

1. ‘Señor: para que podamos construir perpetuamente la paz, concédenos obrar la justicia’.

2. Pero no basta la justicia para construir la paz. ‘Señor: para que podamos construir perpetuamente la paz, concédenos creer en el amor’.

3. Algo falta todavía, sin embargo, para el pleno advenimiento de la paz. ‘Señor, para que podamos construir perpetuamente la paz, ¡edúcanos a la libertad!’

Los caminos de la paz, 18 de Septiembre de 1976.

LA PAZ NACE DESDE EL PUEBLO

No es necesario ser jefe —por lo tanto— para decidir la Paz. Ella debe nacer desde el pueblo, fruto de una mentalidad, de una pedagogía, de un hábito de paz, y de justicia en las relaciones simples de todos los días. Nuevamente aparece, cómo, cuánto pueden hacer las familias, los educadores, los comunicadores sociales, los pastores por crear y difundir un espíritu de Paz.

Necesitamos, sí, una gran fuerza moral. Necesitamos la valentía de la paz. Una valentía de gran altura; no la de la fuerza bruta, sino la del amor. La del amor que repite: todo hombre es mi hermano, y no puede haber paz sin una nueva justicia. Necesitamos la valentía del amor que no sabe de venganzas, que no oprime ni suprime al adversario, que no exalta la violencia astuta y rastrea ni busca el movimiento vil para golpear al enemigo: así nos advierte el Papa Pablo.

Homilía Te Deum Ecueménico 1977.

LA PAZ: SIGNO DE HERMANDAD

El mundo, queridos hijos, está sufriendo momentos amargos.

Hay guerra en Vietnam, guerra y hambre en Biafra; revolución interior en China, Checoslovaquia sufre todavía los efectos de una invasión reciente.

Los países de la tierra no han aprendido aún a ser hermanos, y continúan levantándose unos contra otros, causando dolor, angustia, muerte.

Dentro de cada país hay también divisiones: de un partido contra otro, de una clase social contra las demás; de un grupo de hermanos contra los otros hermanos.

Y esta desunión se expresa en todo tipo de

conflictos, de opresiones, de injusticias, de miseria.

Muchas veces hasta en el seno del mismo hogar la generación joven enfrenta a la antigua; los esposos se separan; se viven incontables tragedias ocultas, porque falta el verdadero amor.

Y en medio de este ambiente, sucede el milagro de esta tarde; miles, decenas de miles de chilenos, hemos oído la voz que nos congrega; ha resonado para nosotros la voz amiga del Cristo que nos llama: ¡Venid a mí todos los agobiados que yo os aliviaré; venid a mí todos los extraviados, que yo os guiaré; venid a mí todos los ciegos, que yo os iluminaré; por que soy el camino, la verdad y la vida, y juntos emprenderemos la ruta luminosa de esta nueva existencia, que tiene por norte el amor, por la ley la justicia y por futuro la paz.

Alocución en Maipú Septiembre de 1968 I.D.S. N° 33 pág. 5 .

TRABAJAR POR LA PAZ

En una hora como ésta quisiéramos agradecer, felicitar a todos los que en nuestra patria y fuera de ella trabajan por la paz. Son tantos, ¡gracias a Dios! El estadista que busca caminos de diálogo y genera las condiciones para un consenso. El diplomático que descarta soluciones de fuerza y favorece entendimientos razonables. Los hombres de Derecho que definen instrumentos y marcos jurídicos para conciliar las exigencias del orden y bien común con el respeto a libertades intangibles. Los que cautelan la seguridad de las personas y sus bienes, y en especial el bien soberano de la patria. Los que cumplen con el deber de informar objetiva y verazmente a los ciudadanos y facilitan la adecuada expresión del pesamiento. Los que acogen con respeto al necesitado —presencia de Cristo— y lo ayudan a vivir su vocación de hombres. Los que prestan su voz a quienes no pueden hacer-

se oír, y asumen la defensa del desvalido. Los que aceptan duros sacrificios y postergaciones, en aras de una holgura que puede tardar. Los que sufren, participando en el sufrimiento de Cristo y ofreciendo su dolor por la paz de la Patria. Los que enseñan y educan a nuestros jóvenes para que sean libres, leales, justos, fraternos. Los que oran sin interrupción y sin desaliento por la paz .

Homilía Te Deum Ecuménico 1978 .

PAZ Y RECONCILIACION SE DAN SOLAMENTE COMO FRUTO DE LA JUSTICIA

Por eso deseamos y pedimos para Chile que cada uno en su lugar, de acuerdo a su función en el cuerpo social, cumpla con las condiciones de la reconciliación. Son las mismas condiciones de la paz. Paz y reconciliación se dan solamente como fruto de la Justicia. No hay paz ni reconciliación sino allí donde los derechos de los hombres — todos los derechos, y de todos los derechos, y de todos los hombres— son celosamente respetados.

Peregrinación a Maipú 1974 I.D.S. N° 82 pág. 14

LA PAZ SOLO ES POSIBLE SI EXISTE LA JUSTICIA SOCIAL

Todos queremos vivir en paz... pero no nos hagamos ilusiones. La paz sólo es posible si existe la justicia social. Y una expresión de justicia es la distribución equitativa de los bienes y de las tierras. La desigualdad injusta y opresora engendra violencia, el odio, el rencor, que ya apreciamos en nuestra Patria. La libertad sólo es auténtica y duradera cuando lo es para todos, y no cuando es el patrimonio de quienes poseen dinero y cultura. El verdadero orden social es el de la justa distribución de las riquezas, porque no puede haber orden donde existe la explotación, donde

existen unos pocos privilegiados y una multitud de explotados. Lo demás será un orden aparente, que durará mientras dure la represión de las justas aspiraciones, pero tarde o temprano este orden caerá víctima de su propia injusticia y error. Dios quiera hacer comprender a los propietarios que hoy pierden parte de sus tierras, que con su sacrificio están contribuyendo a la paz y a la justicia en nuestro país...”

*Entrega del Fundo San Dionisio a los campesinos.
Abril, 1970 Cfr. Iglesia de Santiago —IDS— N° 46, Mayo de 1970, Págs. 16-17*

DESTERRAR LA VIOLENCIA

Y porque queremos ser discípulos fieles de quien dio su vida por la humanidad entera, aquí en esta ara santa de la patria, prometemos ser forjadores de la paz; los que recibimos hoy con alegre y alborozado corazón, el tesoro de la libertad en el orden, cuyo fruto es esa anhelada paz; paz que desde este lugar ha nacido para Chile entero, con el fin de conservarlo y acrecentarlo para nosotros y para nuestros hijos; porque teniendo la absoluta convicción de que el amor es infinitamente más poderoso que el odio para construir un mundo mejor, queremos desterrar de Chile toda violencia; tanto la que nace del egoísmo que quiere mantener las injustas estructuras, como aquella que nace del error o del odio, que todo lo quiere destruir.

Hoy queremos recordar a todos en nombre del Señor, que el camino hacia una sociedad fraternal, es el mismo camino que nos ha conducido hasta aquí: El amor de Cristo, ya que solo amando, podremos construir su reino de amor.

*Alocución en Maipú, Septiembre de 1968
I.D.S. N° 33 pág. 6*

LA VIOLENCIA

Hemos, pues, condenado la violencia. Más que eso: la hemos desenmascarado. Le hemos

quitado ese antifaz que la hace atractiva y seductora presentándola, a veces, como el único o el mejor camino.

La violencia no es el único ni el mejor camino. Ni siquiera es un camino. Los Pueblos no cambian ni progresan, no se ponen en marcha sustituyendo una violencia por otra.

La violencia liquida las libertades, suscita odios y rencor de venganza, impide las participaciones del pueblo o las desnaturaliza. Quienes aceptan la violencia no conocerán nunca la paz, sino una tranquilidad de parálisis.

Nuestro pueblo chileno no ama la violencia y no cree en ella. Quizás porque nació como hijo de la guerra y conoció sus horrores, y pagó su precio, por eso mismo aprendió que no hay don más precioso ni valor más necesario que la paz.

Por eso amamos y respetamos el derecho, con sus normas legales, con sus autoridades, con sus riesgos también y con sus defectos. Sabemos que las leyes nunca son perfectas, que los hombres nos equivocamos, y que no pocas situaciones de injusticia y dolor nacen de esta doble limitación de la naturaleza humana.

Nuestro deber es, entonces, modificar esas leyes por los mismos caminos por los que fueron hechas, y corregir errores, reparar omisiones, erradicar la injusticia a través del libre juego de los mecanismos que el propio pueblo se ha otorgado.

Todo otro camino, es mentiroso y estéril. Mentiroso porque promete, como la violencia, conseguir rápidamente lo que la violencia no será capaz nunca de cumplir. Estéril, porque procede, como la violencia del odio al hermano, que en la historia del hombre ha sido siempre signo y causa de la infecundidad de la tierra.

Congoja y esperanza, son nuestros sentimientos en esta hora de la patria. Congoja, cuando pensamos en los hombres y mujeres, en los jóvenes y niños de nuestro pueblo —de ese pueblo que es, en definitiva, el gran derrotado en toda contienda fratricida; el gran postergado en todas las guerrillas de grupos hambrientos de poder; el gran sujeto, y víctima, de todas las violencias que sólo cambian de mano .

*2 de Septiembre de 1972
Canal 13 de TV*

HEMOS DICHO QUE LA VIOLENCIA NO GENERA SINO LAS VIOLENCIA

Hemos presenciado la lucha y hemos visto la muerte de nuestros hermanos. Hemos visto el dolor de una situación sangrienta en nuestra patria y de una guerra entre nuestros compatriotas. Hubiéramos querido evitarla, hemos echo todo lo posible por evitarla; al menos, así lo pensamos. Tal vez, nosotros hemos sido culpables y no hemos hecho todo lo que debiéramos. Hemos dicho que la violencia no genera sino la violencia y que ese no es el camino de hacer una sociedad más justa y mejor. Hemos dicho a nuestro pueblo, a nuestras autoridades, que no se puede faltar a los principios del respeto al hombre, que los derechos humanos son sagrados, que nadie puede violarlos. Les hemos dicho en todos los tonos esta verdad. No se nos ha oído. Y por eso hoy día lloramos el dolor del padre que presencia el desgarramiento de su familia, la lucha entre sus hijos, la muerte de algunos de ellos la prisión y el dolor de muchos de ellos. Sin embargo, mis queridos hijos, tenemos una esperanza a pesar de nuestras debilidades, de nuestras flaquezas, de nuestras faltas. Nosotros

confiamos en Cristo, confiamos en el Señor y a El le pedimos con las ansias del padre atribulado ante el dolor de sus hijos, que haga renacer la paz en nuestra tierra; que sus hijos comprendan; que todos nosotros, sin excepción, podamos trabajar por la grandeza de esta tierra que amamos y que El nos ha dado, como señal de su inextinguible amor .

Mensaje de Pascua de Resurrección - 1974

LA PAZ PARA CHILE

Chile, que para nosotros es la copia feliz de la eterna morada y la expresión maravillosa del amor fiel de Dios hacia nosotros, debe ser el centro y la síntesis de nuestros amores humanos, el objeto de nuestros desvelos y la meta de nuestros sacrificios. Chile nos exige, hoy, la generosa renuncia de nuestros orgullos, la afanosa e inteligente búsqueda de las soluciones que, superando el conflicto actual, labren la grandeza futura de nuestra Patria.

Nadie, por eso, tiene el derecho de pensar primero en sí mismo, en su prestigio personal o en el triunfo de su propia causa, cuando lo que está en juego es la vida institucional. Nadie tiene el derecho de imponer su propio punto de vista por razones mezquinas, o importantes, pero menos importantes que Chile. Nadie puede pretender que su triunfo se pague al precio de un desastre nacional.

En estos días asistimos, con una mezcla de incredulidad y de júbilo, al anuncio de paz en el Vietnam... ¡De manera que era posible!... Siempre ha sido, siempre será posible que los hombres eviten la guerra. Nunca, ninguna guerra, ninguna confrontación, ninguna agresión entre los

hombres es necesaria, conveniente o indispensable. Siempre será posible que los hombres, aún de distintas razas y naciones, lleguen a entenderse... si lo quieren. ¿Cómo vamos a creer que hombres de un mismo pueblo, hermanados como sólo la sangre, la historia y el destino común pueden hacerlo; cómo vamos a creer que hermanos que juran una misma bandera y duermen y trabajan en un mismo suelo, no serán capaces de escucharse, comprenderse y darse la mano?

¡Tantas veces he hablado del alma de Chile! Alma de un pueblo hospitalario y cordial, enemigo del rencor y de la violencia. Alma de un pueblo que siente la solidaridad, un pueblo limpio de corazón, ajeno a las disputas de poder y de prestigio, a los sueños de ficticia grandeza, a las rivalidades y envidias que proliferan allí donde sobreabunda el dinero.

Alma de un pueblo que vive de su fe sencilla en su Dios, de ese Dios que prefiere a los humildes y rechaza a los soberbios, de ese Dios que le ha mostrado, en toda su historia, y le muestra aún hoy el camino de la unidad en el respeto mutuo, como el mejor y único camino.

29 de Octubre de 1972, diario "La Tercera", Mensaje a los chilenos

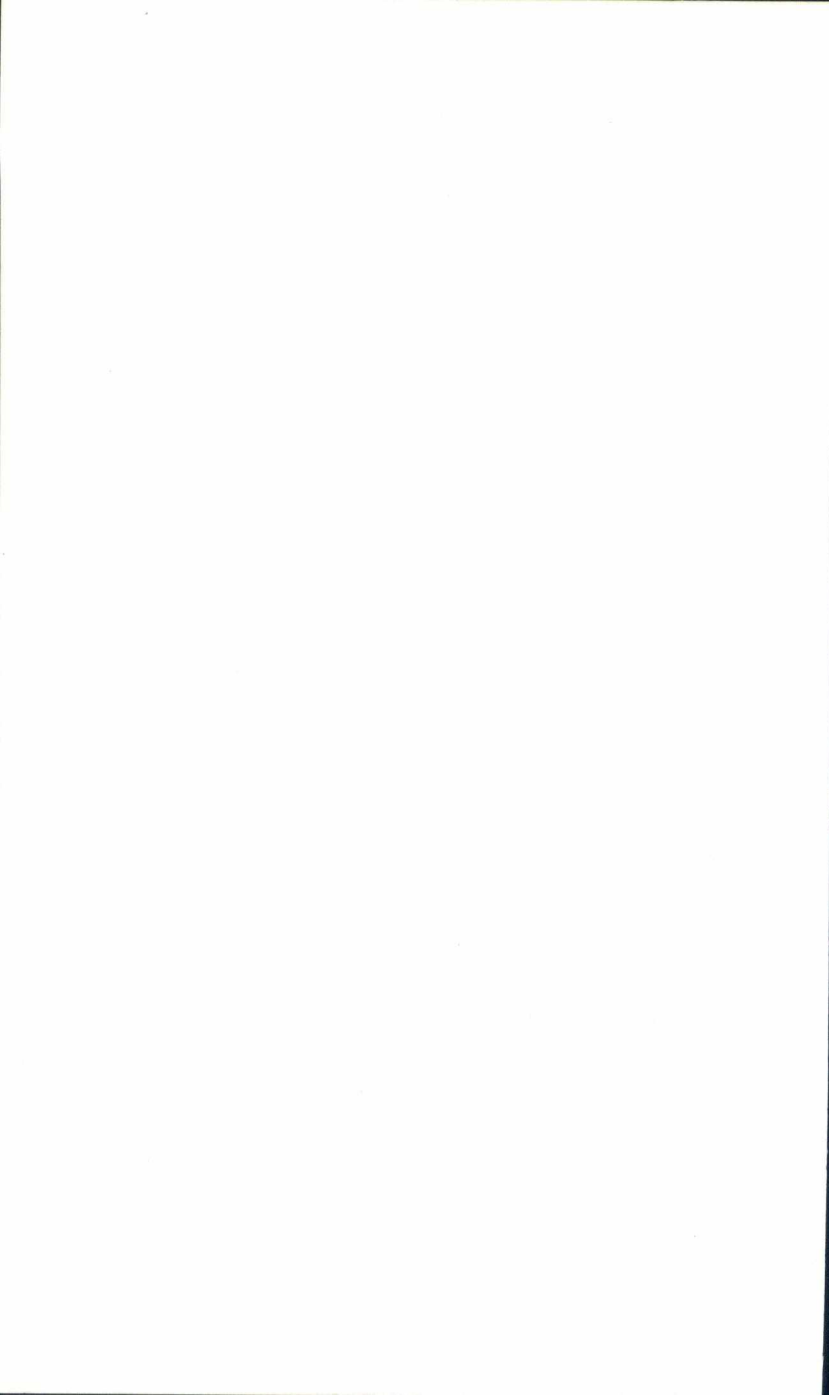
NUESTRO PASTOR NOS INVITA A CONQUISTAR LA PAZ

Por eso creo mi deber decir una palabra. La propongo humildemente, interpretando lo que siento o adivino en el corazón de mis hermanos chilenos en una hora como ésta. Y es una palabra muy simple: Paz.

Cualquiera puedè decirla: Paz. Siempre es grato y

hace bien repetirla: Paz. Pero yo quiero hoy algo más que pronunciarla: Quiero invitar a conquistarla. Los meros saludos y los buenos deseos no cambian el mundo .

Mensaje a los chilenos, en vísperas de la elección presidencial de Septiembre de 1970

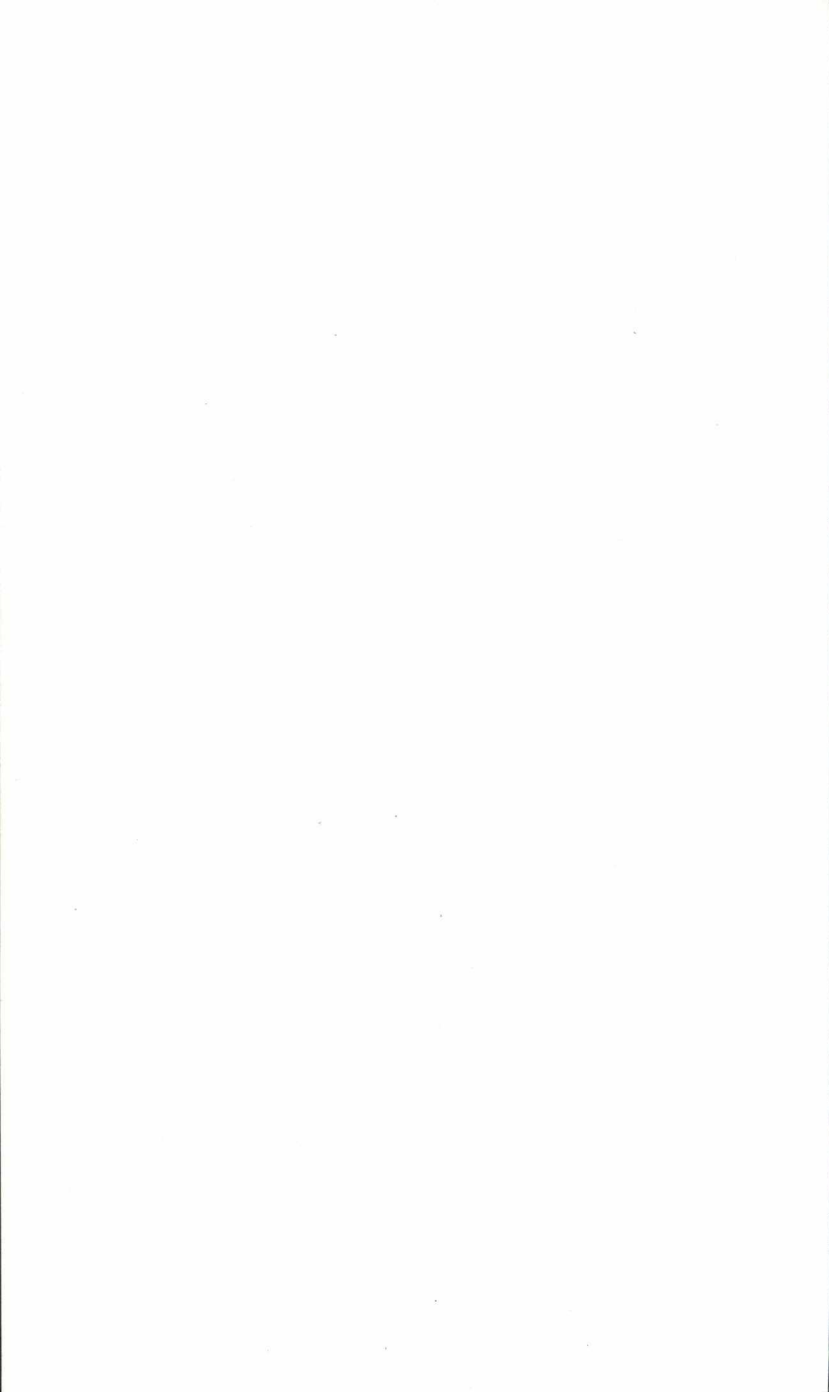


La Iglesia y el Alma Nacional

Nuestra Alma Nacional es la característica propia que hace que un pueblo sea como es.

A Chile hay que cuidarlo y engrandecerlo, eso se logra con esfuerzo y trabajo; es tarea de todos y no de algunos el construir el país.

Chile se construye con los chilenos, por ello, el Cardenal nos hace un llamado a ver en el Alma de Chile, los más profundos delineamientos de una nacionalidad, humilde, servidora de la justicia y la libertad. Como también de la tradición democrática de este pueblo.



El alma nacional

...La Patria no son las montañas, no son los valles, no son los mares, por hermosos que sean. Son los hombres, es la sociedad que vive en estas tierras, los cuales deberían sentirse hijos de la tierra, no extraños, ni muchos menos expulsados y sin ninguna esperanza

*Cardenal Raúl Silva Henríquez en
entrevista a Solidaridad, al
cumplir 40 años de sacerdote*

LA PATRIA

Necesitamos que todos, los gobernantes y los gobernados comprendan que nosotros estamos al servicio de los demás, y que no podemos utilizar y servirnos de los demás para nuestros intereses, aunque estos intereses nuestros, nos parezcan muy grandes. Alguien ha dicho que la patria está sobre todo. Y yo le digo, ¿qué entiende usted por patria? Si entiende por ella todos los hombres de mi patria. Si entiende por tal al pueblo de mi patria, si entiende a mi hermano, ¡sí!, yo le acepto lo que usted dice. Pero si entiende usted por patria un grupo de hombres, llámense ellos comerciantes, llámese clase alta, llámese gobierno, si usted cree

que ésa es la Patria. Yo le digo: ¡No!, no lo puedo aceptar

*Entrevista "Solidaridad"
al cumplir 40 años de sacerdote*

EL ALMA DE CHILE

Hace veinte siglos se proclamó en un país pobre y lejano el mensaje de las bienaventuranzas: ¡Dichosos los mansos, los misericordiosos, los que anhelan la justicia y sufren por ella, los que construyen la paz!

Desde un país también humilde y lejano, nosotros hemos querido ser fieles a este legado espiritual.

El alma de Chile, íntimamente ligada a la fe cristiana, muestra desde su mismo nacimiento un sagrado respeto por la dignidad del hombre, cualquiera sea su raza o condición; y un extraordinario aprecio por su libertad, huella imborrable de su semejanza divina.

Nosotros no hemos hecho otra cosa que procurar ser fieles a esta tradición, entendiéndola como un legado que nos compromete.

Movidos por nuestro ardiente amor a Chile, y desde nuestra perspectiva pastoral, única que nos compete, hemos querido contribuir al logro de los ideales preconizados también por el gran gestor y prócer de nuestra nacionalidad chilena, D. Bernardo O'Higgins, quien en los albores de nuestra independencia, instaba a "cuidar que todos los derechos sean realmente garantidos, porque de otro modo vacila la autoridad, la seguridad, y todos los fundamentos de la sociedad y la prosperidad se conmueven y se anulan".

La presente distinción entraña, señor Presidente, un reconocimiento solemne de Naciones Unidas a este legado y patrimonio espiritual que se

confunde con la esencia del pueblo chileno, y en el que Naciones Unidas entrevé la única senda que conduce a la Paz.

*Al recibir el Premio de las Naciones Unidas a la Vicaria de la Solidaridad,
1978.*

Recorro la historia de nuestra Patria desde sus albores hasta nuestros días, y me parece descubrir en ella la trama maravillosa y providencial del querer divino, que poco a poco, con delicada y respetuosa acción, va plasmando al pueblo de Chile, para que cada vez con mayor exactitud sea Su Pueblo y él se manifieste entre nosotros.

Amamos la libertad; durante los largos años de nuestra vida como nación, hemos hecho enormes sacrificios por obtenerla, conservarla y acrecentarla. ¿No es éste acaso el reflejo y obra de la presencia de Cristo Liberador? ¿No está en esto de manifiesto la voluntad del Padre de hacernos vivir nuestra vida, de desarrollar nuestras virtualidades, nuestros valores, nuestras riquezas, para expresar en el concierto de las naciones los rasgos viriles y altivos, de un pueblo pequeño pero noble; inteligente y confiado en labrar y conducir su propio destino?

Ser fieles a este don de Dios significa acrecentar en los chilenos y para Chile, la verdadera libertad; luchar para hacerla patrimonio de todos; impedir que valores, costumbres y poderes extranjeros nos hagan olvidar lo que es nuestro, y nos sometan a un yugo que se nos haría insoportable y que nos privaría de todo lo que nos pertenece, y que constituye la más preciada herencia y el acervo de lo que llamamos la chilenidad.

Ser fieles a este don, significa también trabajar en inteligente y tesonera dedicación, en descubrir en el alma de Chile sus rasgos característicos, sus virtudes y sus grandes capacidades para desarrollarlos y engrandecerlos. Significa ir labran-

do y esculpiendo paulatinamente con inteligencia y habilidad de orfebre, en el alma de nuestro pueblo, los rasgos de su personalidad adulta y equilibrada; de su bondadosa sensatez; de su ecuánime realismo.

Junto a nuestro amor a la libertad, existe en nosotros el amor y el respeto a la ley. Hemos creído que ella constituía la mejor salvaguardia de nuestra libertad y el mejor estímulo de nuestro desarrollo. Hemos respetado la ley, y cuando ha dejado de ser justa, o eficiente, la hemos trocado por otra mejor. Hemos preferido el orden al desorden, la autoridad a la anarquía, el diálogo a la imposición, la justicia a la violencia, el amor al odio. En toda autoridad hemos reverenciado la persona y la investidura, acatando sus legítimas decisiones, sin renunciar al derecho —también legítimo— de sentir de otra manera.

Hemos sido periódicamente desafiados por la naturaleza al sacrificio de nosotros mismos hasta el heroísmo. Nuestro pueblo construye, edifica, y un embate incontrolable destruye en segundos la obra de sus manos. Y el pueblo calla, se levanta, y vuelve a construir. No espera dádivas ni golpes de fortuna: confía sólo en su propio sudor. Es, quizás sin saberlo, un espejo de la vida del Hijo de Dios, del trabajador de Nazareth, del maestro manso y humilde de corazón, del legislador de las Bienaventuranzas, del rey pacífico, del hijo de la Virgen Pobre.

¡Qué hermosa es el alma de Chile, don de Dios a nuestro pueblo! ¡Y cuando el propio Señor infunde en nuestra alma de renovación, cuando el Espíritu de Dios sopla impetuoso, exigiendo que se evangelice a los pobres y se libere a los oprimidos, no está ciertamente pidiendo negar, o destruir el alma de Chile!

No somos todavía una sociedad perfecta. Subsiste en nosotros el pecado: personal o colectivo.

Somos, como el pueblo escogido, como la humanidad misma, una tierra que Dios miró con amor, una familia que él prefirió, y a la que quiso pertenecer porque la vio pequeña y débil, imperfecta, necesitada de él. Y se hizo Dios uno de nosotros. Y nos aceptó como somos. Y nos respetó, en nuestra originalidad, y en nuestros vacíos. Y caminó, y sigue caminando con nosotros, sosteniendo nuestras aspiraciones de libertad, alentando nuestras conquistas, denunciado nuestras tinieblas. Nos respeta. Cree en nosotros. Espera. Confía.

¡Admirable misterio de nuestra fe! La fe de un pueblo que lo espera todo de su Dios que lo espera todo de su pueblo.

Mensaje de Navidad 1972

CONOCEMOS AL PUEBLO

Somos pastores: creemos conocer bien a nuestro pueblo. Y porque lo conocemos, cada día lo amamos más, y cada día se renueva nuestra esperanza.

Ese pueblo nuestro ha pasado por muchas y tristes experiencias; pero sigue creyendo en la justicia, en la libertad, en el amor. No cree en la violencia y no acepta a los que preconizan el odio. Se abre con gusto a todo llamado de reconciliación. Está dispuesto generosamente al perdón y al olvido. Sabe admirablemente compartir lo que tiene con el que nada tiene. Cree en la providencia paternal de Dios. Cree en la Iglesia, es fiel a sus pastores y a su Evangelio de misericordia y de paz. Probado duramente en la adversidad, permanece sin embargo, de pie, activo en la esperanza.

En ese, que es el gran tesoro de la patria: en los hombres y mujeres, en los jóvenes y niños, en los ancianos, en los enfermos, en los pobres, en la fe y generosidad de nuestro pueblo se confirma y se ra-

tífica nuestra esperanza. Ellos son el diario testimonio de que Dios sigue actuando, presente entre nosotros”.

Homilía Te Deum Ecuménico, 1978

CHILE NECESITA DE DIOS

Por eso Chile cultiva esta tradición: comenzar su Día orando y agradeciendo a Dios por Chile.

Y no lo hace sólo por respeto. Mucho menos por rutina. Cada generación de chilenos ha ido haciendo la misma experiencia de su necesidad de Dios. Al principio era la urgencia de hacer tanto con tan pocos recursos y tan grandes obstáculos. Hoy también. Al principio era la fe, la esperanza y el amor. Hoy también. Antes y ahora la Patria no se construye sin la oración. Hoy, como al principio, Chile necesita a su Dios

Homilía Te Deum 18 de septiembre de 1976

TENEMOS QUE MATAR EL ODIOS ANTES QUE ESTE MATE Y ENVENENE EL ALMA DE CHILE

Pocas veces hemos gustado tanta amargura. La muerte es siempre amarga; también lo ha sido para el Hijo de Dios. El asesinato es más amargo, porque es la muerte del que muere y del que mata. Pero el crimen político desborda el cáliz de la amargura, porque es el triunfo del Odio. Y el odio envenena y puede matar el alma de una sociedad.

Pocas veces hemos saboreado tanto esta amargura; pocas, pero nos parecen ya demasiadas. En menos de un año, dos hermanos nuestros, que dedicaron su vida a servir a los demás, han caído sacrificados a una fría y calculada voluntad de destrucción. Dos veces; dos hombres; ¡ya es demasiado! Tenemos que matar el Odio, antes que el Odio envenene y mate el alma de nuestro Chile.

Estamos bebiendo, hoy, el mismo cáliz del Señor. También nuestra alma siente tristezas y angustias de muerte. Vemos levantarse ante nosotros, terrible y trágico, el fantasma de las luchas fratricidas. Nos parece como que las oscuras fuerzas del odio quieren conducir a nuestra patria a enfrentamientos irreconciliables, en que algunos ponen, como condición de triunfo, la destrucción de los otros.

Tememos —y ojalá nos equivoquemos— que por el camino del odio y de los asesinatos, en lugar de construir una patria más justa y más acogedora para todos, nos encaminamos a la destrucción de los valores más nobles en Chile, y al fracaso de la más anhelada y esperanzada expectativa de nuestro pueblo: la justicia social.

...¡Es hora de despertar! En el mismo momento en que gustamos, con amargura, el cáliz del Señor, escuchamos también su reproche y amonestación: ¿No han podido vigilar una hora conmigo? Velen y oren, para que no caigan en la tentación”.

Homilía por la muerte del ex Vicepresidente de la República y ex ministro de Estado, señor Edmundo Pérez Zujovic. Martes 8 de junio 1971

EL TERRORISMO ES LA OBRA DE QUIENES NO CREEN EN LA RAZON

El terrorismo es una de las formas más innobles y crueles de violencia. No se contenta con dañar vidas y derechos ajenos: los sacrifica y usa, calculadamente, para engendrar un clima de amedrentamiento y caótica anarquía. Necesita y prefiere víctimas inocentes... Es la obra de quienes no creen en la razón y no quieren que otros crean en ella...

Nuestra conciencia moral y evangélica nos impera reprobar este crimen. Nos urge, también, a movilizar todas las energías espirituales, todo el potencial de fe en la racionalidad democrática que

es un patrimonio nacional, para exigir respeto al hombre, al compatriota, particularmente al humilde que vive y camina en nuestra tierra reclamando su derecho a existir en paz. (...). A cuantos han sufrido y sufren la crueldad de este crimen inútil, hacemos llegar nuestra conmovida solidaridad y la promesa de nuestra plegaria. Y a todos los ciudadanos reiteramos nuestro clamor de desarme: ni las manos cargadas de artefactos, ni las mentes ofuscadas por el odio serán, jamás, capaces de forjar una Patria.

Carta del Cardenal el 10 de agosto de 1973 ante "una secuencia de atentados criminales" en la Nación.

LOS MEROS SALUDOS Y LOS BUENOS DESEOS NO CAMBIAN EL MUNDO

Estamos terminando un proceso cívico. Como tantos otros de nuestra historia ha movilizado a todos los chilenos en torno a opciones políticas diversas, ardorosamente sustentadas. Una campaña tal vez excesivamente larga y costosa, nos ha hecho conocer la personalidad y los programas de cada candidato, fundamentando nuestra responsable decisión de conciencia. Reconozcamos que es un lujo, un privilegio, no muy común en nuestra América, poder elegir así (con esa seriedad, con esa libertad), a los representantes y servidores de un pueblo soberano.

Pero este privilegio hay que cuidarlo, este proceso hay que dignificarlo. Lo recibimos de nuestros mayores como un precioso legado, y nuestros hijos esperan que se lo transmitamos intacto y enriquecido. Es un deber, que no siempre cumplimos bien. La verdad y las personas no han sido siempre respetadas. Más de una vez la violencia ha cobrado víctimas, cuyas vidas nos parecen estérilmente tronchadas. Idearios políticos que aspiran, todos, a hacer más grande a Chile, nos apa-

sionan y enceguecen a ratos, hasta hacernos olvidar que somos todos hijos de la Patria chilena. Y un proceso destinado a hacernos crecer en nuestra madurez ciudadana, a consolidar nuestra comunidad de tareas y de destino, amenaza desgarrarnos con la división y empañar nuestra convivencia con una nota de amargura.

“Por eso creo mi deber decir una palabra. La propongo humildemente, interpretando lo que siento o adivino en el corazón de mis hermanos chilenos en una hora como ésta. Y es una palabra muy simple: PAZ.

Cualquiera puede decirla: PAZ. Siempre es grato y hace bien repetirla: PAZ. Pero yo quiero hoy algo más que pronunciarla: quiero invitar a CONQUISTARLA. Los meros saludos y los buenos deseos no cambian el mundo”.

Mensaje a los chilenos en las vísperas de las elecciones presidenciales 1970

NOSOTROS SOMOS CONSTRUCTORES DE LA OBRA MAS BELLA: LA PATRIA

No podemos desvirtuar la fe, convirtiéndola en pretexto para esquivar la miseria de quienes son nuestra carne. El Reino que esperamos comienza a construirse aquí y uno de sus pilares es la justicia. Por eso que en un acto religioso, como el presente, no dudamos de hablar de una misión urgente que nos compromete a todos. A todos, sí: a los que han recibido un legítimo mandato del pueblo, y a los que hemos recibido un auténtico mandato de Dios. Dos mandatos que por distintos y complementarios caminos apuntan a una misma y urgente tarea de liberación. El Dios que en Jesucristo se identificó con los pobres y oprimidos nos juzgará según nuestra fidelidad a ese mandato.

Nosotros —todos— somos constructores de la obra más bella: la Patria. La Patria terrena que prefigura y prepara la Patria sin fronteras. Esa

Patria no comienza hoy, con nosotros; pero no puede crecer y fructificar sin nosotros. Por eso es que la recibimos con respeto, con gratitud, como una tarea hace muchos años comenzada, como un legado que nos enorgullece y compromete a la vez... En el Sermón de la Montaña, que acabamos de escuchar, el Evangelio formula exigencias severas: exige desprendimiento interior, señorío del corazón sobre el absolutismo del dinero; inculca la mansedumbre para conquistar la tierra; la misericordia para obtener la misericordia; aviva el hambre y la sed de justicia y los compromete a ser artesanos, constructores de paz y aún mártires de la justicia, como les pide un corazón puro, sin la turbiedad del egoísmo, para poder ver a Dios en el rostro de los pobres. Tal vez nunca nadie se ha atrevido a pedirle tanto de las multitudes. Pero ciertamente nadie ha prometido tanta alegría.

Homilía del Te Deum Ecuménico de 1970

ALEGRES EN LA ESPERANZA

No se trata de cerrar los ojos a la realidad. Sería inútil ignorar los problemas o menospreciar su cuantía. ¡Nos queda tanto por hacer, para que Chile llegue a ser ese país de hermanos, donde todos encuentren pan, respeto y alegría! ¡Quedan todavía tantas animosidades, tantas heridas! A todos nos duele el que haya hermanos nuestros sin trabajo. Todos quisiéramos que las privaciones que nuestro pueblo humilde soporta hasta con heroísmo mostraran cada vez más rápidamente los buenos efectos pretendidos. También quisiéramos reasumir, limpia y vigorosa nuestra imagen en el concierto internacional. Y, por cierto, erradicar definitivamente el espectro, la pesadilla de un posible conflicto armado con naciones hermanas.

Pero sobre ese realismo se proyecta la serena alegría de nuestra esperanza. Dios no nos ha deja-

do huérfanos. Seguimos siendo su pueblo: un pueblo que, como dice la Escritura, practica la justicia, ama con ternura y camina, humilde, de la mano de su Dios. (Miqueas 6, 8).

Homilía Te Deum Ecuménico 1978

CHILE: UN SUEÑO

Yo sueño con un Chile en que todos seamos chilenos. En el que el amor a la patria se manifieste en el amor al hombre, a la sociedad. Un Chile en que respetemos los valores del pobre y del que no es pobre. En que nos sintamos hermanos y nos ayudemos unos a otros. Un Chile, una patria que sea de todos y no de algunos. Es que nadie se sienta en la miseria y abandono en la tierra que debiera ser la tierra de los hermanos. La tierra de los hombres que se comprenden y ayudan. Será un sueño. Será una ilusión, pero es un ideal que llevamos en el fondo del alma porque amamos a nuestra patria. La patria no son las montañas, no son los valles, no son los mares, por hermosos que sean. Son los hombres, es la sociedad que vive en estas tierras, los cuales deberían sentirse hijos de la tierra, no extraños, ni mucho menos expulsados y sin ninguna esperanza

Entrevista "Solidaridad" al cumplir 40 años de Sacerdote

ORAR POR NUESTRA PATRIA

Más de una vez esta Cátedra y muy claramente el Arzobispo de Santiago, ha manifestado su parecer, ha señalado los caminos para la paz, ha instado y querido que todos, autoridades y pueblo, nos pongamos en marcha generosamente para obtener este hermoso fruto de la convivencia humana que se llama la paz, basada en la justicia, la verdad y la libertad.

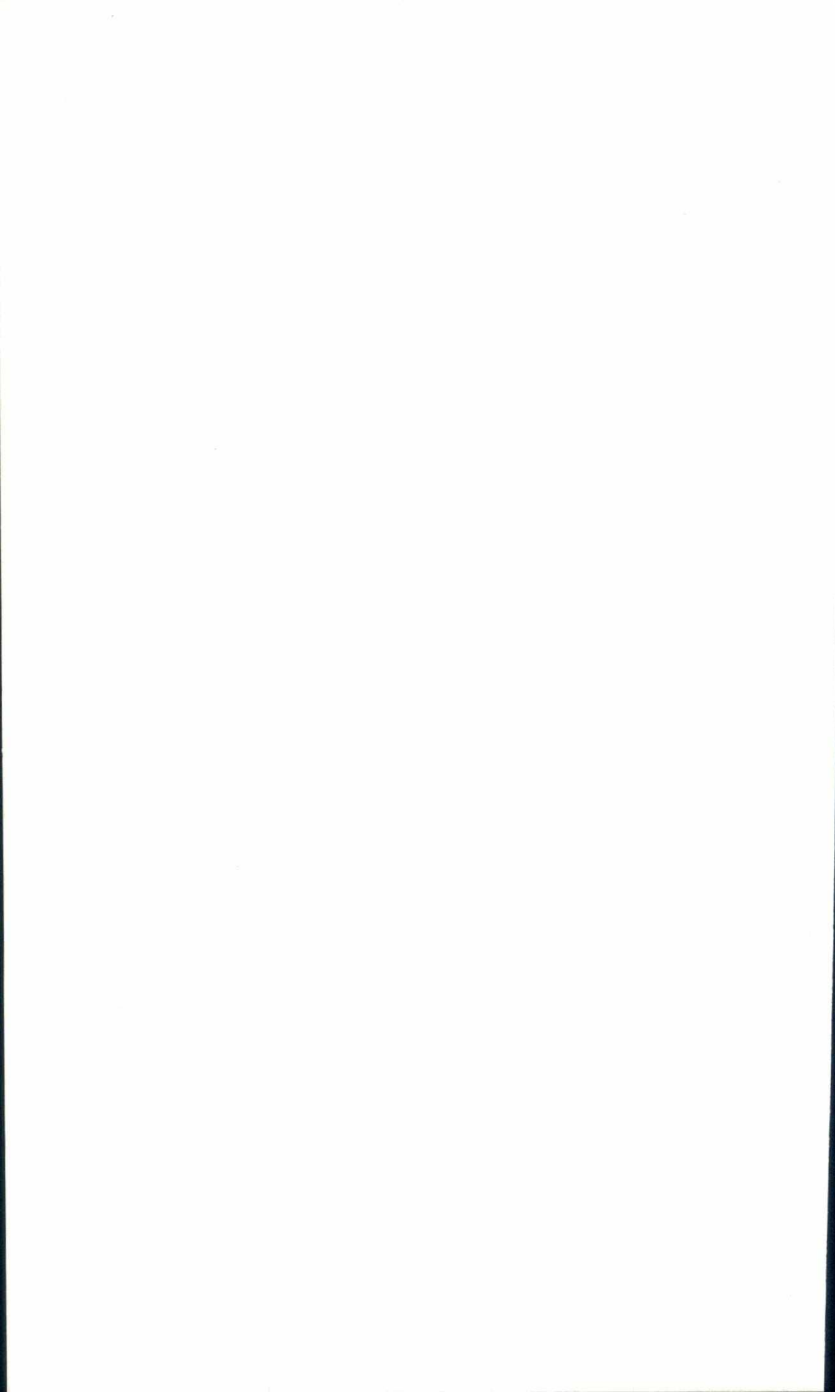
Humildemente debemos confesar que no siempre hemos tenido éxito en nuestras peticiones y nuestra voz no ha sido escuchada en muchas oportunidades. Aún más, ha sido motivo de críticas muy acerbas y de incomprendiones muy duras. No creo que sea el caso, en este momento, y dadas las circunstancias que todos conocemos, de volver a repetir los mismos ideales, la misma enunciación de la Doctrina de la Iglesia, que hemos hecho en muchas oportunidades. Todos los conocen. En el mundo entero se sabe cuál es el pensamiento de la Iglesia de Santiago y de la Iglesia de Chile. En ese momento nos parece que debemos orar, orar, por nuestra patria, orar por la paz, orar para que todos los hombres de buena voluntad se unan a la tarea de reconciliación, orar para impedir que la violencia se interponga entre la buena voluntad de todos los chilenos y de los que dirigen nuestra patria para conseguir la paz en nuestra tierra

Te Deum, 1979

La Iglesia y la Justicia

La Iglesia ha sido testigo del mensaje del Pastor, lleno de esperanza para el más necesitado; ellos son los que más sufren las consecuencias del egoísmo y la injusticia que anida en muchos de los corazones de los hombres.

El Cardenal Silva nos invita a deponer toda maldad que exista en nuestra alma, para así encaminarnos por la senda que enaltece a los hombres y las naciones: El respeto a la justicia.



La Justicia

Tenemos que amar, mis queridos hijos, porque sólo en el amor se construye una sociedad justa, porque sólo en el amor se construye una sociedad próspera, porque sólo en el amor se construye la unidad de todos los hijos de esta tierra. Y necesitamos hoy más que nunca unirnos para hacer la grandeza de nuestra tierra, de nuestra patria. Si amamos, debemos realizar en nosotros la justicia...

*Cardenal Raúl Silva Henríquez, Mensaje a dirigentes y asesores de la Vicaría Pastoral Juvenil
Octubre de 1974*

EL GRAN LLAMADO DEL PASTOR ES OBRAR POR LA JUSTICIA

Señor: para que podamos construir perpetuamente la paz, concédenos obrar la justicia”.

Obrar la justicia. Tener el ánimo, cultivar el hábito, la costumbre de darle a cada uno lo que es suyo.

Y en primer lugar a Dios. Sí: es de justicia que, como lo hacemos hoy, reconozcamos públicamente que en El somos, nos movemos y existimos; que de El procede todo don perfecto; y que a El le debemos el homenaje de una fe obediente a su Palabra.

Esta es su Palabra, éste es su Mandamiento: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con todas tus fuerzas, y al prójimo, como a ti mismo”. No podemos ser justos sin el hábito de cumplir fielmente este Mandamiento de amor.

Nuestro celo por los derechos de Dios reclama, de esta manera, un análogo celo por los derechos del hombre. Dios quiere que sus hijos sean respetados y amados. En el agravio hecho a un hombre Dios se considera, El mismo, agraviado. Y el hombre violentado por la injusticia, siente germinar en él el resentimiento y la contraviolencia. En la injusticia, la paz ha encontrado su primer gran obstáculo.

Señor, luz de los que viven en tinieblas: guía nuestros pasos por el camino de la paz. Concédenos que, libres de temor, te sirvamos con santidad y justicia en tu presencia, todos nuestros días.

Enséñanos a hacer con los demás lo que queremos que ellos hagan con nosotros: respetar, comprender, perdonar; cumplir nuestra palabra; tener misericordia; hacernos solidarios del dolor y necesidad de los otros; velar por su buen nombre, defender su honra, sus bienes, su libertad; acoger sus aportes, estimular su responsabilidad, confiar en ellos.

¿Cómo podríamos exigir lo que no estamos dispuestos a dar?

Cada uno, sin excepción de nadie —nos inculca el Concilio— debe considerar al prójimo como otro yo. (*Gaudium et Spes*, 27). Y todo hombre es mi prójimo, cualquiera sea su ideología, su conducta o la simpatía que nos inspira. La justicia evangélica no discrimina, no excluye a nadie. Sólo tiene una predilección, un servicio preferente, un respeto privilegiado por los pobres, —sin preguntar la causa o la culpa de su pobreza—. (Cfr. Paulo Sexto, *Octogésima Adveniens*, 23; Obispos de Chile, “*Evangelio, Política y Socialismos*”, 14).

Homilía Te Deum 18 de Septiembre de 1976

Si nos hemos hecho cómplices de la mentira o la injusticia, convirtámonos en el Cristo que so-

portó la calumnia y la persecución, la prisión y la muerte por dar testimonio de la verdad y saciar el hambre y sed de justicia.

(Mensaje de Cuaresma de 1978)

La justicia de este mundo sólo se da en la Paz. ¿Será necesario recordar que el espectáculo de la excesiva riqueza exaspera a los que gimen en su extrema pobreza? Los pronunciados desequilibrios en la distribución de bienes y expectativas no solamente ofenden a la justicia y al amor, sino preparan también estallidos violentos de una desesperación colectiva, en los que poco a nada quedará ya de justicia y de amor. Luchar por una más justa nivelación económica; recordar a los privilegiados que no son más que administradores de bienes que el Creador destinó a todos los hombres; urgir las conciencias y los mecanismos jurídicos para que se amplíe más y más la participación de los pobres en la renta nacional y en el proceso que la produce: todo eso es trabajar por la paz.

Homilía Te Deum Ecuménico, 1977

También hoy he visto a una mujer, inclinada, bajo el noble peso de su realeza y de su amor, alzar los brazos suplicantes y dirigir su clamor al Hijo de sus entrañas, Rey del Universo y Señor de la historia, pidiendo paz entre sus hijos ¡Paz para esta tierra nuestra; paz para nuestra América; paz basada en la justicia y en el mutuo respeto de todos los derechos!.

Homilía 8 de diciembre de 1976

Todos queremos vivir en paz..., pero no nos hagamos ilusiones. La paz sólo es posible si existe la

justicia social. Y una expresión de justicia social. Y una expresión de justicia es la distribución equitativa de los bienes y de las tierras. La desigualdad injusta y opresora engendra la violencia, el odio, el rencor, que ya presenciamos en nuestra patria. La libertad sólo es auténtica y duradera cuando lo es para todos, y no cuando es el patrimonio de quienes poseen dinero y cultura. El verdadero orden social es el de la justa distribución de las riquezas, porque no puede haber orden donde existe la explotación, donde existen unos pocos privilegiados y una multitud de explotados. Lo demás será un orden aparente, que durará mientras dure la represión de las justas aspiraciones, pero tarde o temprano este orden caerá víctima de su propia injusticia y error. Dios quiera hacer comprender a los propietarios que hoy pierden parte de sus tierras, que con su sacrificio están contribuyendo a la paz y a la justicia en nuestro país...

IDS 1970, N° 46, pág. 17

El Pastor nos pide fidelidad a la enseñanza de la Iglesia.

Ya lo dije: estoy hablando en primer lugar a hombres y mujeres de fe, de nuestra fe cristiana y católica. Por eso puedo y debo pedirles fidelidad a la Iglesia, al Papa, a los Obispos; fidelidad a la doctrina y enseñanza social de la Iglesia; fidelidad a la moral evangélica, que la Iglesia custodia y no se cansa de urgir; fidelidad a la oración y a los sacramentos de la Iglesia. El Papa acaba de recordarnos que la Iglesia se construye en la Eucaristía y que el cristiano se renueva y convierte al Evangelio en el Sacramento de la Reconciliación. Sin estos sacramentos, sin la gracia de Cristo que en ellos se nos comunica, no podemos hacer nada para el Reino de Dios, es decir, nada para la ins-

tauración de la justicia, de la paz y de la alegría de amor.

Mensaje del Cardenal, 1º de mayo de 1979

LA IGLESIA SE SIENTE IMPULSADA A OBRAR COMO EL PAPA ANTE LAS INJUSTICIAS SOCIALES:

Nosotros, mis queridos hijos, la Iglesia, nos sentimos impulsados a obrar como el Papa. El nos previno expresamente, en Puebla, que como Obispos no podíamos desinteresarnos de aquellas situaciones que atentan contra la dignidad humana: la dignidad del hombre —nos dijo— es un valor evangélico que no puede ser despreciado sin grandes ofensas del Creador. (Discurso inaugural 57-59). La evangelización tiene como parte indispensable la acción por la justicia y las tareas de promoción del hombre (ibid., 61) y la Iglesia encuentra, en el centro de su mensaje propio, sin necesidad de sistemas o ideologías, encuentra inspiración para actuar por la fraternidad, por la justicia, por la paz, contra todas las dominaciones, esclavitudes, discriminaciones, violencias, atentados a la libertad religiosa, agresiones contra el hombre y cuanto atenta a la vida. (ibid. 62).

(Mensaje del Cardenal, 1º de Mayo 1979)

...Cuando arrecian las injusticias y crece dolorosamente la distancia entre pobres y ricos, la Doctrina Social, en forma creativa y abierta a los amplios campos de la presencia de la Iglesia, debe ser precioso instrumento de formación y de acción” (Discurso inaugural, 83-85).

Mensaje del Cardenal, 1º Mayo 1979

Pero no sólo hace 3 años. Mucho tiempo antes, desde que llegamos a esta Cátedra Episcopal de Santiago, hemos estado llamando a la conciencia de todos, para que se respeten los derechos de todos y en particular de los trabajadores; para que se instaure una auténtica justicia social, única sólida para cimentar la paz social

Mensaje del Cardenal, 1º Mayo 1979

Una economía al servicio del hombre; el respeto de todos sus derechos; la participación de todos los ciudadanos en las cosas que les atañen; la justicia, la equidad: son los grandes valores que la Iglesia sustenta y que se muestran como básicos para la convivencia ordenada. No olvidemos lo que decía Pablo VI: el desarrollo integral, de todos los hombres y de todo el hombre, es el nuevo nombre de la Paz.

Mensaje del Cardenal, 1º Mayo 1979

LA PREDILECCION DE LA IGLESIA ES POR LOS QUE SUFREN: LOS POBRES.

La Iglesia tiene opciones o alternativas propias: su única opción, su única alternativa es el Evangelio de la paz. Y si alguna preferencia le es lícita, no puede ser otra que la predilección de Cristo por los que sufren más —cualquiera sea la causa de su sufrimiento. El Fundador de la Iglesia dio como señas de su misión el anuncio de la Buena Nueva a los pobres (Lc. 7, 22). Ser fiel a las enseñanzas y al ejemplo de Cristo le impone a la Iglesia el deber de apasionada defensa de los débiles— y en particular de quienes sólo piden poder vivir de su trabajo, cultivar su tierra y cobijar su familia bajo un digno techo.

La Iglesia vive en la historia, toma parte en las mejores aspiraciones de los hombres, sufre cuando las ve insatisfechas, y desea ayudarles a conseguir su pleno desarrollo (Cfr. Pablo VI, *Populorum Progressio*, 12-13). Y ese desarrollo pleno exige combatir la miseria y luchar contra la injusticia. La paz, en efecto, no se reduce a una ausencia de guerra, fruto del equilibrio siempre precario de las fuerzas. La paz se construye día a día, en la instauración de un orden querido por Dios, que comporta una justicia más perfecta entre los hombres. (Cfr. *Pop. Progressio*, 76).

Homilía Te Deum Ecuménico, 1978

LOS SIN CASA

¿Qué sintió cuando visitó a las centenares de familias que participaron en la toma de terrenos y fueron desalojados, en La población La Bandera?

Sentí una gran amargura al ver que hay millones de personas en esta situación, pues se calcula que sólo en Santiago hay 120 mil familias sin techo. Como generalmente se estima que la familia tiene cinco personas, como promedio, serían 700 mil personas. Pero se dice que en Chile hay un déficit habitacional de alrededor de 700 mil casas; calcule usted, cinco personas por casa, serían tres millones 500 mil personas que no tienen hogar. Al ver esa pobre gente hacinada en la pequeña capilla, me dio una inmensa pena. Es la expresión de una injusticia social enorme. Una importantísima parte de nuestros ciudadanos ha sido abandonada y no tiene ni siquiera la posibilidad de tener un hogar. Como me lo preguntaban algunos periodistas, un día después, así les respondí: “Los pájaros tienen sus nidos, las raposas sus cuevas. Pero, el

Hijo del hombre, en mi patria, no tiene dónde
reclinar su cabeza.

Entrevista "Solidaridad" al cumplir 40 años de Sacerdote

LA USURA

¡Qué distante de esta visión cristiana de la vida y del sentido de los bienes de este mundo se encuentra aquella otra, que hace del dinero un absoluto, y del lucro el móvil de todas las relaciones sociales y económicas, un ídolo al que todo se sacrifica!

Dramática consecuencia e ilustración de este proceso materialista y ateo, es el resurgimiento y proliferación de la usura. Práctica que la Iglesia ha reprobado y condenado sistemáticamente, por más que cambien las circunstancias de hecho y los regímenes económicos. En todos ellos se conserva la misma sustancia de la usura: exigir intereses desmesuradamente altos, haciendo caso omiso de la economía nacional y de la necesidad y derechos del pobre.

Gravemente lesiva de la justicia y de la caridad, delata además la usura su principio y fundamento materialista, que la hace intrínsecamente contraria al espíritu y letra del Evangelio. Ella pretende en efecto, que el dinero puede y debe fructificar automáticamente independiente de toda relación o valor humanos; y que en consecuencia tiene derechos por encima de los hombres mismos. Pero elevar a una simple cosa, separada del hombre, al rango de titular de derechos; sobre todo cuando esa cosa es el dinero, es situarse ya de plano en la posición del materialismo craso, que termina por adorar y servir al dinero en lugar de Dios. Exactamente igual que en el materialismo dialéctico e histórico del marxismo, se está entonces en las antípodas del Evangelio.

La usura es un signo de desquiciamiento en la moral social. Destruye la economía de un pueblo; lo lleva a la miseria en beneficio de unos pocos, inescrupulosos; acaba con el espíritu de empresa, desalienta la honestidad y el trabajo productivo, hace inútiles y vanos todos los sacrificios que los hombres de trabajo de un pueblo están dispuestos a hacer para lograr su pleno desarrollo económico y social.

No podemos permanecer en silencio ni inactivos ante un fenómeno de tamaña gravedad. Debemos pedir, estimular y ayudar a los responsables del sistema económico, para que diseñen e implementen un modelo de desarrollo en que la usura no pueda fructificar. Lo exigen la justicia y la caridad, el bien común y el alma misma de nuestro pueblo.

Cuaresma 1977

LAS INJUSTICIAS SE COMBATEN A TRAVES DE UN UNICO CAMINO: LA JUSTICIA

Y todo el esfuerzo de la Iglesia en estos últimos años, su constancia en evangelizar la verdad, la justicia y la libertad, su perseverancia en defender los derechos consustanciales al hombre, su firmeza en denunciar los errores que presumen ignorarlos o las violaciones que pretenden suprimirlos, nace de su pasión por la paz y de su anhelo de que ella se construye, en nuestra Patria, sobre fundamentos sólidos e inamovibles.

Acción de gracia Ecueménica - 18 Sept. 1978

JUSTICIA EXIGE DAR A CADA UNO LO SUYO

Es preciso que la comunidad entera se abra progresivamente al mandato inapelable de la justi-

cia, que exige dar a cada uno lo suyo. Es urgente adecuarnos y educar a una nueva manera de pensar, tan antigua como el Evangelio, que nos llama a interrumpir nuestro camino cuando en él yace, atropellado, nuestro hermano el hombre, y responder por él. Particularmente los que confesamos el nombre de Cristo no podemos hacernos reos de escándalo, proclamando con nuestros labios al mismo Señor que negamos cada vez que violamos un derecho humano... Es preciso orar por una verdadera conversión a la Ley del Evangelio, la única capaz de cimentar, a la larga, una forma de convivencia en que "nunca más el trabajo esté contra del trabajador; sino siempre el trabajo sea para el trabajador, y el trabajo esté al servicio del hombre, de todos los hombres y de todo hombre" (Pablo VI a la OIT).

Homilía del Cardenal para el 1º de Mayo de 1970.

JUSTICIA Y DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA.

Todos ellos, todos estos Obispos, todos nosotros les hemos manifestado a nuestros pueblos el amor inmenso que tenemos por el hombre. Hemos llorado por la situación triste que muchos de nuestros pueblos sufren y hemos pedido a los hombres de buena voluntad de esta tierra, que oigan la voz del Señor y la voz de la Iglesia. Y que trabajen denodadamente para que la verdad del Evangelio, que se manifiesta en la Doctrina Social de la Iglesia, sea una realidad en nuestros pueblos que se dicen cristianos. Y a los hombres que gobiernan, y a los hombres que detentan el poder económico y a los hombres de Iglesia, y a los hombres de buena voluntad y a los pobres de este continente, nosotros les hemos pedido que, dejando a un lado el odio y la prepotencia, sigan el ca-

mino de la verdad, de la justicia, del amor y de la paz, que es el único que nos podrá dar la seguridad nacional a que aspiramos; que es el único que podrá forjar la grandeza de estos pueblos.

Homilía de Mons. Raúl Silva Henríquez 25 Nov. 1979

LOS PILARES DE LA IGLESIA SE LLAMAN JESUCRISTO.

La verdad, la justicia y el amor tienen un nombre mis queridos hijos: se llama Jesucristo. Y él lo representa, lo representa con humildad, lo representa con decisión y viene a enseñarnos, viene a suplicarnos, viene a rogarnos que nosotros oigamos esta voz, porque es la voz de la paz, de la justicia, de la verdadera convivencia humana.

Homilía de Mons. Raúl Silva Henríquez 25 Nov. 1979

EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA NOS HABLA A TRAVÉS DE LA HISTORIA DE JUSTICIA Y CARIDAD

El magisterio habla de Justicia y Caridad. El Papa, los Concilios, los Sínodos, los Obispos observan constantemente el acontecer humano, aquello que se llama lo "contingente temporal para confrontarlo con las exigencias evangélicas de justicia y caridad. La Iglesia Universal, en su instancia más elevada y auténtica, no considera ajeno a su competencia interesarse en la situación concreta del hombre y pronunciarse normativamente sobre sus derechos y deberes de persona humana.

Raúl Silva Henríquez, Justicia y Caridad, 7 Oct. 1976

El Magisterio habla de justicia y caridad: así, siempre indisolublemente unidas. Incluso poniendo a la justicia como criterio de autenticidad y de credibilidad del amor. Lo hace en el Concilio, después del Concilio, antes del Concilio. Lo ha hecho siempre. Porque el Magisterio no inventa, no crea las verdades de la fe, “no está por encima de la Palabra de Dios sino a su servicio; y por mandato divino y con la asistencia del Espíritu Santo, le escucha devotamente, la custodia celosamente, la explica fielmente; y de este único depósito de la fe saca todo lo que propone como revelado por Dios para ser creído” (Concilio Vaticano II, Constitución “*Dei Verbus*”, 10).

Raúl Silva Henríquez, Justicia y Caridad. 7 Oct. 1976.

JUSTICIA Y AMOR, FUNDAMENTOS DE LA PAZ.

La más genuina Tradición Apostólica vincula a la autoridad, de un modo particular, con la realización de la justicia para toda la comunidad. Pablo escribía a los cristianos de Roma, siendo Emperador Nerón; instándoles a la obediencia y leal colaboración con la autoridad, pues “es un servidor de Dios para hacer justicia” (Romanos, 13,4).

Raúl Silva Henríquez, Justicia y Caridad. 7 Oct. 1976.

La primera gran cualidad de un monarca y principio fundamental de su gobierno será, por tanto, la justicia. Virtud pública por excelencia, puesto que no mira al propio interés personal sino al bien de los otros, de todos, de la comunidad entera; virtud que a diferencia de la fortaleza militar, que se ejercita sólo en la guerra, se practica siempre, y a menudo sin ninguna utilidad propia, pero con gran alabanza de todos. (En narraciones sobre el Salmo 118, Sermón XVI, 14).

Esta justicia pública es indispensable para la custodia de la paz y del orden en el estado. San Agustín lo expresó con una frase célebre: "Haz justicia, y tendrás paz. Si no amas la justicia, no tendrás paz. Y es que esas dos, la justicia y la paz, se aman y se besan" (En narraciones sobre el Salmo 82, 12).

Ambrosio exige del soberano la ausencia de toda avaricia: el que preside una comunidad de hombres libres —en su pensamiento— no puede estar él mismo sometido a los tesoros y esclavizado al dinero (De Offic. Lib. II, 6).

Raúl Silva Henríquez, Justicia y Caridad. 7 Oct. 1976

LA MISION DE LA IGLESIA ES EN LA JUSTICIA.

...Sí, queremos ser cristianos de verdad: en los momentos brillantes y plácidos de nuestra historia y en los momentos difíciles y tristes de ella. ¡Cristianos de verdad!. Y por eso queremos darnos al servicio de los demás, al servicio de los pequeños, al servicio de los que sufren, de los encarcelados, de los perseguidos, al servicio de los pobres! Queremos darnos a ellos y que nuestro amor resuene siempre para defender sus derechos, que nadie acalle en nuestros corazones, en nuestros labios, la voz de la justicia, del bien, el Evangelio, la buena nueva que tenemos que avisarle a los pobres y que Dios está con ellos, que es su Padre, que El los defiende, que El los ama y que El sabrá sacar de nuestras vicisitudes y dolores el alba luminosa de un día mejor. Lo esperamos, mis queridos hijos, lo deseamos intensamente.

*Homilía del Cardenal, en la misa de celebración de sus 70 años en la Catedral,
29 Sept. 1977*

LA JUVENTUD ES LA GRAN ESPERANZA DE JUSTICIA

Pero, construir la Civilización del Amor significa también un compromiso en Uds. Como Pastor de la Iglesia quiero pedirles que sean jóvenes de esperanza; que ardientemente busquen la justicia, que vivan sin claudicaciones en la verdad, que venzan toda opresión que les impida ser libres, y que solidariamente sirvan en especial a los más pobres y sufrientes.

La Civilización del Amor debe aunar a los que trabajan por la paz, a los que rechazan la violencia, a los que tienen limpio el corazón y a los que lloran sus angustias esperando ser consolados.

Jóvenes de Santiago:

Hagan un esfuerzo para que la Civilización del Amor se construya en nuestra Patria. La Iglesia confía especialmente en Uds., luchen ardorosamente contra toda opresión, contra toda injusticia y contra toda mentira. La Iglesia los desea sinceros, valientes, imaginativos y auténticos.

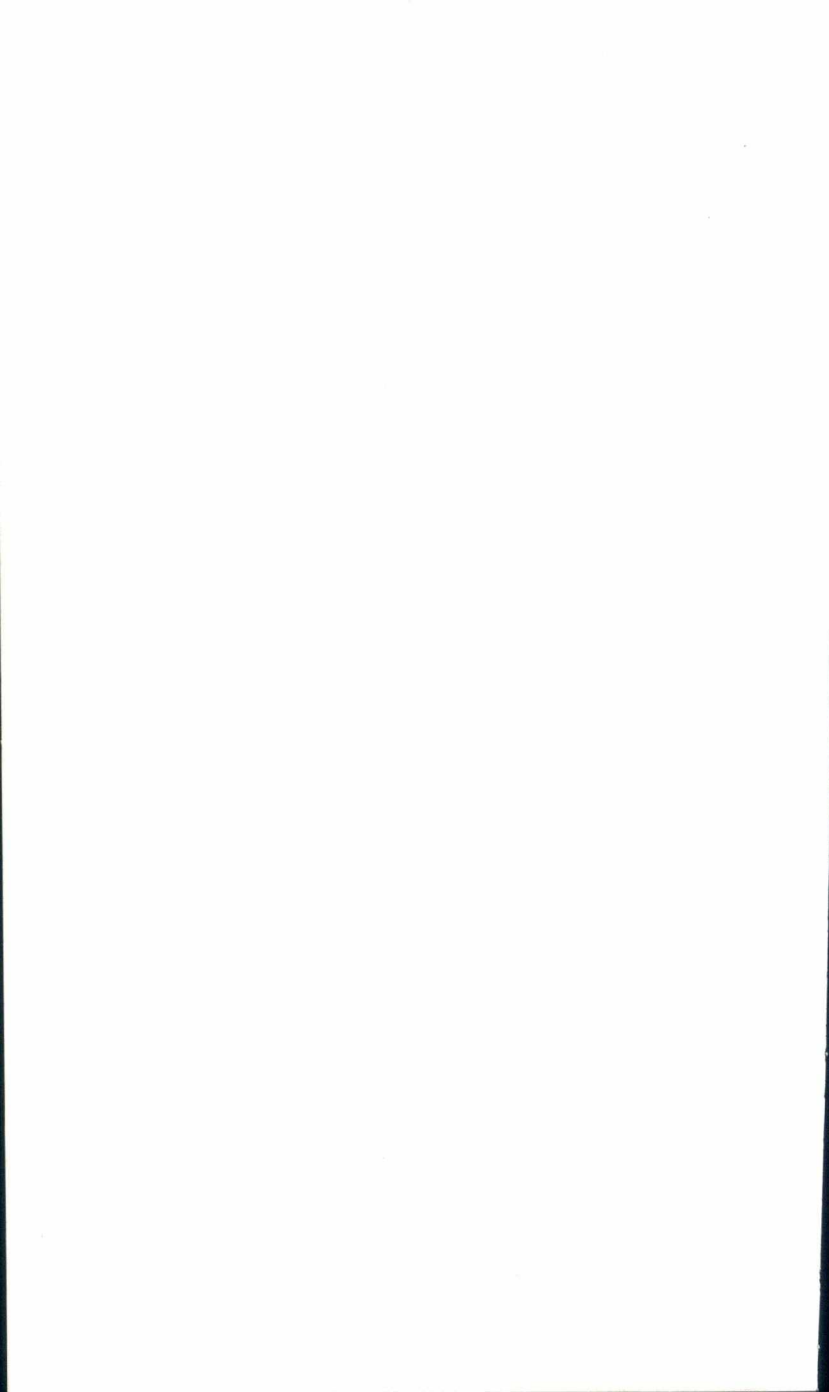
Mensaje del Cardenal, a los Jóvenes en el Templo Votivo de Maipú. 7 de Oct. 1979

JUSTICIA BASE DE LA UNIDAD.

Hemos de comenzar la tarea hermosísima de traer a Cristo a las almas, la tarea hermosísima de hacer conocer al Señor, de hacer servir al Señor. Hemos de comenzar con inusitado entusiasmo, con renovadas energías la tarea de sembrar la justicia y la caridad, y si queremos verdaderamente lograr el fruto sazonado de la paz, mis queridos hijos, hay que rendirle un culto esmerado a la justicia. Si no tenemos justicia entre nosotros, no podrá haber unión entre los cristianos y por eso mi mensaje, mi primera palabra, la que les digo con mayor ahínco y con mayor fervor, es ésta: Tene-

mos que luchar todos para que en Chile cada uno tenga lo que le corresponde, tenemos que luchar todos para hacerlo grande. Tenemos que luchar unidos para hacerlo verdaderamente grande, porque sólo en la justicia y en la caridad existe la verdadera grandeza de los pueblos. El Santo Padre no me ha recomendado otra cosa. Me ha dicho: "Irás a tu tierra y allá serás el Padre de todos, de los ricos y especialmente de los pobres, porque para ellos te ha enviado el Señor".

Palabras del Cardenal a su llegada a Santiago después de haber recibido su nombramiento de Cardenal 14 Abril 1962

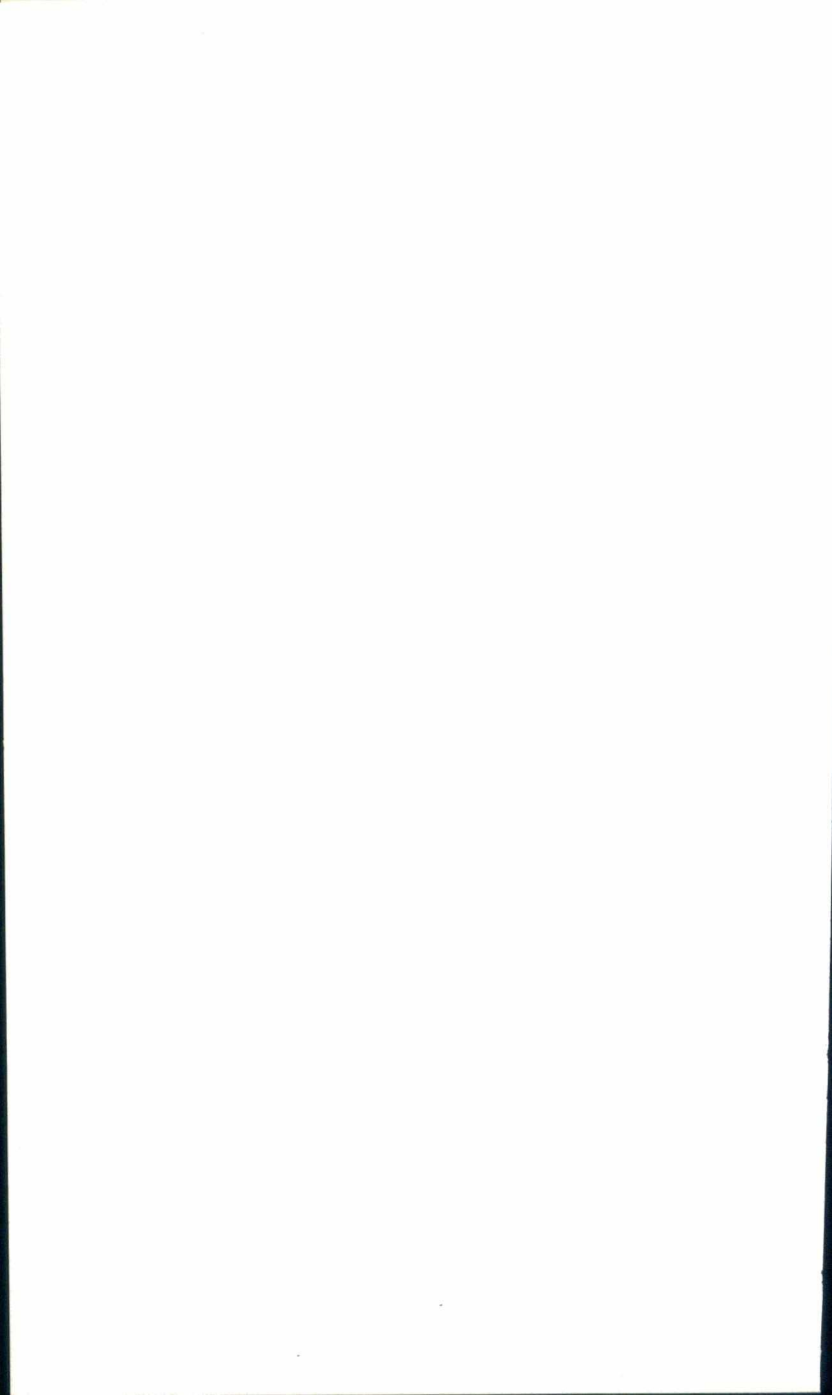


La Iglesia y los Derechos Humanos

El Cardenal Raúl Silva Henríquez ha sido incansable defensor de la persona humana. Su testimonio de vida así lo demuestra, con innumerables las ocasiones en la cual el se ha referido a este tema.

las líneas que se encuentran en estas páginas son una mera muestra del gran legado que nos a aportado don Raúl.

Cada palabra, como una frase, están llenas del espíritu cristiano, son la herencia y la tarea que nos deja este hombre: "Quien no ama no respeta" este es el centro y objetivo último del respeto inalienable de la persona humana.



Hombre y mujer a semejanza de Dios

La creación del hombre es fruto de un consejo divino; él será una imagen viva de Dios: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza". (Gén. 1-26) Y esta imagen es tanto más noble y esclarecida cuanto más alto y sublime es el modelo que reproduce, y no hay ningún libro humano que nos dé una idea más alta, una noción más alto y sublime es el modelo que reproduce, y no hay ningún libro humano que nos dé una idea más alta, una noción más pura de Dios, de su grandeza, de sus atributos, como la Santa Biblia.

*Los derechos humanos en el Antiguo Testamento
29 de Julio de 1965*

LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN PARTE IMPORTANTE DE LOS DERECHOS DE LOS HOMBRES

Las vicisitudes de la historia de Israel, sus instituciones, leyes, sus triunfos, sus humillaciones, sus debilidades y expiaciones, sus héroes y sus heroínas, son otros tantos títulos de la historia de la salvación humana, otros tantos estamentos de la divina revelación y, en consecuencia, otras tantas afirmaciones de la grandeza de la vocación del hombre de sus deberes ante su Padre del cielo y de

sus derechos y responsabilidades ante sus hermanos.

*Los derechos humanos en el Antiguo Testamento
29 de Julio de 1965*

DIOS QUIERE QUE SUS HIJOS SEAN RESPETADOS

Nuestro celo por los derechos de Dios reclama, de esta manera, un análogo celo por los derechos del hombre, Dios quiere que sus hijos sean respetados y amados. En el agravio hecho a un hombre, Dios se considera El mismo agraviado. Y el hombre violentado por la injusticia siente germinar en él el resentimiento y la contraviolencia. En la injusticia, la paz ha encontrado su primer gran obstáculo.

Señor, luz de los que viven en tinieblas: guía nuestros pasos por el camino de la paz. Concédanos que, libres de temor, te sirvamos con santidad y justicia en tu presencia todos nuestros días.

Enséñanos a hacer con los demás lo que queremos que ellos hagan con nosotros: respetar, comprender, perdonar cumplir nuestra palabra; tener misericordia; hacernos solidarios del dolor y necesidad de los otros; velar por su buen nombre, defender su honra, sus bienes, su libertad; acoger sus aportes, estimular su responsabilidad, confiar en ellos.

¿Cómo podríamos exigir lo que no estamos dispuestos a dar?

*Los caminos de la paz
18 de Septiembre de 1976*

LOS DERECHOS BASICOS DE DIOS

Los doctores de Israel resumían el Decálogo en dos puntos: "Amaras a tu Dios. Amarás a tu prójimo". Allí se establecen los derechos básicos de

Dios, creador y padre de los hombres y fuente de todo derecho, pues sólo de la afirmación del soberano derecho divino, pueden dimanar los derechos personales y sociales del hombre, miembro de la familia divina, hermano de los demás hijos del mismo Padre de los cielos.

De allí el derecho de los padres al respeto y obediencia de los hijos, ya que representan en la Tierra la autoridad del único Padre soberano, de allí las obligaciones de éstos frente a los que engendraron, dándoles una vida que Dios les encargó de transmitir.

De ahí el respeto a los demás hombres, verdaderos hermanos, cualquiera sea su color o raza y de todos los hombres entre sí, en sus inalienables derechos a la vida, a la libertad, a la integridad física y bien moral, a la sinceridad del trato mutuo, en sus relaciones externas y hasta en sus íntimos pensamientos y sentimientos.

Los derechos humanos en el Antiguo Testamento
29 de Julio de 1965

POR EL AMOR A LOS HOMBRES CRISTO SE ENTREGO A ELLOS

Pero si abrimos el Evangelio, nos encontramos con un Dios que tanto amó al hombre y al mundo que entregó por él a su Hijo unigénito; con un Dios que tanto amó la historia que quiso entrar en ella para compartirla con nosotros; morir para convertirla en historia de salvación y liberar y planificar así —al precio de su sangre— todo lo humano, hasta hacerlo sobrepasar infinitamente lo humano. Sólo el Dios del Evangelio se ha atrevido a proclamar que el hombre y su destino bien valen la muerte de un Dios. ¡Cuánto amor frente al hombre y cuánto respeto ante la dignidad de su libertad! ¡Dónde se había escuchado de un Dios que, antes de violar esa libertad sagrada que El

mismo confió a su creatura, estuviera dispuesto a correr el riesgo de que el hombre lo rechazara y de que ese pecado terminara exigiendo su propia muerte en la Cruz?

Es un respeto que se diría en el absurdo si no supiéramos que nace de una misericordia y de un amor infinito.

El Dios del Evangelio no es rival, ni amenaza ni enajenación para el hombre. Muy por el contrario es, su Creador y Libertador, el fundamento de cuanto en El hay de noble y hermoso, y el garante más celoso de sus derechos y dignidad. Si por salvar su libertad Dios no se perdonó a Sí mismo, tampoco permanecerá indiferente ante quien alevosamente la pisotee, la niegue o la manipule, desconociéndola bajo cualquiera de sus formas; como libertad de pensamiento (y, por lo mismo, de hacer cultura), como libertad religiosa, como libertad de expresión, como libertad de crítica, como libertad de asociación. Si Dios quiso morir para convertirse El mismo en MEDIO E INSTRUMENTO de Salvación de la libertad humana, no podrá tampoco tolerar que nadie la mediatice o instrumentalice, sometiéndola al servicio esclavizante de objetivos políticos, económicos o ideológicos, que se erijan en pretexto para mutilarla. Dios no ha escatimado ningún recurso para proclamar, con una elocuencia que hace enmudecer a toda elocuencia humana, el valor infinito que El concede al hombre y su libertad. Con su muerte en el Calvario clavó Dios sobre la Cruz la más radical y solemne declaración de los derechos del hombre que la historia jamás presenciara.

*La Universidad Católica: Su razón de ser
Mayo de 1971*

CRISTO QUIERE QUE LO RECONOZCAMOS EN EL OTRO

Cristo quiere que lo reconozcamos y lo sirvamos

a El en la persona de los pobres: por eso, cuando nos dejamos esclavizar por el egoísmo y la indiferencia, cuando no trabajamos apasionadamente por restituir al desposeído su dignidad y sus derechos de hombre, no tenemos paz.

Reconciliación de los chilenos
24 de Noviembre de 1974

¿SOMOS REALMENTE HIJOS DE DIOS?

Y ahora yo me pregunto, en esta tierra nuestra: ¿Reina esta ley? ¿Somos nosotros realmente hijos de Dios? ¿Nos sentimos hermanos de nuestro prójimo? ¿Establecemos una ley, la ley que Cristo ha proclamado y que no queremos que a nadie se le haga lo que a nosotros queremos que no se nos haga? ¿Sabemos que tenemos que amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos? ¿Lo cumplimos? Esta es la pregunta que hoy nos hacemos. Realmente vuestro Pastor, mis queridos hijos, tiene inmensas dudas. Tiene una gran aprensión. No está cierto de que nosotros seamos fieles hijos del Padre de los Cielos, de que amemos a Cristo el Señor que ha muerto y que ha resucitado por nosotros en la persona de nuestros hermanos. No estamos ciertos.

¿Por qué? Hemos presenciado desde la última Pascua de Resurrección hasta ahora, las vicisitudes de nuestra historia, los dolores de nuestro pueblo, las luchas de nuestros hijos. Lo hemos presenciado. Sentimos dolorosamente que nuestro pueblo, que nuestros hijos, que estos hijos de Dios y el pueblo de Dios, no sean capaces de comprenderse, de respetarse, de amarse; y que, por el contrario, los odios fraticidas se despiertan entre nosotros.

Hemos presenciado la lucha y hemos visto la muerte de nuestros hermanos. Hemos visto el dolor de una situación sangrienta en nuestra patria y

de una guerra entre compatriotas. Hubiéramos querido evitarla, hemos hecho todo lo posible por evitarla; al menos, así lo pensamos. Tal vez, también, nosotros hemos sido culpables y no hemos hecho todo lo que debiéramos.

Hemos dicho que la violencia no genera sino la violencia y que ése no es camino de hacer una sociedad más justa y mejor.

*¿Somos cristianos?
13 de Abril de 1974*

LA IGLESIA CONTINUADORA DEL RESPETO A LA PERSONA A TRAVES DE LA HISTORIA

Nosotros nos sentimos los continuadores auténticos de los primeros misioneros y apóstoles. Nosotros nos sentimos los continuadores auténticos de los mártires que derramaron su sangre por estos ideales. Nosotros nos sentimos los continuadores auténticos de los padres y doctores de la Iglesia que enseñaron a la humanidad el camino del hombre, el camino del amor, el camino del respeto.

Eso creemos que somos, y por eso pedimos respeto, consideración.

*El camino de la justicia
25 de Noviembre de 1978*

TODO EL VALOR ESTA CENTRADO EN EL HOMBRE

¡El hombre! El hombre es el criterio que ordena y dirige todos vuestros empeños, el valor vital cuyo servicio exige incesantemente nuevas iniciativas. Las palabras más llenas de significado para el hombre quedan a veces rebajadas como resultado de una sospecha sistemática o de una censura ideológica facciosa y sectaria. De este modo pierden su poder para movilizar y atraer.

Lo recobrarán, solamente, si el respeto por la persona humana y el empeño en favor de la misma, son puestos de nuevo, explícitamente, al centro de todas las consideraciones.

Cuando hablamos de derecho a la vida, a la integridad física y moral, al alimento, a la vivienda, a la educación, a la salud, al trabajo, a la responsabilidad compartida en la vida de la nación, hablamos de la persona humana.

En esta persona humana la que la fe nos hace reconocer como creada a imagen de Dios y destinada a una meta eterna. Es esta persona la que se encuentra frecuentemente amenazada y hambrienta, sin vivienda y trabajo decentes, sin acceso al patrimonio cultural de su pueblo o de la humanidad, y sin voz para hacer oír sus angustias. A la gran causa del pleno desarrollo, en la solidaridad, deben dar nueva vida aquellos que, en uno u otro grado, ya gozan estos bienes, para el servicio de todo aquellos —y son todavía tantos en nuestro continente— que están privados de ellos en medida a veces dramática.

*El camino de la justicia
25 de Noviembre de 1978*

LOS MEDIOS QUE APORTA LA SOCIEDAD PARA EL DESARROLLO DEL HOMBRE DEBEN ESTAR AL SERVICIO DEL HOMBRE

Y este mensaje, ¡cuántas veces los hombres lo hemos olvidado! ¡Cuántas veces hemos pecado al subordinar al hombre a las cosas, al valorizar el instrumento, la materia y la máquina, más que a la persona, a veces se ha tolerado que se considere al trabajador como una vulgar mercadería, cuyo precio está entregado a las fluctuaciones del mercado! ¡Cuántas veces se ha permitido el escándalo de que la materia inerte emerja de la máquina ennoblecida, mientras que el hombre que puso en ella su

germen creador, sale de la fábrica envilecido! Hay que releer sin descanso ese mensaje de León XIII, hay que reaprender incensamente esa revelación: ¡La persona del trabajador es lo primero; su dignidad no permite ser violada!

La economía —enseñará constantemente la Iglesia— ha de estar al servicio del hombre. El principio rector, el motor esencial de la vida económica no puede ser el lucro; su ley suprema no puede ser la libre competencia de la oferta y de la demanda. De este principio, decía Pío XI, han manado “como de una fuente envenenada, todos los errores de la economía liberal capitalista”, y por eso debemos tomar el principio rector, la ley suprema que han de ser la justicia social y la caridad social. Y por eso, el Papa Pablo VI, al recordar que es necesario el crecimiento económico para el progreso humano, nos insiste al advertirnos que hay que “recordar una vez más que la economía está al servicio del hombre y que cierto capitalismo ha sido la causa de muchos sufrimientos, de injusticia y de luchas fratricidas...” (*Populorum Progressio*) N° 25-26). Y el mismo Sumo Pontífice, ante la Organización Internacional del Trabajo, expresaba al mundo “que nunca más el trabajo esté contra el trabajador; sino siempre el trabajo sea para el trabajador, y el trabajo esté al servicio del hombre, de todo los hombres y de todo el hombre”. (OIT, 10 de Junio 1969).

*Buena nueva para los pobres
1° de Mayo de 1974*

A PESAR DE MUCHAS CONDUCTAS HUMANAS LA IGLESIA SIGUE DEFENDIENDO A LA PERSONA HUMANA

Humillados por los enojosos acontecimientos que hemos presenciado, nos hacemos un deber en manifestar a nuestros hijos que ningún extremismo nos hará variar de nuestra conducta de

comprensión, de apertura y de respeto por todas las personas y por todas las ideas.

Pedimos perdón a la Iglesia de Santiago por la ofensa que se le ha causado, pedimos a todos los católicos que con su actitud y sus palabras reprueben estos hechos y hagan sentir a los actores de ellos la gravedad que tienen y el mal que ocasionan al buen nombre de nuestra Iglesia y a nuestra patria.

Agradecemos al Señor el dolor que nos ha hecho sufrir. Creemos que no debíamos ser ajenos a lo que tantos otros sufren en estas horas de incomprensión, de violencia y de injusticia en el mundo entero. Pedimos asimismo que nuestro noble pueblo no se deje influenciar por quienes pretenden llevarlo por los caminos torcidos de la violencia.

*Perdonamos a los que nos ofenden
11 de Agosto de 1968*

EL VALOR MAS EMINENTE DE LA PERSONA HUMANA

Nunca se ha proclamado de modo más elocuente y dramático el valor eminente de la persona, que en el madero de la Cruz. Allí Dios dejó morir a su único Hijo, como precio de rescate del género humano. Ya no es posible olvidarlo: cada hombre vale la sangre de un Dios. Como decíamos cuatro años atrás, recordando la alta misión de nuestras Universidades Católicas: “sólo el Dios del Evangelio se ha atrevido a proclamar que el hombre y su destino bien valen la muerte de un Dios. ¡Cuánto amor frente al hombre y cuánto respeto ante la dignidad de su libertad...! Con la muerte en el Calvario, clavó Dios sobre la Cruz la más radical y solemne declaración de los derechos del hombre que la Historia jamás presenciara”.

Este respeto sagrado a la dignidad humana in-

cumbe de modo especial a la Iglesia y a la autoridad civil. La Iglesia —ha dicho el Santo Padre con el Sínodo de Obispos del año recién pasado— cree firmemente que la promoción de los derechos inviolables del hombre es una exigencia del Evangelio y debe ocupar un lugar central en su ministerio. Y a la obligación de todo poder civil —nos recuerda el Concilio— pertenece esencialmente la protección y promoción de los derechos inviolables del hombre (*Libertad Religiosa*. 6).

Edificar en el amor
18 de Septiembre de 1975

¿CUALES SON LOS DERECHOS HUMANOS MAS AMENAZADOS?

El Santo Padre, Pablo VI y los obispos reunidos con él en el Sínodo Episcopal, recordaban hace un mes los derechos humanos que aparecen más amenazados en el mundo de hoy: el derecho a la vida, gravemente violado en nuestros días por el aborto y la eutanasia, por la extensión de la tortura, por hechos de violencia contra víctimas inocentes, por el flagelo de la guerra. El derecho a comer, directamente vinculado con el derecho a la vida, y que le está siendo negado a millones de hombres amenazados por el hambre; los derechos sociales y económicos, bloqueados por desigualdades masivas en el poder y la riqueza; los derechos políticos y culturales, como el de participar responsablemente en la formación del propio destino, el libre acceso a la información, la seguridad ante el arresto, la tortura y la prisión por razones políticas o ideológicas; la protección jurídica de los derechos personales, sociales, culturales y políticos. “A las naciones y grupos en conflicto les pedimos —decía entonces el Papa y con él los Obispos del Sínodo— que procuren la reconciliación, suspendiendo la persecución de otros y concediendo la amnistía,

signada por la benevolencia y la equidad, a los prisioneros políticos y a los exiliados”.

“Ninguna nación está hoy sin culpa cuando se trata de derechos humanos”, añadía el Santo Padre. Y también la Iglesia debe someterse a continuo examen y purificación de su propia vida. Ella está consciente de sus limitaciones y fallas en materia de justicia, y eso la hace más comprensiva frente a las limitaciones y fallas de otras instituciones o individuos que merecen censura.

*Reconciliación de los chilenos
24 de Noviembre de 1974*

COMER COMO RESPIRAR Y DORMIR SON DERECHOS DE LOS HOMBRES

Los Obispos de Chile, en nuestro Documento *Evangelio y Paz*, recordamos algunos de esos derechos y expresamos nuestra preocupación por su plena vigencia. “El hombre tiene derecho a comer —decíamos—. Dios hizo las cosas de este mundo —y en primer lugar los alimentos—, para todos los hombres. Comer es un derecho, como respirar o dormir. Sabemos las complejidades de los problemas económicos. Sabemos los esfuerzos que se hacen para salir adelante. Pero no podemos dejar de insistir en la extrema gravedad que significa, a la luz del Evangelio, el que por despido, por cesantía, o por el aumento del costo de la vida, por causas internacionales o por las causas que sean, haya hogares en que ya no se cocina, haya niños pidiendo pan, haya alumnos que no pueden estudiar porque no comen lo suficiente para concentrar su atención”. (*II parte*, N° 6).

Las cifras actuales de desocupación, aunque alarmantes, no permiten vislumbrar siquiera el drama angustiante que diariamente viven miles de hogares chilenos. Aun para los que tienen la suerte de contar con un empleo, es humillante resignarse

con salarios que no alcanzan a cubrir sus necesidades más elementales.

*Hijo de un carpintero
1º de Mayo de 1976*

EL DERECHO A LA PROPIEDAD DESARROLLO DE LA PERSONA HUMANA

Hoy se habla mucho del derecho de propiedad como necesario e inherente al desarrollo de la persona humana y de la justicia social, como imprescindible para el progreso y la paz de los pueblos. Tendríamos que citar todos y cada uno de los libros santos del Antiguo Testamento y escribir un verdadero tratado sobre la materia, si quisiéramos exponer su humana y admirable legislación y doctrina relacionada con tal tema. Allí se defienden los derechos de los pobres, la justicia de los contratos, la ecuanimidad de los precios y medida, el derecho familiar a la tierra y sus frutos; se condenan la avaricia y el egoísmo; se aseguran al pobre urgido por deudas el perdón de ellas y la recuperación de lo que por miseria debió vender; se condenan el latifundio y la prepotencia.

*Los derechos humanos en el antiguo testamento
29 de Julio de 1965*

EL DERECHO AL TRABAJO

Ni el trabajo ni el trabajador le son extraños a la Iglesia. Están en el centro mismo de su corazón. Ella sabe el lento y doloroso camino que millones de trabajadores han venido recorriendo en busca de su dignidad. Y en ese itinerario, sembrado de tantos obstáculos, enrojecido a veces por víctimas cruelmente inmoladas —como lo recordamos cada Primero de Mayo— en ese itinerario de progresiva liberación ha estado presente la Iglesia, señalizan-

do, iluminando el camino, alimentando la esperanza, urgiendo amor y justicia.

Lo ha hecho siempre. Y tendrá que hacerlo siempre. Es parte de su tradición y parte de su misión, irrenunciables las dos. Hace 85 años esa tradición, que arranca de la Iglesia apostólica, tomó cuerpo doctrinal en la Encíclica *Rerum Novarum*, del Papa León XIII. Fue un grito, una apasionada defensa del más precioso patrimonio de la Iglesia: la dignidad inviolable del hombre, redimido por la Sangre de Cristo. La dignidad, también y sobre todo, de la persona y derechos del trabajador, siempre más expuesta a ser profanada.

Hijo de un carpintero
1º de Mayo de 1976

PARTICIPAR EN LA ECONOMIA

Profesamos un profundo respeto a la Economía, como ciencia, y a quienes la cultivan con honesto ánimo de contribuir a la reconstrucción nacional; pero debemos recordar que “la Economía está sometida al hombre y a su servicio. Y la única manera de evitar las terribles miserias sociales... es oír la voz de quienes las sufren. Hay muchas maneras de resolver los problemas económicos. Pero ninguna es buena si no toma en cuenta, si no invita a participar a todos los que habrán de poner el esfuerzo y sufrir las consecuencias”. (*Evangelio y Paz, III parte, B. 4*).

Hijo de un carpintero
1º de Mayo de 1976

DERECHO A PARTICIPAR EN LAS DECISIONES

Acabamos de mencionar un segundo valor, un segundo derecho arraigado en la naturaleza misma del hombre en que en la época actual ya no puede

ser desconocido: el derecho a participar. “Una mayor participación en las responsabilidades y en las decisiones —ha dicho Pablo VI— una exigencia actual del hombre. Un orden económico que produjera mucha riqueza y la distribuyera ecuanímente sería todavía injusto, si pusiera en peligro la dignidad humana del trabajador, o debilitara su sentido de responsabilidad, o le impidiera la libre expresión de su iniciativa propia, enseña Juan XXIII (*Mater et Magistra*, 82-83). Uno de los signos del tiempo actual —dirá el mismo Papa— el reclamo de los trabajadores de todo el mundo, de que se les considere nunca simples objetos carentes de razón y libertad, sometidos al uso arbitrario de los demás, sino como hombres en todos los sectores de la sociedad: en el orden económico y social, en el político y cultural” (*Pace in Terris*, 40). Igualdad y participación —precisará Pablo VI— son, las dos, formas de la dignidad del hombre y de su libertad. Y para el porvenir de una sociedad importa no sólo la cantidad y variedad de los bienes producidos y consumidos, sino también la forma y la verdad de las reacciones humanas, el grado de participación y de responsabilidad. (*Octogesima Adveniens*, 22).

Hijo de un carpintero
1º de Mayo de 1976

DERECHO A ASOCIARSE

Este derecho y deber están íntimamente relacionados con otro, que ha sido siempre un pilar fundamental en la doctrina de la Iglesia: el derecho de los trabajadores a asociarse y hacer escuchar libremente su voz.

El Concilio Vaticano II ha reafirmado expresamente este derecho, urgido antes y después en innumerables textos pontificios. “Entre los derechos fundamentales de la persona —dice— debe

contarse el derecho de los trabajadores a fundar libremente asociaciones que los representen auténticamente; así como también el derecho de participar libremente en las actividades de las asociaciones, sin riesgo de represalias... En caso de conflictos económico-sociales hay que esforzarse por encontrarles soluciones pacíficas. Aunque se ha de recurrir siempre primero a un sincero diálogo entre las partes, sin embargo, en la situación presente, la huelga puede seguir siendo un medio necesario, aunque extremo, para la defensa de los derechos y el logro de las aspiraciones justas de los trabajadores'' (*Gaudium et Spes*, n. 68).

Hijo de un carpintero
1º de Mayo de 1976

LA CRISIS EN LA CUAL VIVIMOS ES UNA CRISIS DE COYUNTURA

Porque, además de la desnutrición, el analfabetismo, la cesantía, que ya son un clamor que denuncia la injusticia, es posible constatar la crisis de los Estados nacionales y la incorporación de la nueva ideología de la seguridad nacional, que tiende a desplazar nuestros propósitos de paz en la justicia para dar paso a la política y la estrategia de la guerra total.

Es en este contexto donde, para seguir la acotación de Pío XII, el pueblo es asimilado a la masa y, por lo mismo definitivamente silenciado en sus legítimas aspiraciones a la participación.

La afirmación de que toda persona humana es responsable frente al mundo de los hombres y la historia, y el concepto de la autonomía solidaria vuelven a exigir el derecho y el deber de la participación.

Porque nada se obtendría si unos pocos, inspirados en las nuevas ideologías o instrumentalizados por quienes detentan el poder económico,

quisieran imponer modelos sociales que, en último término, sólo pretenden defender instituciones caducas y negar, a la vez, que el transcurso histórico pueda ser un lugar de encuentro de nuevas perspectivas y de nuevas conciencias.

Nuestra crisis actual no es una crisis coyuntural. Estamos frente a una crisis de estructuras. Por lo mismo, el desafío del presente es más profundo y exigente para toda la Iglesia y para cada cristiano en particular. Por eso, también, la actitud de los pueblos y gobiernos latinoamericanos puede ser paradigmática para los demás pueblos de la Tierra.

*Pacto andino y solidaridad
(Lima) 2 de Mayo de 1976*

EL QUE NO AMA NO PUEDE RESPETAR

Diremos más: sólo el amor puede edificar una civilización digna de ese nombre. ¿Cómo respetar al hombre, si no se lo ama? ¿Cómo ir en defensa del oprimido, si no se ama a los que Dios ama con predilección? ¿Cómo construir un ordenamiento jurídico eficaz sin amar al hombre por quien y para quien son todas las leyes? ¿Cómo edificar la fraternidad —base insustituible del patriotismo— sin amar como Dios Padre nos ama: a buenos y malos, amigos y enemigos; sin compartir lo nuestro como El lo comparte; sin perdonarnos como El nos perdona? Organizando la Tierra sin Dios se termina siempre organizándola contra el hombre. Y Dios es amor.

Necesitamos creer en el amor. “El amor —decíamos aquí, hace justamente un año— no es utopía, no es ingenuidad, no es inferioridad”. El consigue lo que la fuerza no es capaz de conseguir. No está reñido con la vigilancia ni con un justo rigor;

al contrario: éstos son la condición para que subsista.

*Los caminos de la paz
18 de Septiembre de 1976*

LA DIGNIDAD DE LA PERSONA SIGUE SIENDO AMENAZADA

También ahora nuestros pueblos necesitan que su Iglesia les anuncie el Evangelio de Cristo, en cuya Cruz quedó sellada, con la sangre de un Dios, la más formidable declaración sobre la dignidad humana que la Historia haya conocido.

Esa dignidad sigue siendo amenazada, desconocida, violada, como antes. Miles y millones de hermanos nuestros soportan condiciones de vida que equivalen a considerarlos, por lo menos de hecho, hombres de inferior categoría. Esclavitudes y servidumbres asumen formas nuevas, quizás no tan llamativas pero igualmente oprobiosas. Se diría que cunde —otra vez— la tentación de pensar que algunos hombres —y son los más— no tiene alma ni, por consiguiente, derechos de hombre.

Aquí nuestra Iglesia se siente tocada en lo más propio y querido suyo. Nadie sabe mejor que ella cuánto vale un hombre a los ojos de Dios, y qué caro se ha pagado el precio de rescate de su dignidad perdida. Ella, que vive de y para la Eucaristía, celebra diariamente el misterio de un Dios que entregó su Hijo al mundo y la muerte, y lo resucitó, para congregar en la unidad a los hermanos dispersos y superar las barreras de odio.

*El humanismo cristiano en la Iglesia de Iberoamérica
3 al 6 de Junio de 1976*

LOS DERECHOS DE LA PERSONA NO PUEDEN SER CERCENADOS POR INTERESES PARTICULARES

¡El Hombre! El Hombre es el criterio decisivo que ordena y dirige todos vuestros empeños, el valor vital cuyo servicio exige incesantemente nuevas iniciativas. Las palabras más llenas de significado para el hombre —palabras como justicia, paz, desarrollo, solidaridad, derechos humanos— quedan a veces rebajadas como resultado de una sospecha sistemática o de una censura ideológica facciosa y sectaria. De este modo pierden su poder para movilizar y atraer. Lo recobrarán solamente si el respeto por la persona humana y el empeño en favor de la misma son puestos de nuevo, explícitamente, al centro de todas las consideraciones. Cuando hablamos de derecho a la vida, a la integridad física y moral, al alimento, a la vivienda, a la educación, a la salud, al trabajo, a la responsabilidad compartida en la vida de la nación, hablamos de la persona humana. Es esta persona humana la que reconocemos como creada a imagen de Dios y destinada a una meta eterna. (OEA) N° 4 y 5, Washington, DC, 6 de octubre de 1979).

*Derechos humanos y evangelio
19 de Octubre de 1979*

LA DEFENSA DE LOS DERECHOS HUMANOS, PROBLEMA UNIVERSAL

Lamentablemente, la defensa de los derechos humanos ha llegado a ser un problema universal. No sólo en América Latina; también en otras partes del mundo tenemos que afrontar abusos en contra de los derechos de la persona humana. La Iglesia, que es testigo de estas realidades tan duras e inhumanas, siente que el Señor la llama y le exige trabajar en la noble tarea de la defensa del Hombre. No podemos quedarnos impasibles

cuando sabemos que lo que se hace con cada uno de los hombres —especialmente con los más pequeños— se hace con el Señor. Y por eso la Iglesia declara que los derechos humanos forman parte esencial de la predicación del Evangelio. Más aún, declara que la defensa de los derechos humanos es la defensa de los derechos de Dios.

Derechos humanos y evangelio
19 de Octubre de 1979

EL HOMBRE DEBE SER PARTICIPE DE LOS MEDIOS QUE APORTA LA SOCIEDAD

¡Pero del Carpintero de Nazareth los suyos se escandalizaron! Es la terrible lección del Evangelio que recién hemos leído. Se escandalizaron de El. ¿Quién era El para tener derecho a hablar, a enseñar, a sufrir? Era sólo un obrero, demasiado pobre, demasiado poco conocido. La sabiduría —así lo pensaron los suyos— no puede venir de una persona socialmente tan insignificante. A uno con más estudio, con mayor prestigio; a uno que se presentase con ostentación de riqueza y poder, a ése sí lo habrían escuchado y le habrían abierto las puertas de sus casas. A éste, no. Y Jesús tuvo que irse por la incomprensión de un grupo de hombres de su Pueblo y de su tierra, por una injusticia, y por una violencia, confesando con amargura que un profeta sólo carece de prestigio y acogida en su propia patria.

¿Cuántos trabajadores, herederos auténticos de Jesús de Nazareth, se habrán hecho en sus vidas la misma dolorida confesión? Se han sentido rechazados de su tierra, del derecho a trabajar para sustentar a los suyos, despojados del fruto de sus esfuerzos humanos y de los bienes que les pertenecen a ellos tanto como a los demás; ¿cuántos se habrán sentido marginados con hostilidad porque se les ve —como a Jesús— apenas un trabajador?

¡Apenas un trabajador! Y, sin embargo, este Jesús trabajador no vacila en atribuirse la calidad de profeta, es decir, de portavoz de Dios, de signo de su presencia en el mundo.

*Buena nueva para los pobres
1° de Mayo de 1974*

RESPECTO SIGNIFICA AMAR A LOS DEMAS HOMBRES

Respeto que significa en la práctica amar el derecho de los otros, tal como ama uno sus propios derechos. Ninguna circunstancia, por ingrata o violenta que sea, ninguna controversia, discrepancia o conflicto puede hacernos olvidar que en cada ser humano alienta un germen divino. “Todo hombre es mi hermano”, decía hace algún tiempo y emocionadamente el Papa Paulo VI. Todo hombre es imagen de un Dios que se inclina con respeto ante la más perfecta obra de su creación. Nadie es tan impuro que no haya podido ser lavado por la sangre de un Dios que murió derramándola por todos. Nadie es tan distinto o ajeno que su vida o su muerte, su suerte y su destino dejen de interesarme y de entrecruzarse con los míos.

Nada puede eximirnos del respeto al hombre. Nada, ni siquiera el hecho —amargo, irritante— de que ese hombre no nos respetara. El mal sólo se vence con el bien; la injusticia, con la más estricta justicia; la mentira, con la fuerza avasallante de la verdad.

Temo a ratos que hayamos dejado o lleguemos a dejar de respetarnos, que la luz del que camina en dirección opuesta nos encandile, en lugar de iluminarnos. Que nos tornemos incapaces de escucharnos, de entendernos, a veces hasta de vernos, bloqueados por un obcecamiento que nos divide y cataloga en categorías irreductibles.

Hay que rescatar la supremacía del hombre, la inviolabilidad de toda persona humana, la intangi-

bilidad de todos sus derechos: su derecho a la tierra y a la vivienda, su derecho a la educación y a la salud, su derecho al trabajo y al descanso, su derecho a organizarse y agremiarse, su derecho a expresarse e informarse, su derecho a participar responsablemente en las decisiones ciudadanas, su derecho a elegir en conciencia su camino y su fe.

La justicia —que tanto y tantos anhelamos— es sólo el fruto de una educación sistemática a respetar y amar el derecho de los otros. Sólo el que hace de la justicia, así entendida, su ideal y afán permanentes, puede esperar ver garantidos sus propios derechos. Sólo así el dinamismo del pueblo concientizado y organizado podrá ponerse al servicio de la justicia y de la paz, y no de la cólera y la violencia.

*Operación respeto
29 de Octubre de 1972*

RESPETAR LOS DERECHOS DE LOS DEMAS

¿Cuántas veces no amamos, sino tenemos los derechos de los otros? Seamos sinceros: ¡cuánto nos duele, cuando los otros golpean a nuestra puerta y hacen valer sus reivindicaciones; cuando exigen su derecho a la tierra, su derecho a la vivienda, a la educación, a la salud, al trabajo, al salario equitativo, a la información veraz, a la agremiación, a la huelga, a la seguridad social, al descanso, a elegir en conciencia su camino y su fe! Una oscura y poderosa dinámica trabaja en nuestro corazón: La Dinámica del egoísmo. El egoísmo no es más ni menos que eso: Temer los derechos de los otros. Actuar como si sólo se pudiera ser feliz postergando los derechos, acallando las reivindicaciones de los demás. El egoísmo violenta la justicia, deshace el equilibrio en las relaciones humanas y así hace imposible la paz. El egoísmo es ya una forma de violencia que genera

espontáneamente una contraviolencia. Por eso no habra Paz allí donde no haya Justicia, y no habra Justicia sin una educación sistemática a amar los derechos de los otros.

Lo que nos une
4 de Septiembre de 1970

EL HECHO MAS DIFICIL DE LAS RELACIONES IGLESIA-GOBIERNO HA SIDO LA DEFENSA DE LOS DERECHOS HUMANOS

—¿Qué es lo que más ha echado a perder las relaciones Iglesia-Gobierno? ¿Es, solamente —creo usted—, su defensa de los Derechos Humanos o hay algo de razón en la acusación de que la Iglesia se mete en política?

—Creemos que la defensa de los Derechos Humanos ha sido una de las causales de la falta de comprensión respecto de la autoridad. Creemos también que la falta de una idea exacta de cuál es la política que la Iglesia no debe hacer y de cuál es la política que la Iglesia debe hacer influye en esta incomprensión. El Papa y los obispos en repetidas oportunidades hemos manifestado que la Iglesia tiene el derecho de pronunciarse sobre los eventos políticos, que la moral y el Evangelio del amor deben influir en la acción política de los gobernantes; que no puede haber una acción política exenta de la ley moral. La Iglesia se considera y ha sido en esta tierra, desde su llegada a ella, la salvaguarda de esa ley moral. Por eso, hoy como ayer, interviene en las relaciones de política en lo que éstas tengan relación con la moral, con el bien común y con los derechos de los ciudadanos, no para imponer soluciones ni para establecer críticas violentas, sino para señalar caminos que son los únicos que llevarán la paz y la comprensión entre todos los chilenos. Esto lo cree la Iglesia su deber propio y

lo ha ejercitado desde los inicios de la vida de Chile, en tiempos de la Colonia y en tiempos de la República.

*Las difíciles relaciones
Revista HOY-3 al 9 de Octubre de 1979*

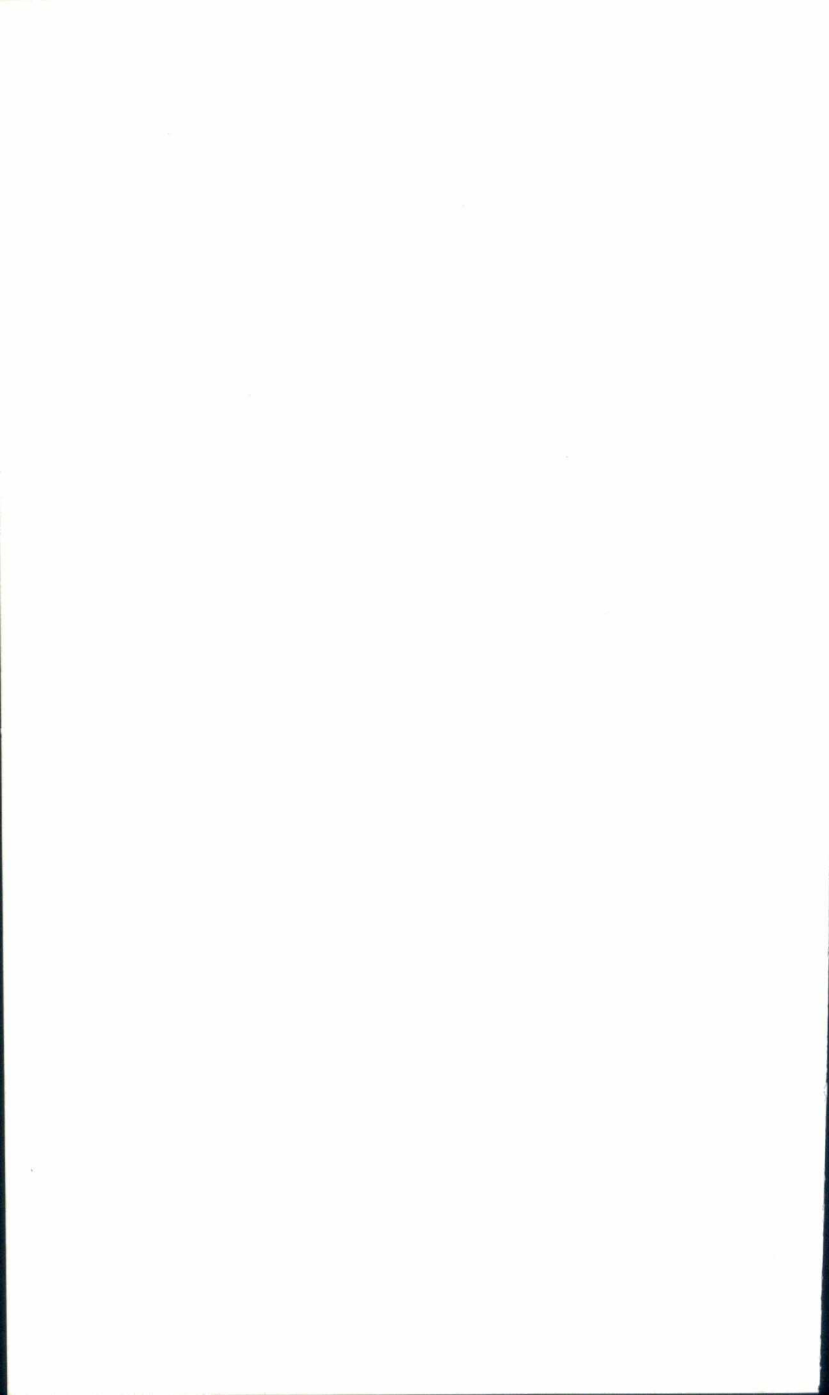
LA IMPORTANCIA DEL HUMANISMO CRISTIANO

¿Cómo se ha dado el humanismo cristiano en nuestra Iglesia de Iberoamérica?

Comencemos por fijar los que nos parecen contenidos fundamentales de dicho humanismo:

- 1) la inviolabilidad de toda persona humana, en cuanto creada por Dios y redimida por Cristo;
- 2) el respeto privilegiado por los más destituidos de auxilio humano;
- 3) la armonización jerárquica entre tener, saber y creer, y
- 4) el primado de la comunión por sobre los exclusivismos, individuales y colectivos.

*El humanismo cristiano en la Iglesia de Iberoamérica.
3 al 6 de Junio 1976 (Panamá)*



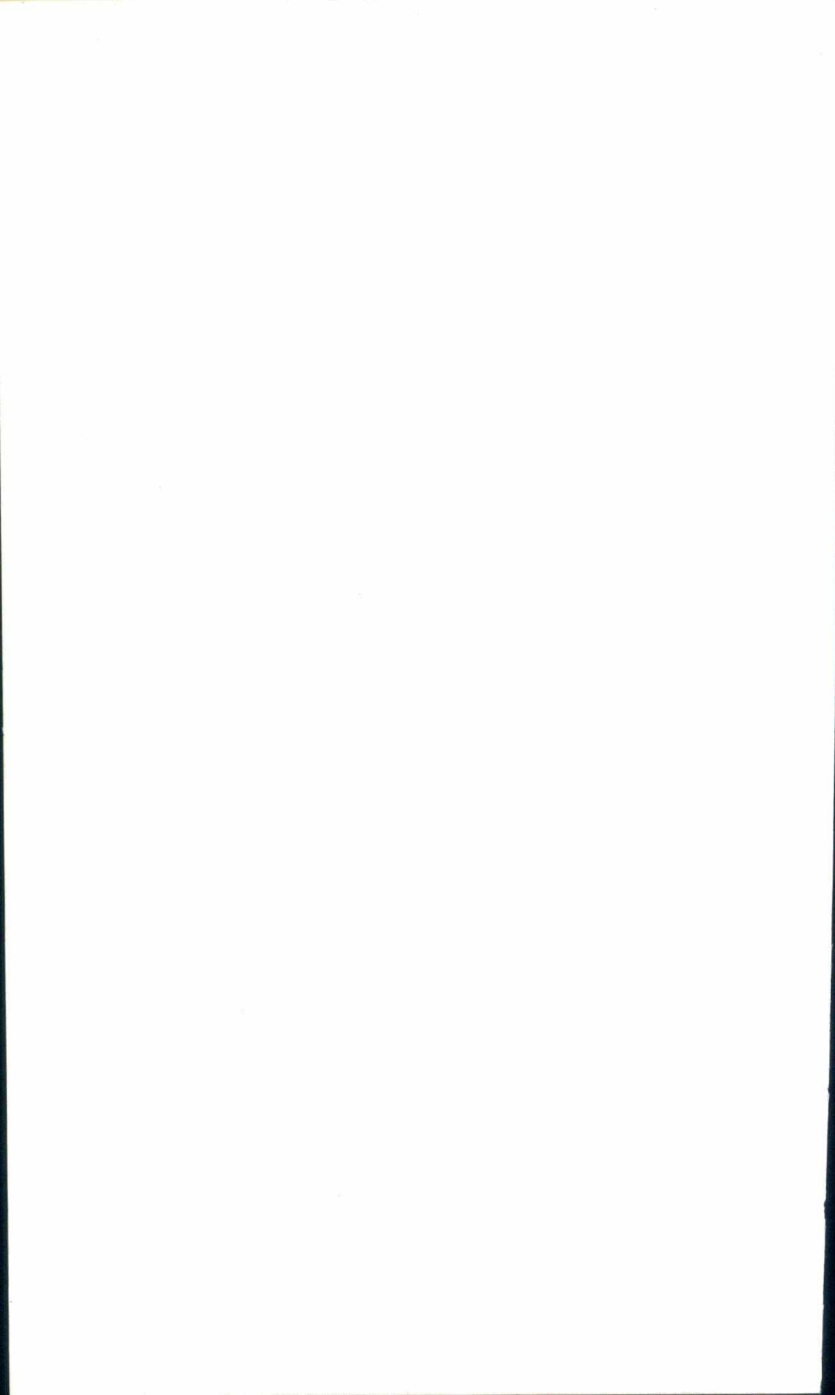
La Iglesia y los trabajadores

La Iglesia ha tenido una preocupación fundamental por los trabajadores. Así lo ha hecho ver el Pastor Silva Henríquez en sus diversas intervenciones.

El nos recuerda que Cristo mismo es Hijo de trabajadores: José y María, gente humilde, que sufrió muchas veces las incomprensiones del poder.

Jesús mismo se identificó con los que más sufren, con el enfermo, con el que la sociedad muchas veces desprecia, con el que sufre la desigualdad social.

Los trabajadores son parte importante de la gran familia de la Iglesia, así lo entiende el Cardenal, por ello, es que son innumerables las veces que encontramos palabras de estímulo y aliento al motor de nuestra sociedad y especialmente de nuestro país. Los Trabajadores.



Los trabajadores

La Iglesia nunca se olvida de su cuna, su fundador y cabeza, Jesús, el esposo de la Iglesia, el Dios hecho hombre que ella adora y sirve, era conocido como el hijo de José, el carpintero de Nazareth. Por eso ese cariño especial, esa ternura privilegiada de la Iglesia para todos aquellos hombres que han sufrido y sufren las mismas vicisitudes, la misma suerte de José y Jesús.

*Mensaje del Cardenal, para el primero de mayo,
Festividad de San José Obrero, 1979.*

EL PASTOR AMA CON PREDILECCION A LOS TRABAJADORES

Queridos Hijos:

Estas dos sencillas palabras tienen hoy día un valor y un peso muy especiales.

Queridos Hijos: como Obispo que soy, debo ser padre, padre para todos; por todos derramó Cristo su Sangre, pero mi fidelidad a Cristo me exige consagrarme, decididamente y de todo corazón, al servicio preferente de los que siempre fueron y son sus predilectos: los que sufren, los pobres, los abandonados, los que viven la inseguridad, la incertidumbre y la angustia; los que no tienen más patrimonio que sus manos para trabajar en la tierra y suplicar hacia el Cielo, y los que

tienen hambre y sed de justicia. A ustedes, trabajadores, presencia viva de Dios, que se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza; a ustedes, trabajadores, de cuyas manos depende absolutamente vuestra subsistencia y la de vuestros hijos, y en cuyas almas sencillas y abiertas, generosas y solidarias, descansa la principal riqueza de la Iglesia; a ustedes, trabajadores, se dirigen en primer lugar estas palabras que hoy día pronuncia el Obispo con particular emoción: "Queridos Hijos".

1º de Mayo de 1975. Día del Trabajador.

LOS TRABAJADORES SON LOS PRINCIPALES PROTAGONISTAS DE SU PROPIO DESTINO

La Central Unica de Trabajadores ha tenido a bien invitarme, por su intermedio, a la conmemoración del Día Internacional del Trabajo.

Es un gesto que me honra y que agradezco, por lo que significa de aprecio y confianza. Estaré presente en la celebración, testimoniando así el mismo aprecio y confianza de la Iglesia para con el mundo del trabajo.

La Iglesia que represento es la Iglesia de Jesús, el Hijo del Carpintero. Así nació, y así la queremos siempre. Su mayor dolor es que la crean olvidada de su cuna, que estuvo y está entre los humildes.

Con profundo respeto saludo, en este Día, a los Trabajadores. Sus manos continúan el trabajo sagrado de Dios Creador. Su fatiga se suma a la Cruz salvadora de Cristo. Su unidad solidaria cumple admirablemente la Ley del Señor, que es llevar los unos las cargas de los otros.

Les expreso, también, mi esperanza. La esperanza que brota del significado de este Día: son los trabajadores mismos, en inquebrantable unidad,

los principales protagonistas de su propio destino. Su participación responsable, la depuración de egoísmos, el afianzamiento de la solidaridad —rasgo distintivo del alma obrera— seguirán siendo las armas más eficaces, en esta lucha de los oprimidos por conquistar su lugar en la tierra.

Mayo de 1971. Carta a la C.U.T.

LAS MANOS DEL TRABAJADOR “SON MANOS DE CRISTO, MANOS DE DIOS CREADOR”.
INVOLABLE DIGNIDAD DEL TRABAJADOR

La Iglesia también los necesita a ustedes y la respuesta a esta petición la encontramos al interrogar al Evangelio que hemos proclamado: el nos habla del Cristo Obrero, del Dios Trabajador y pobre que, por serlo, es rechazado de su tierra y de su Pueblo. Y entonces dice: ‘Así les ocurre a los profetas’.

¿Tenemos derecho de aplicarnos a nosotros esta lección evangélica? El trabajador, en cierta manera, podemos decirlo con razón, tiene algo de profeta. Sí, ciertamente, lo es, porque el profeta es un portavoz de Dios, un hombre generalmente limitado y débil que recibe de El el encargo solemne de anunciar a los hombres un mensaje y de ser capaz de cambiar el curso de la historia de su Pueblo.

Digo esto, queridos hijos, y pienso en las manos de ustedes: manos de trabajador, manos de Cristo, manos de Dios Creador. La Creación, ese supremo trabajo en que se expresa el poder y la sabiduría de Dios, no está terminada, no está acabada. Dios no quiere acabarla sin el hombre. Admirable misterio: El Dios Omnipotente se asocia con el hombre trabajador, limitado y pequeño, y sus manos son el instrumento del que Dios se vale, con infinito respeto, para poner más vida, más amor,

para humanizar la historia. Nunca, por eso, será suficiente el respeto que tengamos ante la dignidad eminente del trabajo. Nunca será suficiente el respeto que mostremos a las manos de un trabajador. Son manos de Cristo, manos de Dios Creador. Y es éste el primer mensaje que se espera del trabajador como profeta: el anuncio de su dignidad increíble del trabajo humano y consiguientemente, de la inviolable dignidad del trabajador.

1° de Mayo de 1975. Día del Trabajador.

UN MUNDO MAS HUMANO Y MAS DIVINO

Y hay algo más —y no porque lo mencionemos al último es menos importante— no basta con hacer un mundo más justo, sin niños desnutridos, sin campesinos desprovistos de tierra, sin trabajadores maltratados ni disminuidos en sus derechos, sin hombres explotados por otros hombres o por el Estado, sin corrupción, sin desigualdades abisimantes, sin familias mal constituidas o rotas, sin desamparados ante la ley, sin hombres sacrificados al derecho de la fuerza, a las leyes de la economía, a las conveniencias de la política. Luchar por un mundo así, purificado de todas esas lacras, es un deber al que el cristiano no puede sustraerse, como exigencia directa de su fe. Pero no basta.

No os contentéis —nos advirtió el Papa— con ese mundo más humano. Haced un mundo explícitamente más divino, más según Dios, regido por la fe y en el que la fe inspire el progreso moral, religioso y social del hombre. No perdáis de vista la orientación vertical de la evangelización. Ella tiene fuerza para liberar al hombre, porque es la revelación del amor. El amor del Padre por los hombres, por todos y cada uno de los hombres, amor revelado en Jesucristo”.

*Homilía en Plaza Independencia,
República Dominicana, 16, 17.*

Yo estoy hablando, queridos hijos, en primer lugar a hombres y mujeres de fe, de nuestra fe cristiana. Y tengo el derecho y el deber de pedirles, de exhortarles, como tan hermosamente lo hizo el Papa: ¡Abranse a Dios! (Monterrey, 22). ¡Abran más todavía, abran de par en par las puertas a Cristo! (Discurso inaugural, 26). Reciban esa Verdad que viene de Dios y que se llama Jesucristo: único principio de la auténtica liberación del hombre. Proclamen su fe en Cristo con la misma convicción profunda, sentida, vivida con que lo proclamó Pedro: ¡Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo! Sólo a partir de esa fe en Cristo, profesada y vivida en el seno de la Iglesia, seremos capaces de servir al hombre, a nuestro pueblo, a nuestros hermanos los trabajadores; de penetrar con el Evangelio su cultura, de transformar los corazones, de humanizar los sistemas y estructuras (cfr. Discurso inaugural, 23). Sólo esa fe proclama la verdad sobre el hombre, esa verdad que la Iglesia recibió de Jesucristo, y que supera infinitamente a otros humanismos que mutilan al hombre reduciéndolo a una visión estrictamente económica, biológica o síquica.

La Iglesia —nos previno el Papa, en Puebla— no necesita recurrir a sistemas o ideologías para amar, defender o colaborar en la liberación del hombre: ella encuentra inspiración para actuar por la fraternidad, la justicia y la paz, en el centro del mensaje del cual es depositaria y pregonera” (62); ella está, como Cristo, al lado de los pobres, no a través de la violencia, de los juegos de poder, de los sistemas políticos, sino por medio de la verdad sobre el hombre (Cfr. 64).

Mensaje a los Trabajadores 1º de Mayo de 1979.

COMPROMETIDOS CON EL TRABAJADOR

¿Por qué, entonces, insistimos en recordar y urgir nuestros derechos; por qué la Iglesia —en todos sus niveles— renueva hoy su compromiso con las aspiraciones del mundo del trabajo, arriesgando ser mal interpretada, expuesta a la acusación de perseguir fines políticos o estratégicos?

Es porque sabe, es porque ha hecho tantas veces la experiencia de que la paz social y de seguridad nacional nunca están mejor garantidas que cuando el pueblo trabajador ve y siente reconocidos sus derechos. Es porque sabe que la riqueza nacional “no proviene de otra cosa que del esfuerzo de los trabajadores”, y que su participación protagónica en la convivencia social es indispensable para construir la Patria.

Nosotros respetamos, queridos hijos, a quienes cumplen la elevada misión de cautelar el orden público. Nosotros creemos en la buena voluntad de quienes buscan restaurar la economía nacional sobre bases sólidas. Solamente quisiéramos compartir con ellos nuestra convicción de que no hay base más sólida ni mejor medida de seguridad que un pueblo trabajador unido y organizado, consciente de su fuerza y de sus responsabilidades, e invitado a participar, como interlocutor de pleno derecho, en la gestión de sus fuentes de trabajo y en la formulación de políticas económicas y sociales.

Consecuentes con esta convicción, quisiéramos alentar los esfuerzos e iniciativas tendientes a normalizar el libre ejercicio de la actividad sindical; a devolver a los trabajadores su plena capacidad de negociación colectiva; y a perfeccionar los canales de participación laboral en aquellas deliberaciones y decisiones que comprometen su futuro.

Mensaje a los Trabajadores 1° de Mayo de 1978.

PRESENCIA IRRENUNCIABLE DE LA IGLESIA EN LA LIBERACION DE LOS TRABAJADORES

Ni el trabajo ni el trabajador le son extraños a la Iglesia. Están en el centro mismo de su corazón. Ella sabe el lento y doloroso camino que millones de trabajadores han venido recorriendo en busca de su dignidad. Y en ese itinerario, sembrado de tantos obstáculos, enrojecido a veces por víctimas cruelmente inmoladas —como lo recordamos, cada Primero de Mayo— en ese itinerario de progresiva liberación ha estado presente la Iglesia: señalizando, iluminando el camino, alimentando la esperanza, urgiendo amor y justicia.

Lo ha hecho siempre. Y tendrá que hacerlo siempre. Es parte de su tradición y parte de su misión, irrenunciables las dos.

Hace 85 años esa tradición, que arranca de la Iglesia apostólica, tomó cuerpo doctrinal en la Encíclica *Rerum Novarum*, del Papa León XIII. Fue un grito, una apasionada defensa del más precioso patrimonio de la Iglesia: la dignidad inviolable del hombre, redimido por la sangre de Cristo. La dignidad, también y sobre todo, de la persona y derechos del trabajador, siempre más expuesta a ser profanada.

Homilía del Cardenal, 1º de Mayo de 1976.

LAS ORGANIZACIONES DE LOS TRABAJADORES MERECEN CONFIANZA

Sus organizaciones y asociaciones propias —único medio de hacer oír auténticamente la voz de los trabajadores— merecen confianza. Su aporte debe ser estimulado, sus eventuales críticas acogidas con espíritu abierto, su derecho a disentir respetado teórica y prácticamente, su patriotismo medido en su sinceridad y en su voluntad de acep-

tar sacrificios después de haber sido escuchados. Nada tiene Chile que temer, y sí mucho que esperar, de esta confianza puesta en el mundo del trabajo. El hijo del carpintero se siente responsable de mantener esta familia santa que es nuestra Patria, mediante el trabajo de sus manos y el dinamismo de su fe.

Homilía del Cardenal, 1º de Mayo de 1976.

EL DERECHO A ASOCIARSE Y HACER ESCUCHAR LIBREMENTE SU VOZ

Este derecho y deber están íntimamente relacionados con otro, que ha sido siempre un pilar fundamental en la doctrina de la Iglesia: el derecho de los trabajadores a asociarse y hacer escuchar libremente su voz.

Homilía del Cardenal, 1º de Mayo de 1976.

EL HOMBRE TIENE DERECHO A TRABAJAR

Por eso tiene el hombre *deber* de trabajar; y por eso tiene el hombre *derecho* a trabajar. El que no quiera trabajar que no coma, ha dicho San Pablo. Pero el que, queriendo, no puede trabajar se ve impedido de realizar su vocación, de ser él mismo providencia para sí mismo y para quienes dependen de él. Un hombre impedido de trabajar por motivos ajenos a él representa un tramo de la Creación que queda inconcluso, un plan de Dios frustrado, un colaborador de Dios que no puede colaborar. ¿Cómo va a serle indiferente, a Dios, que un hombre, un colaborador suyo no puede trabajar? ¿Cómo no va a ser amarga la frustración de quien se siente llamado a enseñorearse sobre la tierra y estampar en ella el sello de su inteligencia y su voluntad creadora, y se ve en cambio conde-

nando a languidecer pasivamente, más como objeto que como sujeto artífice de su propio destino? ¿Cómo no ha de ser preocupación prioritaria, de todos los que se sienten cercanos a Dios y al hombre, la de extremar la imaginación social (Cfr. Octogésima Adveniens, 19) y consagrar los mejores recursos a satisfacer este derecho primordial de cada hombre a vivir de su trabajo, y en su trabajo realizarse como colaborador de Dios?

Homilía del Cardenal, 1° de Mayo de 1977.

UNA TRADICION HECHA PRESENTE EN LA IGLESIA

Pero la tradición de la Iglesia viene de mucho más atrás. San José fue un obrero. Y Jesús, el Hijo de Dios, fundador y cabeza de la Iglesia, fue —como su padre legal— un obrero: el hijo del carpintero.

Los primeros apóstoles que El se escogió eran, en su casi totalidad, pescadores. Pablo, llamado por Cristo a evangelizar el mundo pagano, fundador de tantas iglesias, vivió siempre del trabajo de sus manos. Y es un hecho que el llamado del Señor a convertirse de corazón y vivir las bienaventuranzas encontró eco preferente e inmediato en los campesinos y trabajadores: ellos reconocían sin dificultad a Jesús como uno de los suyos, que hablaba su lenguaje, interpretaba sus anhelos y compartía su carga.

La Iglesia no se olvida de su cuna. Al contrario, Ella ha desarrollado un cariño especial, una ternura privilegiada para con aquellos hombres que en el curso de la historia han sufrido y sufren las mismas vicisitudes de José y de Jesús. Como será, que a veces —¡tantas veces!— se lo reprochan. Le reprochan a la Iglesia —queridos hijos— el que se ocupe, con especial cariño y privilegiado respeto,

de aquellos que, como José, como Jesús, dependen del trabajo de sus manos, y conocen la incertidumbre y aún la indefensión humana. ¡Bendito reproche!

Homilía del Cardenal, 1º de Mayo de 1977.

EL OBISPO ES PADRE DE TODOS: QUERIDOS HIJOS

Queridos hijos: Como obispo soy, debo ser padre para todos, por todos derramó Cristo su Sangre. Pero mi fidelidad a Cristo me exige consagrarme decididamente y de todo corazón, al servicio preferente de los que siempre fueron y son sus predilectos: los que sufren, los pobres, los abandonados, los que viven la inseguridad, la incertidumbre y la angustia; los que no tienen más patrimonio que sus manos para trabajar en la tierra y suplicar hacia el Cielo, y los que tienen hambre y sed de justicia. A Uds. trabajadores, presencia viva de Dios que se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza; a Uds. trabajadores, de cuyas manos depende absolutamente vuestra subsistencia y la de vuestros hijos, y en cuyas almas sencillas y abiertas, generosas y solidarias, descansan la principal riqueza de la Iglesia; a Uds. trabajadores, se dirige en primer lugar estas palabras que hoy día pronuncia el Obispo con particular emoción: “queridos hijos”.

Homilía del Cardenal, 1º de Mayo de 1975

LOS TRABAJADORES SON DESPOJADOS DE SU TIERRA

¿Cuántos trabajadores, herederos auténticos de Jesús de Nazareth, se habrán hecho de sus vidas, la misma y dolorosa confesión? Se han sentido rechazados de su tierra, del derecho a trabajar

para sustentar a los suyos, despojados del fruto de sus esfuerzos humanos y de los bienes que les pertenecen a ellos como —a los demás, y son marginados con hostilidad porque se les ve— como a Jesús, apenas un trabajador.

Homilía del Cardenal, 1º de Mayo de 1975.

DERECHO A PARTICIPAR

Se trata, como se ve, de que los hombres —y particularmente los trabajadores— puedan asumir su rol de sujetos, y no objetos de la historia. Que puedan elegir y decidir su destino, en lugar de recibirlo pasiva y silenciosamente de otros; aportar su experiencia y ejercer su responsabilidad, como lo exige su naturaleza de personas libres y el desarrollo económico, social y político de la época contemporánea (“*Mater et Magistra*”, 92 y 93).

Homilía del Cardenal 1º de Mayo de 1976.

DERECHOS DEL TRABAJADOR Y SEGURIDAD NACIONAL

Pero nosotros —la Iglesia—; ustedes —queridos hijos trabajadores— que sienten a la Iglesia cercana y suya, como sienten cercano y suyo a José, el obrero; a Jesús, el hijo del carpintero; nosotros queremos algo realmente nuevo. Nosotros queremos un modo de convivencia nacional, basado en la justicia, el amor y la libertad. Nosotros queremos paz. Y estamos convencidos de que en la construcción de ese nuevo orden social, el aporte de los trabajadores es, no solamente indispensable, sino cuantitativamente y cualitativamente decisivo. Decimos más. Nosotros creemos que ese

gran valor, que es la Seguridad Nacional, nunca está mejor garantido que cuando el pueblo trabajador ve y siente reconocidos sus derechos. Las más rigurosas medidas de ordenamiento y seguridad resultan, a la larga, ineficaces y aún contraproducentes, si no van acompañadas de un progresivo incorporar, a la clase trabajadora, en el papel protagónico que es un derecho y obligación desempeñar. Defender y promover la participación de los trabajadores en la gestación de la convivencia social es defender la Seguridad Nacional, es defender a Chile.

Homilía del Cardenal, 1º de Mayo de 1977.

A LOS EMPRESARIOS

Nuestra voz desea llegar también a aquellos creyentes que cumplen un rol empresarial, para que urgidos por la justicia y el amor que deben a sus hermanos desarrollen al máximo su generosidad, su imaginación y comprendan el deber que tienen de realizar una reforma de la empresa. Los Obispos Latinoamericanos decíamos hace algunos años: “El sistema empresarial latinoamericano, y por él la economía actual, responde a una concepción errónea sobre el derecho de propiedad de los medios de producción, y sobre la finalidad misma de la economía. La empresa es una economía verdaderamente sana, no se identifica con los dueños del capital, porque es fundamentalmente comunidad de personas de trabajo, que necesita de capitales para la producción de bienes. Una persona o grupo de personas no puede ser propiedad de un individuo, de una sociedad o de un Estado” (Medellín, Justicia N° 10).

Un empresario que al menor riesgo o a la primera dificultad comienza a sacrificar al trabajador,

no cumple con el mandato del Señor. Tampoco es un buen empresario. La eficiencia no tiene nada que ver con el lucro fácil, y sacrificar de inmediato al trabajador revela, además de insensibilidad, la crueldad de lanzar a veces a una familia entera a la miseria.

1° de Mayo de 1975. Día del Trabajador.

APRENDER DEL PUEBLO

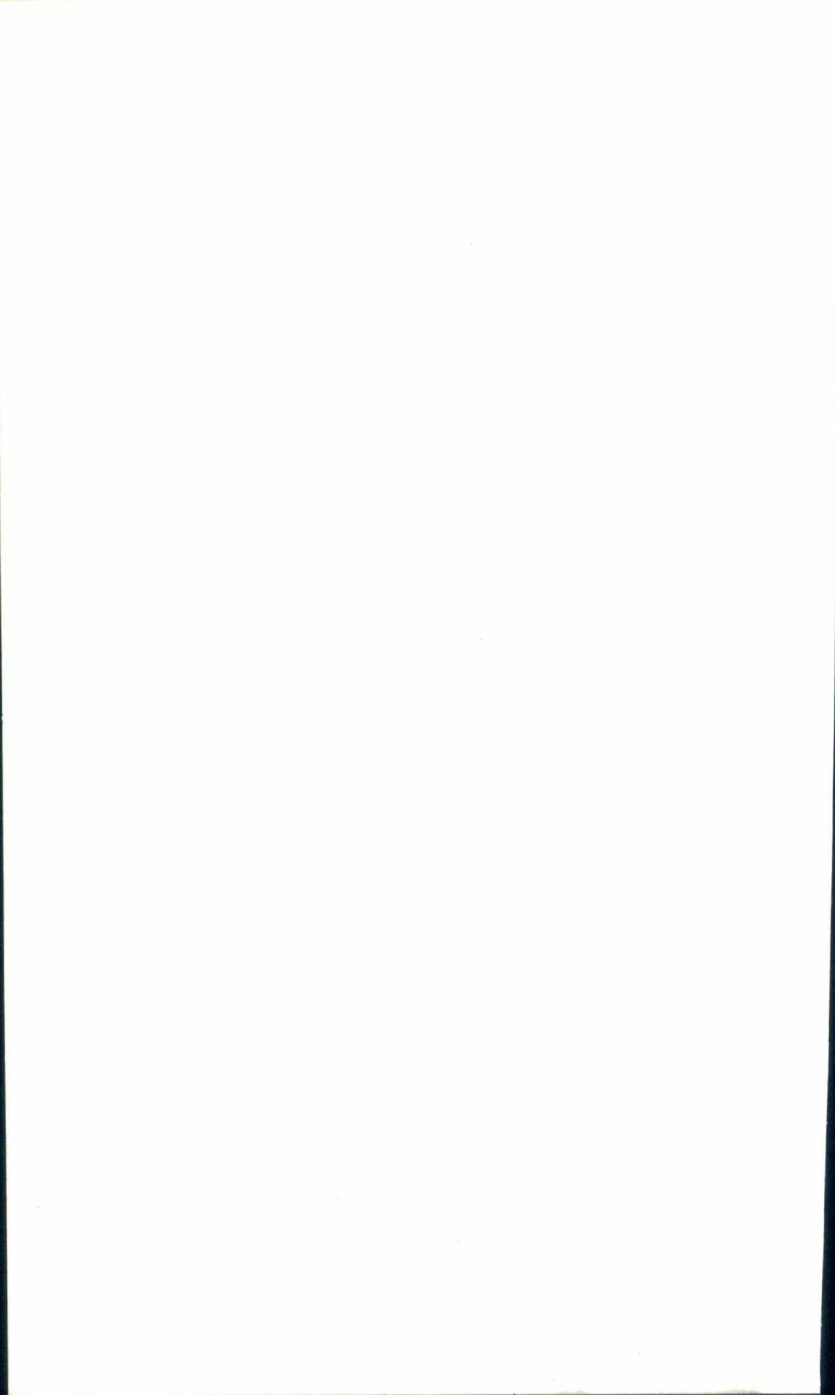
Y sabemos que nuestro pueblo procurará no defraudar esa confianza. Muchas y tristes experiencias no han logrado arrebatarle su sed de justicia, su ansia de libertad, su fe en el amor.

Nuestro pueblo no cree en la violencia ni acepta a los que preconizan el odio. Recibe con agrado todo llamamiento a la reconciliación; está dispuesto generosamente al perdón y al olvido, aún en las situaciones humanamente más dolorosas.

A este pueblo humilde tan querido deseo hoy decirle, como Pastor de la Iglesia, mi respeto y mi cariño. Siempre ha tenido y tiene algo que enseñarme. En sus manos he visto las huellas de Dios Creador. En su cansancio y dolor, una prolongación de la Cruz de Cristo Salvador. En su solidaridad admirable, en su alegría, en su paz, una presencia del Espíritu de Jesús resucitado.

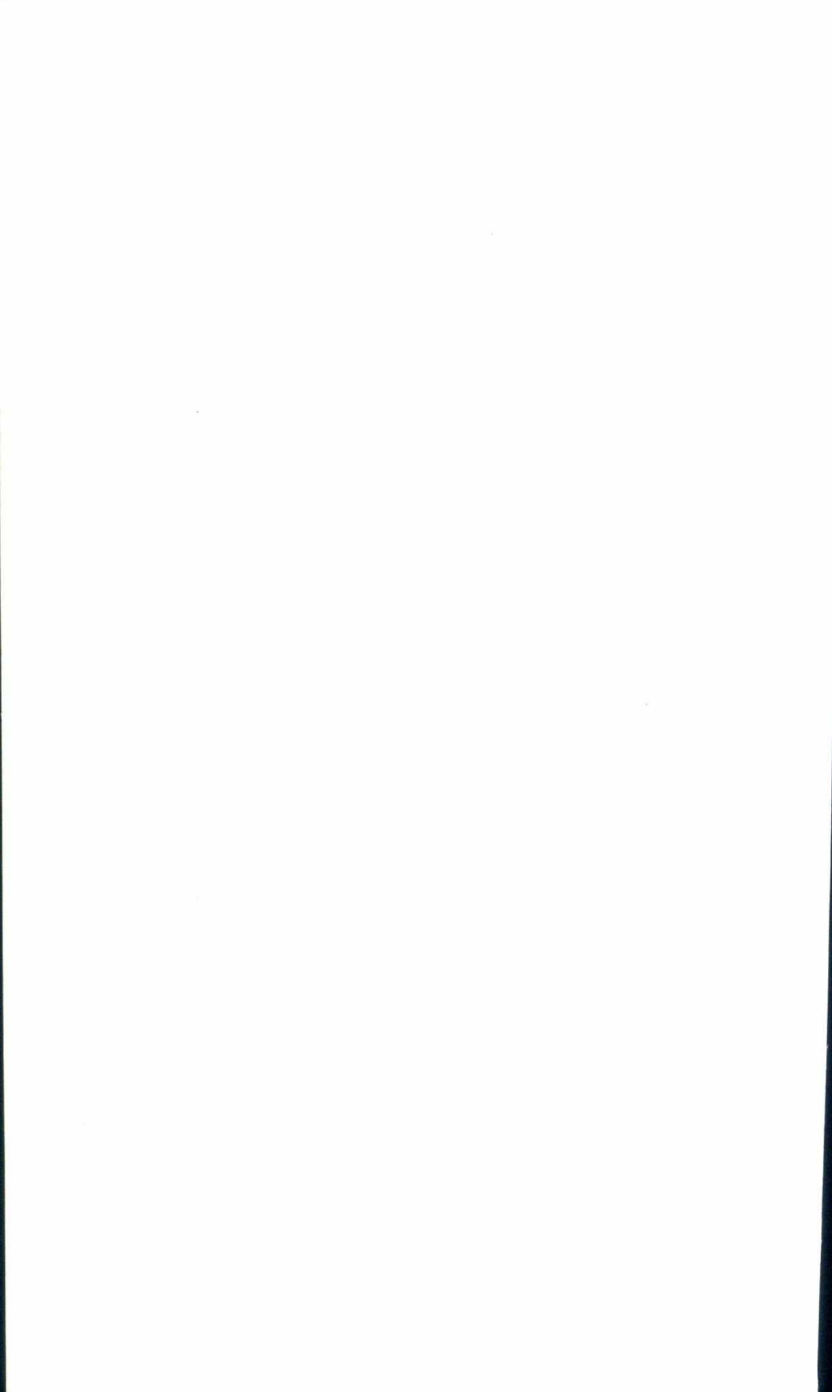
Quiero también darle las gracias. En horas de prueba, a veces muy amargas, los trabajadores chilenos han dado su testimonio de fe y fidelidad. Han creído en Dios y en su providencia de Padre. Han creído en la Iglesia. Han sido fieles a sus Pastores, fieles a su Evangelio de misericordia, de perdón y de paz. Víctimas o espectadores del odio, han perseverado en el amor. Probados duramente en la adversidad, permanecen de pie, activos en la esperanza.

Mensaje a los Trabajadores. 1° de mayo de 1978



La Iglesia y los Jóvenes

Los jóvenes ocupan un lugar privilegiado al interior de la Iglesia. La Iglesia misma llega a proclamarse "La Juventud del Mundo", porque ve que en los jóvenes está la fuente de renovación de una sociedad que en ocasiones parece dormida y no le inquieta el acontecer del hombre. Ella ve con esperanza el tercer milenio que se avecina. El Cardenal en este sentido ha sido pionero en la confianza a los más jóvenes, porque ellos son el alma de la Iglesia.



Los jóvenes

Ustedes jóvenes, rechazan un mundo de violencia, donde el puño se cierra o se toma el arma para eliminar al adversario. Ustedes no quieren el odio y las divisiones. Ustedes nacieron ayer y viven hoy para construir el amor, y por eso deben reconocer entre los hombres: por el amor que los une, como aquél que tenía un amor tan grande que dio la vida por sus amigos.

*Cardenal Raúl Silva Henríquez, Mensaje a la Semana para Jesús,
Octubre de 1976.*

LOS JOVENES

En América Latina la mayoría de los habitantes son jóvenes. De 21 años para abajo constituyen la inmensa mayoría de los habitantes de América Latina. Es un continente joven. La prioridad por los jóvenes significa la prioridad por el porvenir, la prioridad por las fuerzas vivas, la prioridad por los hombres que pueden cambiar este continente. Nosotros necesitamos dejar a un lado, en parte, las antiguas estructuras que nos parecen poco liberadoras, nos parecen un tanto opresoras. Queremos gente joven que comprenda los grandes valores que la Iglesia propone, y que son los valores de los latinoamericanos. Esos grandes valores hay

que actuarlos. Debemos construir un continente en que todos los hijos se sientan hermanos, en que haya posibilidades para todos.

América es un continente inmenso, hay riquezas innumerables, infinitas. Para nosotros es un escándalo que esto lo usufructúe un pequeño núcleo y que haya una enorme población de miserables y de pobres, probablemente más antiguos que los mismos europeos que llegaron a estas tierras, que no tienen usufructo, el dominio de esta enorme riqueza. Nos dirigimos a los jóvenes porque ellos podrán entender esto. Los viejos ya entendemos poco, no queremos hacer sacrificios porque parece que los que hemos hecho durante nuestra vida son suficientes. No queremos tampoco embarcarnos en un porvenir de incógnitas. Los jóvenes sí. Y por eso nosotros buscamos a los jóvenes. ¿Qué quiere decir esta preferencia por los jóvenes?. Quiere decir —sin dejar a los que no son jóvenes de lado, ni abandonarlos— influir en ellos, es influir en los jóvenes para que tengan la comprensión de que son ellos los que van a estructurar un mundo mejor, que ellos van y pueden alcanzar el desarrollo pleno en esta América nuestra, que en sus manos está. Ellos deben estar muy ciertos, muy seguros, y también muy orgullosos de ser los que van a realizar el verdadero desarrollo, la liberación de la América Latina, la independencia total de nuestros pueblos, llevando a plenitud los ideales de Cristo.

Entrevista "Solidaridad" al cumplir 40 años de Sacerdote.

LOS JOVENES CREEN EN LA VIDA

Ustedes son plenamente conscientes del significado y alcance de este encuentro. Es un encuentro de juventudes: en ustedes se encarna la vida que nace, alegre, confiada, aún no contaminada por el odio o el cálculo egoísta, radiante de fe

victoriosa. Ustedes sueñan con un mundo en que el hombre vea respetada su dignidad de persona y su vocación el amor. Ustedes creen que ese mundo es posible de construir. Ustedes han comprendido que el hambre y sed de justicia y la voluntad de hacer obras de paz no son una utopía irrealizable: son un imperativo y un deber moral, son una bienaventuranza. Y han querido reunirse —superando distancias, alturas, suspicacias, escepticismos— para estrechar sus manos y corazones de jóvenes y proclamar juntos su fe en la Vida y su decisión por la paz.

Mensaje a los jóvenes chilenos y argentinos reunidos en la cordillera para orar por la paz. Octubre de 1978

Nosotros creemos en la Vida —están Uds. diciendo con un gesto. Nosotros creemos que la Vida es un don divino y una tarea divina, que el hombre no puede menospreciar ni tiene derecho a frustrar. Nosotros creemos que el plan de Dios en nuestras vidas es un designio de amor y no de odio, de comunión y no de hostilidad, de servicio y no de imposición. Nosotros creemos que sólo nos es dado vivir una vez, y en esa, nuestra única oportunidad, conquistar el amor que se hará Vida eterna.

*Mensaje a los jóvenes de Argentina y Chile, Raúl Cardenal Silva Henríquez
8 de Octubre de 1978.*

LOS JOVENES SON EL ALMA DE LA IGLESIA

La Iglesia Santa, mis queridos hijos, tiene una vitalidad siempre nueva. La Iglesia Santa, a pesar de sus dos mil años, se ha proclamado a sí misma como la juventud del mundo, y pretende ser y desea ser, y para cumplir con el designio del Señor, debe ser el alma de este mundo. Y vosotros, queridos jóvenes, sois el alma de esta Iglesia, sois el alma, porque en vuestros pechos juveniles se anida el amor a la verdad y al bien. Sois su alma, porque en vuestras almas nace pujante el deseo de la generosidad y del sacrificio; sois su alma, porque pen-

sais hacer un mundo mejor a través de nuestras vidas, a través de vuestra entrega, a través de lo que seréis hoy y mañana. La Iglesia, vuestra Madre, confía en vosotros”.

30 años de la JOC. 1974.

LOS JOVENES NO ACEPTAN LA INJUSTICIA

He querido dirigirles este mensaje como Pastor y amigo, para expresarles mi afecto y mi simpatía.

En medio de las incomprendiones y preocupaciones que debe soportar un Obispo, hace muy bien ver el entusiasmo y la fe de ustedes.

Porque ustedes buscan con ardor la Verdad, y no aceptan un mundo de mentira y de mediocridad. La Verdad es para ustedes como una meta, un camino y una tarea. Por eso acogen ustedes la Palabra del Maestro de Galilea: Yo soy la Verdad y es la Verdad la que os hará libres.

Ustedes, jóvenes, no aceptan el mundo de la injusticia. Y por eso aspiran a transformar este mundo, para que él sea el gran Hogar de todos los hombres, donde sean tratados con dignidad y afecto. Donde puedan bendecir a Dios por la tierra y por los frutos que ella produce. Pero ¿cómo podrían ustedes aceptar un mundo donde las dos terceras partes de la humanidad pasan hambre? ¿Cómo aceptar este mundo, donde existe la explotación de los pobres, de los débiles? Hay injusticias que claman al cielo. Desde que Dios se hizo hombre en Jesucristo, a los hombres hay que tratarlos como a Dios. Si no fuera así, lo dice San Juan, seríamos unos mentirosos.

Ustedes jóvenes, rechazan un mundo de violencia, donde el puño se cierra o se toma el arma para eliminar al adversario. Ustedes no quieren el odio y las divisiones. Ustedes nacieron ayer y viven hoy para construir el amor. Y por eso deben reconocer

entre los hombre: por el amor que los une, como Aquel que tenía un amor tan grande que dio la vida por sus amigos.

Queridos jóvenes: sobre todo, coloquen su confianza y animen su fe en Jesucristo. En El está la respuesta a la permanente pregunta de los hombres. Amen al Señor. Acéptenlo en su vida. Busquen conocer su Palabra en el Evangelio. Reúnanse en las Comunidades para compartir esa fe que tienen. Procuren anunciarlo con todas sus fuerzas a quienes no han tenido el gusto de conocerlo y de gozarlo. Manténganse unidos con El, porque de otro modo no podrán dar frutos en abundancia.

Durante estos días estaremos unidos en la oración y el afecto. Den testimonio de la fe que tienen. Busquen compartir el dolor con sus hermanos que sufren. Manifiesten su adhesión a la Iglesia y a sus Pastores. Canten con sus voces y con sus vidas a Jesús, Señor de la Verdad y de la Vida, Señor de la Amistad y de la Esperanza.

Mensaje para la Semana para Jesús, Octubre de 1976.

LOS JOVENES AMAN LA PAZ

La paz —Uds. lo saben— es obra y fruto de la justicia, corona de la libertad, don precioso del amor. Nace de un trabajo paciente por conocerse y comprenderse, de un respeto a los derechos ajenos, de una confianza recíproca, de una delicadeza que evita ofender y facilita entendimientos razonables. Hija del amor, de ella vale todo lo que el Apostol nos dice sobre la caridad: es paciente, es servicial, no es envidiosa, no es prepotente; no busca su propio interés, se alegra con la verdad y con la justicia, todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

Esa paz es fruto del Espíritu de Dios. Es la paz que sólo Cristo puede dar. Y es ese mismo Espíritu

de Cristo el que los ha impulsado a Uds. a encontrarse para orar: implorando, con la irresistible fuerza de la unidad, el don de la paz.

Mensaje a los jóvenes de Argentina y Chile, Raúl Silva Henríquez, Cardenal, Arzobispo de Santiago. 8 de Octubre de 1978.

La Iglesia confía especialmente en ustedes. Luchen arduamente contra toda opresión, contra toda injusticia y contra toda mentira. La Iglesia los desea sinceros, valientes, imaginativos y auténticos.

Sepan que en esta tarea los acompaña toda la Iglesia Universal.

Mensaje a los jóvenes 4ª Semana para Jesús, 1979.

LOS JOVENES Y LA CIVILIZACION DEL AMOR

De acuerdo con lo que los Obispos de América les hemos pedido, ustedes han elegido, como lema de esta Semana, "Construyamos la Civilización del Amor". Me parece que no hay tarea más noble ni misión más hermosa que construir un estilo de convivencia y una jerarquía de valores centrada en el Amor.

La Civilización del Amor se construye, sin duda, centrando la vida en el Evangelio del Señor. Sean ustedes, los jóvenes samaritanos que nunca abandonan a un hombre herido en el camino. Sean ustedes los jóvenes Cireneos que ayudan a Cristo a llevar su Cruz y se comprometen con el sufrimiento de sus hermanos. Sean como Zaqueo, que transforma su corazón materialista en un corazón solidario. Sean como la joven Magdalena, apasionada buscadora del amor, que sólo en Jesús encuentra la respuesta que necesita. Tengan el corazón de Pedro, para abandonar las redes junto al lago; tengan el cariño de Juan, para reposar en Él todos sus afectos. Tengan la disponibilidad de

María para cantar de gozo y para hacer su voluntad.

La Civilización del Amor les pide, en una palabra, tener los mismos sentimientos de Cristo Jesús. No se engañen. En El está todo lo que ustedes buscan con pasión.

Pero, construir la Civilización del Amor significa también un compromiso en ustedes. Como Pastor de la Iglesia quiero pedirles que sean jóvenes de esperanza; que ardientemente busquen la justicia, que vivan sin claudicaciones en la verdad, que venzan toda opresión que les impida ser libres, y que solidariamente sirvan en especial a los más pobres y sufrientes.

La Civilización del Amor debe aunar a los que trabajan por la paz a los que rechazan la violencia, a los que tienen limpio el corazón y a los que lloran sus angustias esperando ser consolados.

Jóvenes de Santiago:

Hagan un esfuerzo para que esta Civilización del Amor se construya.

JOVENES, TRES CONSEJOS DE NUESTRO PASTOR:

Si me preguntáis, queridos hijos, cuáles son los consejos que yo en este día puedo dirigiros, les respondo que el primero de todos, es el que nace de todas las lecturas que hoy hemos escuchado, de la Palabra de Dios que ha venido a golpear nuestras mentes y nuestros corazones y que nos viene a manifestar una sola cosa: Que Dios es bondad, que Dios es misericordia, que Dios es amor.

El primer consejo, mis queridos hijos, es que tenemos que amar sobre todas las cosas y a pesar de todos los odios y a pesar de todas las incomprendiones y tenemos que amar hasta dar la vida si fuera necesario, para demostrarle al mundo que sabemos amar y para hacer a los hombres, y tam-

bién a aquellos que nos odian más felices.

Tenemos que amar, mis queridos hijos, porque sólo en el amor se construye una sociedad justa, porque sólo en el amor se construye una sociedad próspera, porque sólo en el amor se construye la unidad de todos los hijos de esta tierra. Y necesitamos hoy más que nunca unirnos para hacer la grandeza de nuestra tierra, de nuestra Patria. Si amamos, debemos lograr lo que todos los chilenos se sientan en su tierra hermanos, libres, dueños de su destino, capaces de desarrollar todas sus posibilidades, todos aquellos bienes que Dios nos ha dado.

Si amamos, tenemos que reconstruir a nuestra tierra bajo la égida del amor, de la comprensión, de la unión y de la comunión de los chilenos. Tenemos que hacerlo, porque sois cristianos, mis queridos hijos y la Iglesia tiene por fin reconstruir todo el mundo, impregnar todo lo humano con el Evangelio, con la luz de Cristo.

No somos solamente los hombres que miramos al cielo. Somos los hombres que estamos llamados a hacer de esta tierra la antesala del cielo. Somos los hombres que tenemos que construir un mundo junto con nuestro Dios que ha puesto en nuestras manos la posibilidad de hacerlo más humano, más hermoso, más justo. Y por eso, mis queridos hijos, si amamos tenemos que trabajar por la justicia, y tenemos que saber perder.

El hijo mayor de quien nos habla la Parábola del Evangelio de San Lucas que hemos oído, habiendo permanecido en la casa paterna, no había conocido el corazón de su padre, no había sido capaz de convidar a nadie aunque lo poseía todo, y echó en cara a su padre que no le había dado cuanto él había puesto a su disposición todo. En esta mezquindad del hombre, en esta pequeñez de un corazón humano, nosotros no podemos edificar un mundo mejor. El hijo menor que había salido a

lejanas tierras, que había querido recuperar la libertad que tal vez no había conocido o no había sabido conocer en la casa de su padre, el hijo menor que había disipado la fortuna lujoriosamente, sin embargo, en el dolor de la desgracia, reconocido el corazón de su padre, se dio cuenta que la verdadera libertad estaba en su hogar, junto a él y que sólo allí, podría construir una vida hermosa y no titubeó, confió en él porque confió en su padre, lo amaba de verdad encontrando la comprensión y el amor. Yo no diría el perdón porque el amor del padre es aquel que se apresura y se adelanta, el amor que socorre y sabe comprender, el amor que se olvida de la debilidad del hombre.

Mis queridos hijos, la lección que el Señor nos ha querido dar es la lección necesaria para el mundo de hoy. En realidad los hombres somos pecadores. Y Pablo dice: yo soy el primero. Somos pecadores, erramos, nos equivocamos, pero en el fondo del error y de la equivocación hay casi siempre el deseo de algo mejor: o es la búsqueda de mayor justicia, o es la búsqueda de mayor equidad, o es la búsqueda de mayor amor, o es la búsqueda de una sociedad mejor; y muchas veces, los pecados públicos de los pueblos se deben a eso, y nosotros si tenemos espíritu de Dios, de ese Dios que es bondad y perdona, de ese Dios que comprende y ama al hombre, por la imagen bendita de él que hay en el hombre, tenemos que saber también nosotros amarlo más, que todos juntos, caminemos a construir un Chile mejor.

Amor, justicia y paz, son los tres grandes deseos, los tres grandes consejos que yo en estos días les doy, se las entrego a Uds. confiando en Uds, seguro de Uds, y estoy cierto que sabrán realizar y llevar a la práctica, en toda vuestra vida, estos grandes ideales.

Que el Señor de la bondad, que Cristo, Dios amor, que su Madre Santa, hagan florecer en

vuestros corazones estas llamas luminosas, y que vosotros junto a toda la juventud de nuestra tierra seáis capaces de hacer un mundo más hermoso que el que hemos hecho nosotros.

*Misa con la juventud, Cardenal Raúl Silva Henríquez,
15 de Septiembre de 1974.*

LLAMADO A LOS JOVENES A AMAR

Y si me preguntáis, queridos hijos, cuáles son los consejos que yo en este día pueda dirigiros, el primero de todos es el que nace de todas las lecturas que hoy hemos hecho, de la Palabra de Dios que ha venido a golpear nuestras mentes y nuestros corazones y que nos viene a manifestar una sola cosa: que Dios es bondad, que Dios es misericordia, que Dios es amor. El primer consejo, mis queridos hijos, es que tenemos que amar, y amar por sobre todas las cosas y a pesar de todos los odios, y a pesar de todas las incomprensiones; y tenemos que amar hasta dar la vida si fuera necesario, para demostrarle al mundo que sabemos amar y para hacer a los hombres, y también a aquellos que nos odian, más felices. Tenemos que amar, mis queridos hijos, porque sólo en el amor se construye una sociedad justa, porque sólo en el amor se construye una sociedad próspera, porque sólo en el amor se consigue la unidad de todos los hijos de esta tierra.

30 años de la JOC, 1974.

La Iglesia y los universitarios

Desde la Universidad surgirán los futuros hombres del mañana. Por eso, la Iglesia pone énfasis en que la enseñanza superior debe ser libre, pluralista y democrática. Debe conducir necesariamente a reflexionar el devenir histórico del país y la sociedad.

El Cardenal, en difíciles circunstancias ha debido dar pautas orientadoras que den luz al quehacer universitario, desde recordar su misión, sus objetivos y el deber ser de la universidad, es sin duda, la gran alternativa formadora de hombres del mañana y por eso la Iglesia debe estar presente en ella.

La Iglesia y la Universidad son dos entidades que por caminos diferentes buscan un mismo fin: La Humanización y Personalización del Hombre.



A los Universitarios

No se dejen tentar por el miedo, ni la violencia. Que la libertad del espíritu de Dios no se cohiba en ustedes ni por suspensiones, ni expulsiones, ni relegaciones.

Cardenal Raúl Silva Henríquez, Mensaje a los Universitarios 1981. Pentecostés.

...En nombre de la libertad de la cultura, y de la libertad de una fe que en nada menoscaba a aquella, no podemos aceptar entre nosotros ideologías absolutistas, que pretendan imponer una manera única de pensar o esquemas monolíticos que significarían la esterilización de la búsqueda universitaria. Aportes si aceptamos. Imposiciones que coarten la libertad, no; vengan de izquierda o de derecha o de donde quieran.

Claustro Pleno U.C., 1971.

UNIVERSIDADES

Hemos dicho también que queremos que nuestra Universidad sea “pluralista”, vale decir que todas las corrientes legítimas del pensamiento cristiano puedan expresarse en ellas con igual libertad y dialogar entre sí en forma respetuosa y constructiva.

Somos enemigos de la intolerancia, de la falta de diálogo, de la aplicación de la autoridad en forma discrecional, arbitraria. Por eso, queremos que en nuestras universidades haya igual libertad, y diálogo para todas las legítimas corrientes del pensamiento humano. Deseamos crear una verdadera familia universitaria como dice el Santo Padre “empeñada en la búsqueda, no siempre fácil, de la verdad y del bien, aspiraciones supremas del ser racional y bases de sólida y responsable estructura moral. Perseguid una seria actividad investigadora, orientadora de las nuevas generaciones hacia la verdad hacia la madurez humana y religiosa. Trabajad infatigablemente para el progreso auténtico y completo de vuestras patrias. Sin prejuicio de ningún tipo, dad la mano a quien se propone como vosotros, la construcción del auténtico bien común”. Queremos sobre todo —decíamos los Obispos— que las Universidades Católicas se abran sin restricción alguna a las orientaciones de la Iglesia de hoy, la del Papa, del Vaticano II, de los Sínodos de Obispos, de Medellín, de Puebla y de los Obispos de Chile, que estamos en plena y perfecta comunión con el Santo Padre, Juan Pablo II.

Hemos dicho esto porque estamos ciertos que si la Universidad Católica no se abre, sin restricción alguna, a las orientaciones de la Iglesia de hoy, orientaciones que han dado los Concilios, los Sínodos, los Obispos en diversas reuniones y los

Obispos de Chile, esa Universidad no podrá ser católica.

Homilía con profesores y alumnos de Teología 9 de Junio de 1979.

UNIVERSIDADES

Decíamos también en nuestra Declaración queremos que nuestras Universidades sean abiertas al mundo y a la vida, que en ellas se establezca un diálogo fecundo entre la sabiduría del pasado y los desafíos del presente y que se proyecten creativamente hacia el futuro'. Respetamos los valores del pasado de nuestra historia, de nuestra vida como nación, de nuestra fe. Respetamos los valores de una convivencia que ha hecho nacer a una nación pequeña en el sentido material, pero grande y noble en el sentido moral, estimada y respetada por todas las naciones. Queremos que esos valores jamás se pierdan de vista en nuestra Universidad y que nuestros jóvenes los amen y lo practiquen con la misma entereza y el mismo entusiasmo con que lo han hecho generaciones de católicos en el pasado. No creemos que la historia del país comienza sólo ahora y que los que nos han precedido, hombres de muy diferentes tendencias a veces pero de gran valer y de gran amor a su patria nos han contribuido grandemente a dejarnos un legado de amor y de patriotismo, de convivencia y respeto, de tolerancia y fraternidad.

Homilias con profesores y alumnos 9 de Junio de 1979.

MISION DE LA UNIVERSIDAD

Nos interesa hacer presente que la Universidad Católica, junto con ser como toda Universidad, servidora de la cultura dentro de una realidad nacional establecida, y respetando los valores de esa

realidad, es además una Universidad que aporta al conglomerado social del cual forma parte, un cúmulo de valores, de conocimientos y de servicios, que la justifiquen plenamente. Debemos hacer presente que la Universidad no puede prestarle al país eso que constituye su misión específica, si en su anhelo de compromiso con la realidad nacional, se convierte en simple instrumento para la realización de determinados objetivos políticos, económicos o sociales. La manera más lúcida de servir y eficazmente a esos mismos objetivos, y de una manera típicamente universitaria, es la de iluminarlos y ofrecerles respuestas concretas desde un plano más alto, a base de una visión global de los problemas humanos, y con la necesaria independencia interior, como para poder convertirse verdaderamente en conciencia crítica de la sociedad.

Vista así la tarea de la universidad, de todas, como un servicio a la cultura, cabe plantearse la pregunta por la legitimidad y vocación propia de las Universidades Católicas. Una Universidad Católica podrá justificarse, en primer lugar, en la medida en que su 'catolicidad' aparezca como una cualidad que no desvirtúa la naturaleza de la Universidad en cuanto tal (por ejemplo instrumentalizándola para fines proselitistas que no se identifican ya con el servicio a la cultura). Pero, también, debe probarse que lo católico no representa un apellido inútil... sino verdaderamente, una nota adicional que, dejando la noción de Universidad intacta, puede comunicar un nuevo y decisivo dinamismo a su tarea de servicio cultural.

Discurso en el Claustro Pleno de la Universidad Católica en 1971.

LA UNIVERSIDAD CATOLICA AL SERVICIO DE LAS NECESIDADES CONCRETAS DEL PUEBLO EN LA FORMACION DE UNA SOCIEDAD AUTENTICAMENTE HUMANISTA.

Sabemos que en nuestro país no se respira un ambiente de auténtico humanismo: si no fuera así, no podríamos explicarnos la situación inhumana de miseria y marginación en que viven tantos chilenos. Nuestra sociedad está impregnada —desde hace mucho tiempo— de una mentalidad ‘ economicista ’, según la cual tendemos a medir al hombre por lo que produce, y a absolutizar los valores y las relaciones de tipo económico, como si en ellos residiera el origen y la solución última de todos los males sociales.

Por eso mismo, una Universidad que desee prestar un aporte eficaz a la construcción de una nueva sociedad, auténticamente humanista, no puede dedicarse hoy día simplemente a responder a los problemas que el ambiente en que vive la somete: muchos de esos problemas están falsamente planteados, se presentan en esa perspectiva economicista, reducida y coartada, que no puede aceptarse sin más, porque implica una deficiencia humanista que la Universidad está obligada a corregir críticamente. La colaboración con el desarrollo nacional no puede partir de la presuposición de que éste sea siempre sano bajo todos los aspectos. La Universidad está obligada a revisar las preguntas que el proceso histórico va planteando y a juzgarlas a partir de un humanismo global. Y no es que lo haga dejándose llevar por una imagen preconcebida del hombre. Si la Universidad está vigilante para elaborar la cultura, que nace del ímpetu vital del pueblo, no puede dejar de oír o de palpar valores que, aunque no sean siempre los más conscientes ni los más ruidosamente proclamados, están, sin embargo, allí, reclamando ser también reco-

nocidos, y sin el cultivo de los cuales no se obtendrá una sociedad plenamente renovada.

*Discurso ante el Claustro Pleno de la UC, Abril de 1971
Cfr. IDS. n. 56, Mayo de 1971, p.3 y ss.*

HUMANISMO EN LA UNIVERSIDAD

La fe no puede ser obligatoria para nadie, pero nuestra Universidad quiere ser signo de un humanismo amplio e integral. Porque queremos ser amplios debemos estar abiertos a todos los aportes valiosos de las diferentes doctrinas y corrientes de pensamiento. Pero no podemos dejarnos contagiar de los elementos de dogmatismo estrecho que muchas de las corrientes modernas implican. En este sentido, no podemos aceptar —si es que fuera efectiva— la afirmación de que ciertas Unidades Académicas de nuestra Universidad son de orientación marxista. No se trata de negar ninguna de las contribuciones importantes del marxismo al pensamiento contemporáneo, pero sí de precisar que humanismo cristiano y humanismo marxista no son idénticos. En nombre de la libertad de la cultura y de la libertad de una fe que en nada menoscaba a aquella, no debemos aceptar entre nosotros ideologías absolutistas, que pretendan imponer una manera única de pensar o esquemas monolíticos que significarían la esterilización de la búsqueda universitaria. Aportes sí aceptamos. Imposiciones que coarten la libertad, no; vengan de izquierda o de derecha o de donde quieran.

Claustro Pleno U.C., 1971.

A LOS UNIVERSITARIOS...

Quisiera... proponer a cada universitario un sencillo examen de conciencia en torno a tres pun-

tos; tres actitudes que, por simples, suelen ser preteridas.

La primera es aprender a escuchar. Pertenece, por lo demás, a la humildad propia del intelectual, del hombre de ciencia, del auténtico sabio. Tengo a veces la impresión de que no escuchamos lo suficiente, y llegamos ya armados de nuestra propia fórmula de solución al encuentro del otro o de los problemas. Así el diálogo se torna difícil, cuando no imposible, y en todo caso infecundo. Somos todos deudores de la verdad, buscadores imperfectos y muy limitados. Y esa verdad surge como un quehacer común, como fruto de un diálogo en que es necesario hablar y callar. La humildad del silencio para escucharnos unos a otros me parece una virtud muy universitaria, que deberíamos constantemente reaprender.

La segunda es aprender a crear. Ciertamente el diálogo, el silencio para escuchar se hacen poco atractivos si unos y otros reiteran las mismas fórmulas del pasado. Ante el Claustro Pleno dije que la Universidad es a la sociedad lo que la inteligencia al organismo humano. Tal vez debí agregar: lo que la imaginación. La inteligencia ha de ser imaginativa, incansablemente creadora, precisamente porque su objeto propio es el ser, el universo, todo. Con alguna frecuencia, nos movemos en los mismos cauces de siempre, quizás con otros nombres pero con la misma sustancia; encasillados en dogmatismos de todo signo, rígidos y esterilizadores. No pocas veces ello ocurre por ignorancia o desprecio de la tradición. Y entonces se incurre en los mismos errores que un sano conocimiento y valoración de la historia habrían permitido ahorrar. Fórmulas de solución que hoy aparecen como modernas y promisorias han sido concluyentemente desahuciadas por la historia: la violencia, por ejemplo. Un esfuerzo de imaginación creadora se aviene con nuestro carácter uni-

versitario.

Y finalmente aprender a realizar. Precisamente la desconfianza en las nuevas fórmulas radica, en parte, el verbalismo de quienes mucho hablan y realizan menos, o nada. Una escuela, una voluntad de eficacia, de encarnar nuestra palabra en la vida, de interpretar los fenómenos para cambiar su curso, de cuestionar lo vigente o caduco edificando algo nuevo y mejor, son indispensables a todo auténtico humanismo y traducen muy bien las exigencias de una fe que se muestra por las obras y pide amar no de palabra o con la lengua, sino con hechos y de verdad.

Pienso que el término del año es propicio para que, personalmente y por grupos, reflexionemos en torno a estas tres actitudes tan elementales, tan universitarias y tan cristianas, y que el cúmulo de tareas y preocupaciones diarias suele hacer olvidar, o en todo caso desgastar.

Santiago, 8 de Diciembre de 1971.

EL DEBER DE LOS UNIVERSITARIOS

Ustedes, universitarios cristianos, son parte importante de nuestra esperanza en la construcción de la 'civilización del amor'.

La atención que debemos dar al ambiente intelectual y universitario es una opción clave y funcional de la evangelización. De lo contrario, se perdería un lugar decisivo para iluminar los cambios de estructura que exige dicha 'civilización del amor'. (Cf. Puebla 1055).

La evangelización —tarea de nuestra competencia episcopal y misión de Uds. en el mundo como laicos— debe "alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los mode-

los de vida de la humanidad, que están en contraste con la palabra de Dios y con el designio de salvación” (Cita de Evan. Nuntiandii, N° 19).

Por tanto, nada humano puede sernos ajeno. La Iglesia, por mandato de Cristo, está al servicio del hombre. El hombre es el camino de la Iglesia para mostrar su amor al Señor (1 Jn 4,20).

En esta perspectiva están las opciones de Puebla que nos marcan preferencias pastorales por los más pobres, los jóvenes (¡Ustedes!) y los constructores de la Sociedad Pluralista en América Latina.

Estas preferencias deben ser también las suyas, universitarios católicos. Es la tarea de este tiempo.

En este intento experimentamos no pocas dificultades y somos conscientes de la debilidad de nuestras fuerzas. Es la experiencia de la contingencia personal y social del hombre. La vivimos en carne propia.

¡Bendita experiencia que nos ayuda a descubrir la necesidad absoluta del Espíritu de Jesús, su Espíritu Santo!

Sin El no somos capaces de asumir dicha misión de Iglesia, ni sus riesgos. Sin El “nada podemos hacer” (Cf. Jn 15,5 y Rom 8 y Gál 4,1-7).

Se trata de ser fieles instrumentos del Espíritu de Dios para construir dicha civilización desde el ambiente universitario.

El Señor nos ha hecho personas, “a su imagen y semejanza”, hijos suyos en Cristo. Es nuestra Gloria y responsabilidad.

“Se trata de que todos alcancemos la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, cual varones perfectos a la medida de la plenitud de Cristo”. (Ef. 4,13).

Cristo Jesús ha venido para que tengamos vida y la tengamos en abundancia.

La fidelidad al Espíritu de Dios en el medio universitario está en íntima relación con el incremento de la vida personal y social, desde la perspectiva

de su nivel superior de creatividad, investigación y estudio.

La universidad debe formar verdaderos líderes, constructores de una nueva sociedad y esto implica, por parte de la Iglesia, dar a conocer el mensaje del Evangelio en este medio y hacerlo eficazmente, respetando la libertad académica, inspirando su función creativa, haciéndose presente en la educación política y social de sus miembros, iluminando la investigación científica (Puebla 1054).

Uds. tienen el deber cristiano de trabajar responsablemente por transformar toda realidad universitaria que no favorezca tal desarrollo de la vida, según los criterios del Evangelio.

Así la búsqueda de la verdad no deberá ser tributaria de sistema alguno vigente, so pena de tergiversarla y de perder el legítimo derecho a disentir y la sana capacidad crítica que el Señor nos regaló con la inteligencia, a fin de procurar un mundo mejor.

No se dejen tentar por el miedo, ni la violencia. Que la libertad del Espíritu de Dios no se cohiba en Uds., ni por suspensiones, ni expulsiones, ni relegaciones.

No se trata de avalar cualquier torpeza adolescente. Recuerden que la violencia sólo engendra violencia. Tengan presente que el miedo engendra cobardes y conformistas.

*Cardenal Raúl Silva Henríquez, Mensaje a los
Universitarios, Pentecostés 1981.*

PONGAN SU CONFIANZA EN LA FUERZA DE LA PALABRA DE DIOS

Que ella los inspire y guíe para participar adecuadamente en la vida universitaria, que les incumbe tan de cerca.

Que ella los lleve a superar la exacerbación del espíritu competitivo de actualidad para no caer en el egoísmo individualista.

Que ella los lleve a solidarizar fraternalmente con los demás, para compensar la propensión a una universidad elitista, donde las posibilidades económicas sean la principal garantía.

Que ella los ayude para no resultar enajenados por una excesiva sobrecarga académica. Estudien bien, pero precisamente para ser más personas y ayudar a otros a serlo.

“¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo, si pierde su alma”, si se deteriora como persona?

¡Tengan ánimo!

“Esta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe”.

Confíen en que la fidelidad al espíritu de Dios les dará fortaleza en los momentos difíciles.

Tengan la seguridad de que si son fieles testigos de Cristo y su Palabra, no sólo adelantarán el Reino de Dios, sino que también estarán respondiendo a los anhelos más profundos del corazón humano.

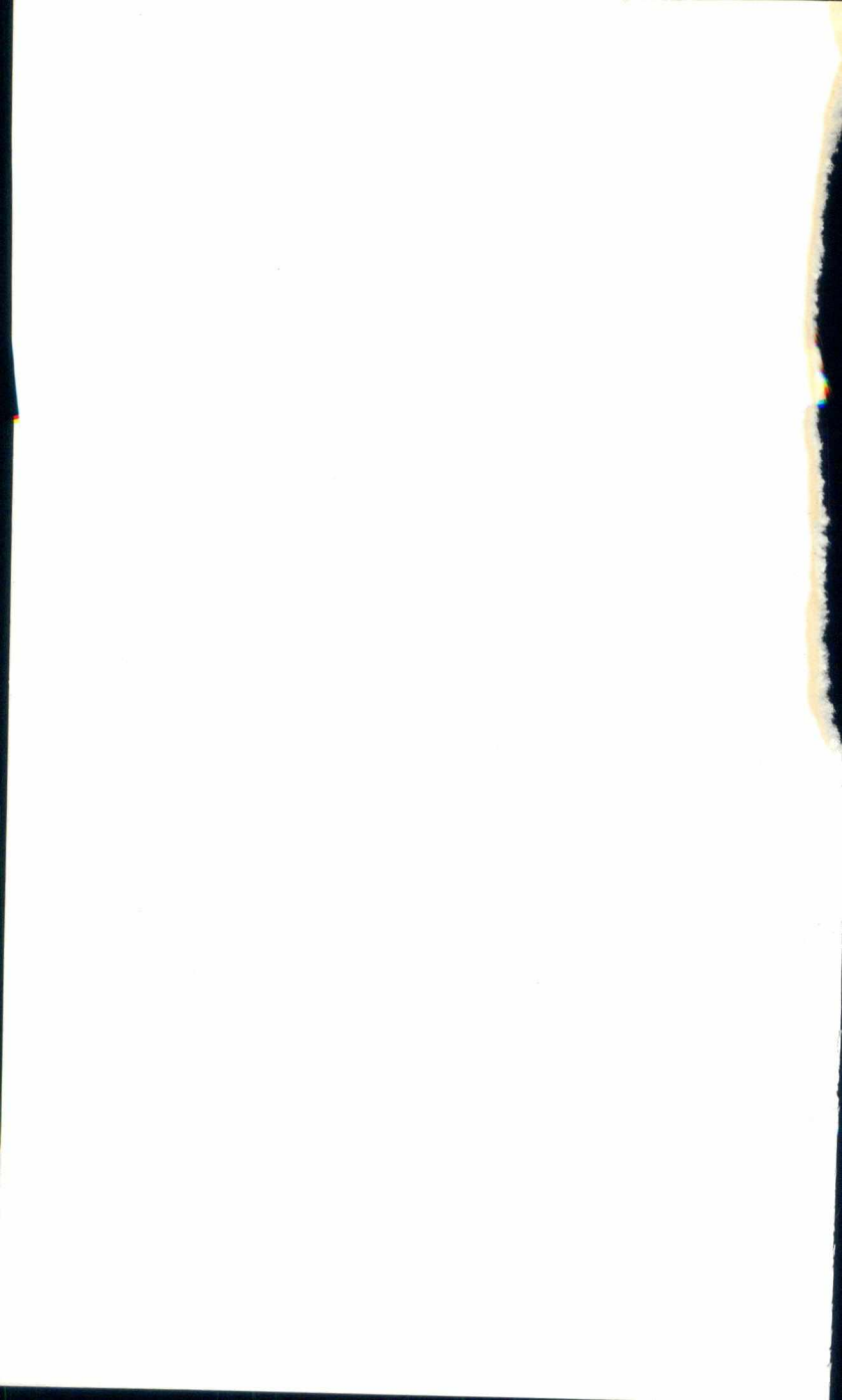
Mensaje a los universitarios, Pentecostés 1981.



La Iglesia y Jesucristo

Jesucristo, es la Buena Nueva proclamada por los Apóstoles y por la Iglesia. Una Iglesia peregrina en la historia y servidora del hombre, pobre, misionera y pascual.

Cuerpo místico de Cristo, el cual siempre presente a través del Espíritu, nos ofrece la oportunidad de conocerlo a través de nuestros hermanos los hombres. Para conocer a Cristo hay que conocer a los hombres. Como para conocer a Dios hay que conocer a Jesucristo. Este ha sido el mensaje y el testimonio de nuestro Pastor, el anuncio de que Jesucristo vive y está presente en nuestra historia.



Jesucristo

Para amar a Jesús tenemos que conocerlo.

Esto, de que Cristo vive, que Cristo perdura y que existe y actúa, hoy como ayer, siempre, es la verdad que nosotros tenemos que tener presente en nuestras vidas, en nuestro actuar. Cristo está con nosotros...

*Homilía a los universitarios en el Colegio Patrocinio San José;
4 de Octubre de 1975.*

PARA AMAR A JESUS TENEMOS QUE CONOCERLO

Esto, de que Cristo vive, que Cristo perdura y que existe y actúa, hoy como ayer, siempre, es la verdad que nosotros tenemos que tener presente en nuestras vidas, en nuestro actuar. Cristo está con nosotros. Cristo no nos ha abandonado, y para que nosotros, mis queridos hijos, realmente seamos de Cristo, tiene que haber entre nosotros y El una lealtad, una generosidad, una unión íntima y profunda. La unión entre los seres espirituales, no se conoce otra, la única que hay, es la unión del Amor. Cuando dos seres que tienen algo, que tienen inteligencia, que tienen voluntad, que están

hechos para el bien, para conocer la verdad, amarla y seguirla, cuando dos seres se complementan, se conocen y reconocen en el otro, el uno en el otro, la verdad, el bien, la belleza, entonces se despierta esta íntima pasión, la más bella de las pasiones de los hombres, el AMOR. Y esto es lo que une a los seres inteligentes. Con nuestro Dios no cabe otra manera de unión. Es el AMOR. Para que nosotros podamos amarlo, queridos hijos, tenemos que conocerlo. Porque no se ama lo desconocido, tenemos que conocer al Señor. Tenemos que hablar con El. Tenemos que tener un trato íntimo con El. Tenemos que estar ciertos de que El vive, saber donde podemos encontrarlo. Es indispensable para que nosotros podamos mantener en nuestro corazón la llama del amor hacia El. Cristo vive en ustedes, vive en todos, vive en mí. Vive en los pastores que tiene, cuando ellos quieren ser, cuando son fieles a Cristo. Cuando ellos reflejan lo que Cristo es. Vive en su enseñanza que perdura con hechos, vive en los sacramentos, vive con nosotros en nuestros corazones. En todo hombre, en toda mujer que tiene un corazón noble y bello, en el cual se mira la virtud, Cristo está presente. El vive, Vive y nos ama. Vive y quiere que nosotros vivamos con El de esa vida misteriosa, divina, que El vino a traer a la tierra, para hacer que el hombre llegara a ser verdaderamente hombre y alcanzara en su vida, en su actuar, en su florecer y en su desarrollo íntimo, a gozar la misma divinidad y fuera el Hijo de Dios encarnado como es El.

*Homilía a los Universitarios en el Colegio Patrocinio San José;
4 de Octubre de 1975.*

CRISTO ES LA LUZ DE LOS PUEBLOS

Cristo es la luz de los Pueblos. La Iglesia prolongando y continuando la misión de su Señor y fundador, desea ardientemente iluminar a todos

los hombres, anunciando el Evangelio a toda criatura con la claridad de Cristo. Hoy, como el principio de nuestra historia Dios quiere iluminar el quehacer de Chile por medio de su Iglesia. Desde la alborada del descubrimiento hasta la época de su plena madurez de Nación libre y soberana, la Iglesia ha querido ser como el alma de este pueblo, signo animador de su indestructible cohesión, madre de su fe, educadora y centinela de su patrimonio moral, manantial de su esperanza.

Te Deum. 18 de Septiembre de 1980.

EL AMOR DE CRISTO ES MAS FUERTE QUE LA MUERTE

Las recordaciones de la Iglesia no son meros arranques de nostalgia. La Iglesia recuerda para poner en presente el amor. Ella sabe que el amor de Cristo es más fuerte que la muerte, y que los que han vivido y muerto por Cristo siguen acompañando a la Iglesia, en comunión de gracia y de destino, iluminándola y urgiéndola con la vigencia de sus propios carismas.

Homilía en recuerdo de Don Manuel Larrain E. 22 de Junio de 1976

EL PECADO ES NUESTRO ENEMIGO

Saber que el mundo está en nuestras manos y que nosotros tenemos que lograr que este mundo sea más cristiano, es nuestro deber. Cuando nosotros decimos esto, mis queridos hijos, nos estamos refiriendo especialmente al egoísmo, nos estamos refiriendo especialmente al pecado que es la causa de todas las injusticias, de todas las pequeñeces, de todas nuestras miserias públicas, colectivas, privadas y personales. El pecado es

nuestro enemigo. El pecado es el que destroza el programa del plan maravilloso de Dios, y nosotros tenemos que luchar contra el. Si nosotros tomamos la Escritura Santa y vemos en el Evangelio cuál fue la actitud del Señor, nosotros tenemos que convencernos que El no vino a solucionar una cuestión temporal, del momento.

La historia de su país, en el momento en que El vivió, era una historia conflictiva, una historia dolorosa para su pueblo. El no tomó como camino el corregir, el de luchar contra una situación momentánea de oprobio del pueblo. Tomó como camino una acción infinitamente más poderosa, más revolucionaria en el buen sentido del término. Tomó como misión destruir el pecado, la envidia, el egoísmo, decir contra la causa misma del mal. No le importó tanto atacar la consecuencia, lo que El quería era precisamente destruir lo que era el motivo, la causa de ese desorden. Cuando Cristo habla contra el fariseísmo, está hablando contra esa condición del hombre que se cree justo sin serlo, que cree tener la verdad y no la tiene, que no tiene la humildad suficiente para reconocer sus pequeñeces.

*Homilía a los Universitarios en el Colegio Patrocinio San José;
4 de Octubre de 1985.*

LA IGLESIA ES MISTERIO PASCUAL

El acontecimiento central del cristianismo y de toda la historia de la muerte y resurrección de Cristo, o sea, el misterio pascual.

Cristo murió por todos, para darnos a todos la nueva vida que brota de su humildad resucitada. (Cor. 5, 14-15).

La resurrección de Cristo es la consumación de toda una historia de salvación, cuya iniciativa

viene de Dios y cuya realización concreta necesita la cooperación del hombre.

Pastoral de convocación al sínodo 1966 I.D.S. n 21 suplemento p.2.

CRISTO PRESENTE EN NUESTRA SOCIEDAD

Acabamos de celebrar un Congreso Eucarístico, un Congreso en que hemos querido hacer vida nuestra realidad de Cristo presente en nuestra sociedad cristiana, en nuestro Chile. Un Congreso que tiende a reforzar nuestra fe en Cristo, que esta con nosotros, cuya presencia exige, por lo tanto, la lealtad a su doctrina, la congruencia de nuestra acción con la Verdad que es Cristo y la exigencia de construir una sociedad que tenga como base el respeto a los derechos de toda persona humana que nacen de la trascendente verdad que todo hombre es hijo de Dios, que todo hombre es nuestro hermano y que es indispensable en la Doctrina del Señor, amar al prójimo como a nosotros mismos, para que sea cierto que amamos a Dios.

Homilía en misa aniversario carta de Santiago, 28 de Noviembre de 1980.

MUERTE Y RESURRECCION

Qué significa esto: tenemos que pasar por la muerte, Cristo a venido a ser una nueva vida, Cristo a traído una novedad y quiere que nosotros resucitemos de verdad. El apostol Pablo nos dice: nosotros hemos sido sepultados con Cristo en la Muerte para resucitar de nuevo a una Vida nueva. Tenemos que morir, tenemos que morir a la realidad de este mundo. Cuando nosotros nos encontramos en un mundo que desprecia al SEÑOR,

cuando nosotros nos encontramos con personas que no quieren creer, cuando nosotros encontramos que la ley del Señor, el mandato nuevo que ha venido a traer, el mandato de amor es despreciado por tantos, nos encontramos con la muerte, mis queridos hijos es la muerte que nos rodea, es el mundo que reside en la muerte y que no quiere la resurrección, y a ese mundo nosotros venimos a predicarle que hay una vida nueva, a ese mundo nosotros venimos a decirle que toda actividad tiene que ser santificada por esta vida nueva, por este Cristo resucitado, para que tenga objeto, para que tenga una finalidad, para que sea digna del hombre y para que esa vida pueda servir en beneficio de todos y a nadie ultraje, a nadie mancille, a nadie esclavice.

Por eso, mis queridos hijos, nosotros somos conscientes de que el Señor quiso pasar por la muerte y a nosotros nos invita a pasar por la muerte y a vencer la muerte. Cuando nos habla del pecado, cuando vemos el pecado existir ENTRE NOSOTROS, cuando nos hablan de la esclavitud, de la violencia, de la muerte física, cuando nos hablan del odio nosotros comprendamos que terrible es la muerte, nosotros comprendamos que triste es morir, llamamos al Señor de la vida que venga a nosotros, que nos traiga la vida, porque nosotros hemos nacido para vivir, para vivir en plenitud, para hacer que el mundo tenga una faz nueva, que todos los hombres puedan practicar la luz bendita que el Señor ha traído, la ley del amor. Le pedimos a Cristo en esta noche Santa que el haga en nuestros corazones de Chilenos, en nuestros corazones de Cristianos que anide el anhelo profundo de vivir profundamente y plenamente la gracia del Señor, la vida que el Señor nos trae, que es vida, de santidad, de justicia, de libertad y de amor, así sea.

*Homilía de Pascua de Resurrección,
10 de Abril de 1977.*

EL LLAMADO DEL PAPA A SER MAESTROS DE LA VERDAD

El Papa nos pidió que, como Pastores, fuéramos, ante todo maestros de la verdad: de la verdad sobre Jesucristo, sobre la Iglesia, y sobre el hombre.

Las conclusiones de Puebla descansan, por eso, es una serie y profunda **Cristología**: una afirmación inequívoca de la divinidad de Cristo, el Hijo de Dios vivo. Hemos rechazado, por eso, cualquier intento de releer o reinterpretar el Evangelio o la figura de Cristo con categorías meramente sociopolíticas, silenciando o mutilando la naturaleza esencialmente religiosa del Mensaje de Cristo. La concepción de un Cristo revolucionario o subversivo no se compagina con la catequesis de la Iglesia, y Jesús jamás permitió que se le altera su misión propia de servidor de Javhé, de Hijo obediente a la voluntad del Padre. Rechazó también inequívocamente el recurso a la violencia y abrió su Mensaje de conversión a todos, sin excluir a nadie.

*Conferencia de Prensa del Cardenal sobre Puebla,
17 de Febrero de 1979.*

EL DIOS EN QUIEN CREEMOS

La Iglesia es promotora del hombre. Su mensaje no es el de un Dios abstracto, lejano. Ella cree en un Dios que se ha vuelto al hombre, que se ha dado al hombre, que crea y redime al hombre y que para eso se ha hecho hombre en Jesucristo. El Dios en el que cree la Iglesia, ha querido que el hombre sea su imagen y semejanza, que el hombre sea verdaderamente el rey de la creación. Y toda la riqueza doctrinal de la Iglesia —nos decía el Papa al clausurar el Concilio— se orienta en una sola di-

rección: servir al hombre. Al hombre en todas sus condiciones, en todas sus debilidades, en todas sus necesidades... Nosotros podemos y debemos reconocer el rostro de Cristo en el rostro de cada hombre, especialmente si se ha hecho transparente por sus lágrimas y sus dolores, tanto que podemos afirmar también: para conocer a Dios, es preciso conocer al hombre.

*Exequias del Nuncio Sótero Sanz.
17 de Enero de 1978.*

CRISTO: "SOLO TU VOLUNTAD, SEÑOR, ES MI PAZ"

Cristo quiere que nos digamos la verdad unos a otros, porque somos miembros de su cuerpo: por eso, cuando nuestro lenguaje es mentiroso, no tenemos paz.

Cristo quiere que cada uno ame a su prójimo con la misma pasión y con la misma capacidad de sacrificio con que se ama a sí mismo: por eso cuando dejamos de crecer en nuestro corazón la cizaña de la envidia y del odio, no tenemos paz.

Cristo quiere que lo reconozcamos y lo sirvamos a El en la persona de los pobres: por eso, cuando nos dejamos esclavizar por el egoísmo y la indiferencia, cuando no trabajamos apasionadamente por restituirle al desposeído su dignidad y sus derechos de hombre no tenemos paz.

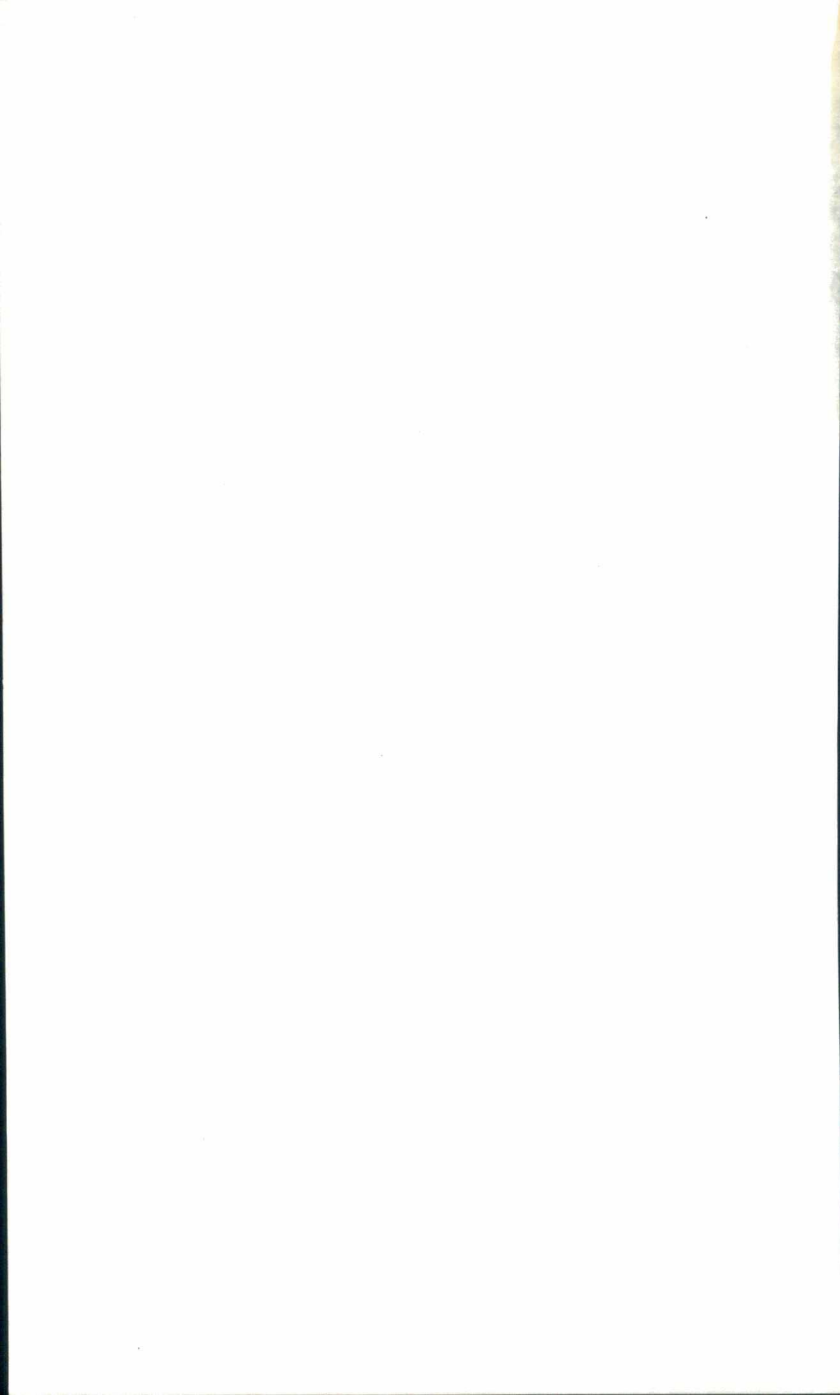
¡SOLO TU VOLUNTAD, SEÑOR, ES MI PAZ! Ese es el grito, la confesión que resume la experiencia de la Iglesia, la gran lección de la historia. Es la clave, también de nuestro destino personal y de la salvación de nuestra patria y del mundo. Sólo tu voluntad Señor: expresada en Tú evangelio, interpretada, promulgada y úrgida por tu Iglesia.

*Peregrinación a Maipú 1974
I.D.S. n 82 Pág. 12.*

AMOR PREFERENCIAL POR LOS MAS POBRES

La gran pasión de Jesús es buscar al hombre pecador, pero, junto a esta búsqueda, Jesús, se permite una predilección por aquél que aparenta estar vacío y a quien no se le ha dado respuesta: tiene un amor preferencial por los más pobres; entre ellos nace, es el hijo del carpintero, es uno como los demás, y, sin embargo, a aquellos de quienes no se espera que provenga "algo bueno", los transforma en signos de su reino. Y no nos llamemos a equívocos. A lo largo de nuestra historia, los cristianos hemos cometido muchas omisiones por pretender soslayar una verdad innegable: Jesús se encarna en el pobre concreto, en el mundo de los necesitados y miserables, de los oprimidos y explotados, de los que sufren y están agobiados. Los pobres, los hambrientos, los que lloran y los perseguidos, son en San Lucas, seres de carne y hueso, hombres concretos (Lc. 6,24-26). Realidad ésta que María en su canto la establece: "Derribo a los poderosos...y elevó a los humildes. Lleno de bienes a los hambrientos y despido a los ricos con las manos vacías". (Lc. 1,52-53).

*Intervención del Cardenal en la Semana Social,
Octubre de 1975.*



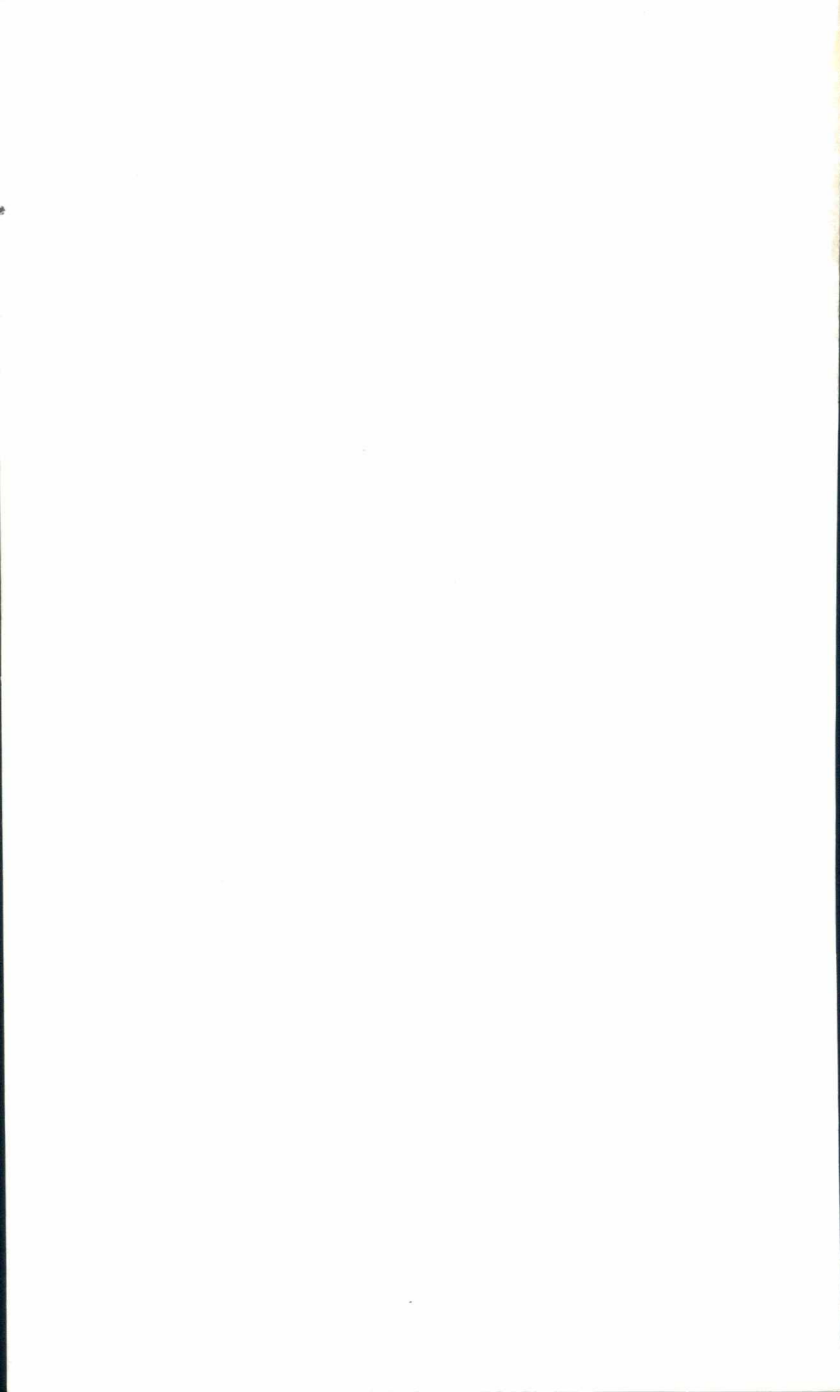
La Iglesia y la Comunidad

La Iglesia es el instrumento por el cual se entrega el mensaje de Cristo a los hombres, es sacramento de salvación. El es el centro de nuestra vida, nuestro principio y fin de la existencia.

La Iglesia es el Pueblo de Dios que peregrina a través de la historia, quien conoce y sabe el dolor y la alegría del hombre.

La Iglesia ha promovido las diversas comunidades, pues es allí donde se comparte con el otro a la luz del mismo Cristo "cuando dos o más se reúnen en mi nombre yo estoy presente", dice Cristo.

Las palabras reunidas en estas líneas están llenas de esperanza, la Iglesia es pasado, presente y futuro.



La comunidad y la Iglesia

...La Iglesia es signo y salvaguarda de la trascendencia del hombre; señal y garantía de que la persona humana está por encima y vale más que cualquier sistema o partido político. Por su naturaleza, por la misión que recibo de cristo, ella lejos de ser una facción, un grupo, una ideología más, es el signo y salvaguarda de que los hombres puedan encontrarse y, más allá de sus ideologías y opciones políticas, unirse.

Iglesia, Sacerdocio y Política; Intervención del Cardenal de Santiago en Teletrece del lunes 20 de julio de 1970

LA VOCACION MISMA DE LA IGLESIA

La vocación misma de la Iglesia. Si la Iglesia pretende en este Concilio”, responder a la pregunta: “¿qué dices de ti misma?” —debe necesariamente hablar del Hombre en el Mundo, porque la Iglesia existe para los hombres en el Mundo, y los hombres en el Mundo existen para la Iglesia.

Hay que distinguir, en efecto, un doble aspecto en la Iglesia: la Iglesia, primero, como “institución de salvación” —y en tal aspecto la Iglesia está al servicio del Hombre en el Mundo, como ministra y sacramento de redención; la Iglesia, segundo, como “Nueva Creación”, o Reino de Dios comenzado en la tierra, y en este segundo aspecto la Iglesia es como la patria de los hombres, a la

cual tienden todos los pueblos y en la cual la Humanidad encuentra la plenitud de su concreta vocación.

De este modo, si la Iglesia considera ahora más profundamente su propia vocación, es necesario que se vuelva plenamente hacia los hombres y hacia el Mundo, porque en ellos se encuentra toda la razón de su existencia y de su amor. La fuerza del amor, por lo demás, sobre todo cuando es sobrenatural, impulsa siempre al amante hacia el amado: "tanto como Dios al *mundo*, que El entregó su único Hijo".

*Intervención del Cardenal, sobre el Esquema "La Iglesia en el mundo de hoy",
20 de octubre de 1964*

LLAMADO DEL PASTOR A LOS HIJOS DE LA IGLESIA

A nuestros hijos de la Iglesia de Santiago, y a todos los hombres de buena voluntad, quiero invitarlos a preparar la Resurrección gloriosa que esperamos, compartiendo nuestros bienes mediante la limosna; restableciendo el orden en nuestro cuerpo y espíritu mediante la penitencia; y reanudando nuestra relación filial con Dios mediante la oración.

Pastoral de Cuaresmas; Segundo Domingo de Cuaresma de 1981

TENEMOS DIFERENTES OPINIONES

Nosotros tenemos muchas modalidades distintas de llegar al Señor, de conocer al Señor, también de vivir a Cristo el Señor. Tenemos diferentes opiniones. Nuestra Iglesia es una Iglesia pluralista y eso lo sabemos nosotros y entre ustedes mis queridos hijos, hay grupos que tienen una mentalidad y otros otra mentalidad.

Dentro de la gama cristiana, dentro de lo que es

el cristianismo, puede darse perfectamente esta variedad. Nuestra unidad no significa uniformidad. Es distinto. Nosotros estamos unidos en una fe, en un gran amor. Pero cada uno tiene la posibilidad y yo diría el carisma, la gracia de conocer al Señor en cierta forma y de vivirlo también en una forma personal.

No hay santo igual a otro. No hay hombre igual a otro; y en el cristianismo se da esta realidad, dentro de la unidad del cristianismo. No tenemos, pues, que extrañarnos que entre ustedes hayan grupos que tienen distinta manera de pensar que el resto, pero eso no quiere decir que ustedes no estén unidos a su Iglesia, y el vínculo de unión, el centro de unión, es el Pastor, es el obispo. Nosotros hemos sido llamados, mis queridos hijos, los apóstoles de Cristo, para tener este carisma especial, el carisma de la unidad, de la unión, el carisma de la jefatura, de la cabeza, como decimos; el carisma de Cristo Cabeza, Cristo Jefe, y la base de la unión es el saber y poder servir, el poder oír, el poder obedecer si es necesario, el poder trabajar, por último, el jefe en la Iglesia es el Obispo.

Yo les pido a ustedes, que no haya envidia, pequeñeces, sino que ustedes trabajen en común por la Gran Causa del Señor, que es la causa de ustedes, que es la causa de nuestra Patria.

Homilía a los Universitarios en el Colegio Patrocinio San José; 4-10-75

NO PUEDE EXISTIR EVANGELIZACION, SIN UN ACATAMIENTO DEL PAPA Y DE LOS OBISPOS

En cuanto a la Iglesia, nuestra Conferencia ha insistido en que no puede haber una auténtica evangelización sin un acatamiento pronto y sincero del magisterio del Papa y de los Obispos; en

otras palabras, no puede aceptarse la existencia de magisterios paralelos.

Conferencia de Prensa del Cardenal sobre Puebla, 17 de Febrero de 1979

¿QUE SIGNIFICA SER CRISTIANO?

Ante todo, significa reconocer a Dios que es el único que tiene derecho a exigirnos a nosotros la entrega total de nuestro amor. A reconocer a nuestro Dios como nuestro creador, a reconocerle derecho a imponer sus leyes en nuestras vidas y a reconocerle también como nuestro juez. Pero por sobre todas esas cosas, a reconocerle como el amor que se ha hecho Carne, que ha venido a vivir entre nosotros para redimirnos.

Este Dios que es nuestro creador que ha hecho todas esas cosas, según lo hemos leído en los libros santos en las palabras muy sencillas adecuadas a nosotros los hombres, este Dios que nos ha traído a la existencia y que tendría todos los derechos sobre nosotros, ha querido ser un humilde niño, se ha encarnado, ha vivido entre los hombres, ha sufrido las discusiones de los hombres, las contrariedades y las luchas humanas. Se ha hecho uno de nosotros y ha sido víctima de las pasiones humanas muriendo por nosotros, recabándonos no la obediencia ciega y temerosa del esclavo, sino el amor del hijo, que reconoce el padre, que le ama y obedece con el inmenso cariño.

Ser cristiano significa, mis queridos hijos, reconocer a nuestro Dios y que El pretende de nosotros nuestro amor.

¿Qué otra cosa significa ser cristiano? Significa, mis queridos hijos, que todos somos del mismo padre y nos reconocemos como hermanos. Significa que debemos respetarnos, porque no hay ninguno de nosotros que sea inferior a los otros delante del Señor. Significa que debemos respetar-

nos también porque el amor sabe igualar las distancias, sabe sobreponerse a las diferencias y sabe perdonar las debilidades. Dos grandes amores se anidan en el corazón del cristiano: El amor a su Dios y el amor a su hermano. Esta es la ley.

Mensaje de Pascua de Resurrección 1974

SER CATOLICO QUIERE DECIR...

Primero que somos todos hermanos. Tener fe en esta realidad, conocerla, vivirla y ser leales. Esto es lo que quiere decir ser católico en primer lugar. Quiere decir ser católico el saber que este mundo está por hacerse. Que el Señor nos ha entregado en el cual nosotros tenemos que intervenir. Que nos ha dado el poder, nos ha puesto en nuestras manos las llaves de la tierra para que nosotros hagamos de esta tierra la obra maravillosa que Dios quiere. Nosotros estamos llamados a crear con El, somos co-creadores con El, de este mundo, y cuando nosotros sentimos que el mundo en vez de ser la sociedad de los hombres que se aman, que se comprenden, en vez de ser la sociedad en que reina la justicia, la libertad y el amor, en vez de ser la sociedad en que se acaban los privilegios, cuando estos privilegios no son razonables, ni están basados en deberes, en sacrificios, en reconocimientos de la misma sociedad, cuando nosotros vemos que entre nosotros no existe la justicia, en cualquier parte del mundo que nos encontremos, nosotros tenemos que pensar que este es un desafío para el Católico.

Homilía a los Universitarios en el Colegio Patrocinio San José; 4 de Octubre de 1975

LA IGLESIA

La Iglesia servidora. No alienta ambición alguna de dominio. No pretende imponer ninguna doctrina, ningún esquema de convivencia, ninguna forma de organización de la actividad del hombre. Sólo reclama el derecho y se impone a sí misma el deber de anunciar el Evangelio. En privado y en público. En aquellas cosas que se refieren directamente al destino eterno del hombre y en aquellas otras, de este mundo, de las que depende la libertad y el respeto a la dignidad del hombre. Es servidora: sólo puede proponer, implorar, testimoniar. Como la conciencia, su misión es mostrar el camino, estimular lo bueno, reprobar lo malo. Como la conciencia, no puede callar.

Exequias del Nuncio Sótero Sanz, 17 de enero de 1978

IGLESIA: SIGNO Y FUENTE DE RECONCILIACION.

¡Emblema de paz y reconciliación!, este Manto, este Templo, la Iglesia misma, la Iglesia toda, tiene por misión ser el signo y la fuente de reconciliación entre todos los hombres.

Peregrinación Nacional a Maipú. Año Santo 1974)

IGLESIA: SIGNO Y FUENTE DE ESPERANZA.

Ella (la Iglesia) es la depositaria de la única Palabra que puede salvarnos. Ella es la intérprete del único Evangelio que proclama y cautela la dignidad del hombre —de todo hombre— como hijo de Dios. Ella es la voceadora incansable del triunfo del amor sobre el odio y de la vida sobre la

muerte. Ella es la abogada insobornable de todo aquél que es destituido de sus derechos; la conciencia incallable que denuncia toda justicia violada. Ella es la maestra que sabe de humanidad, con su sabiduría que le viene de Cristo. Ella es, sobre todo, la Madre que sólo tiene preferencia y predilección por el más indefenso, ni conoce otra pasión que la unidad de los dispersos. “¡El hombre —ha dicho dramáticamente el Papa— tiene derecho a la esperanza. Y la Iglesia debe ser hoy, signo y fuente de esperanza!

Peregrinación Nacional a Maipú. Año Santo 1974

LA FUENTE DE LA IGLESIA ES LA EUCARISTIA.

La actividad más propia de la Iglesia, la Fuente y cumbre de su vida es, por eso, la Eucaristía: el Sacramento de la Unidad, en que los hombres comulgan con Dios entre sí, sintiéndose y haciéndose hermanos, todos ellos igualmente pecadores, e igualmente redimidos. Eso es lo primero que la Iglesia puede y debe aportar a la vida política: **SER EL SIGNO, EL SACRAMENTO DE LA UNIDAD.**

Iglesia, Sacerdocio y Política; Intervención del Señor Cardenal de Santiago en Teletrece del lunes 20 de Julio de 1970

EUCARISTIA Y COMPROMISO POLITICO

Un cristiano vive de y para la Eucaristía: la comunión en un mismo pan. Celebrar la Eucaristía, proclamar con un gesto tan vital que uno se siente solidario de un mismo cuerpo con todos los que comen de ese pan, y correr al mismo tiempo por las vías del sectarismo, del revanchismo, del odio

práctico aunque teóricamente condenado, sería una farsa hipócrita. Los cristianos que no luchan por un honesto y muy legítimo compromiso político, dentro del marco de su superior compromiso eucarístico, se hacen acreedores a lo que advertía San Pablo: "Comen el pan y beben el cáliz del Señor indignamente, y se hacen reos del cuerpo y la sangre del Señor.

La pluralidad de opciones políticas de los cristianos, es una oportunidad providencial para que éstos lleven el pensar y sentir de Cristo, a los más diversos sectores de la comunidad nacional.

Entrevista revista Ercilla, Febrero de 1973. Archivo del Sr. Cardenal

EL GRAN COMPROMISO EVANGELICO DE LA IGLESIA.

...Por eso la Iglesia no necesita recurrir a sistemas o ideologías para amar al hombre y colaborar en su liberación, ni puede ser tildada de oportunista cuando defiende los derechos humanos: lo hace por su auténtico compromiso evangélico...

Conferencia de Prensa del Cardenal sobre Puebla, 17 de Febrero de 1979

LIBERACION A TODO LO QUE OPRIME AL HOMBRE

Hemos querido, pues, alentar los compromisos pastorales en este campo, pero con una recta concepción cristiana de la liberación, tal como lo anunció y la realizó Jesús: liberación de todo lo que oprime al hombre, que es ante todo, salvación del pecado y del maligno, en la alegría de conocer a Dios y de ser conocido por El; liberación hecha de reconciliación y de perdón, liberación que arranca de la realidad de ser hijos de Dios y de reconocer en todo hombre un hermano; liberación

que no puede reducirse, por tanto, a una estrecha dimensión económica o política no prestarse a ser acaparada o manipulada por sistema ideológico.

Conferencia de Prensa del Cardenal sobre Puebla, 17 de Febrero de 1979

LA IGLESIA Y LA OPCION POLITICA

Y de inmediato una primera respuesta, tomada del espíritu y letra del Concilio: **LA IGLESIA COMO TAL NO TIENE NI ESTA LIGADA A NINGUN SISTEMA NI PARTIDO POLITICO.** Cuando decimos 'Iglesia', aludimos aquí por igual a los Obispos, Sacerdotes, y Laicos cristianos. Si estos últimos, llevados por su conciencia cristiana, se inclinan a elegir una determinada opción política, tendrán que admitir que otros creyentes, llevados por la misma sinceridad, escojan una solución divergente. Y ni uno ni otros podrán estimar su propia solución como la única compatible con el Evangelio.

Iglesia, Sacerdocio y Política; Intervención del Señor Cardenal de Santiago en Teletrece del lunes 20 de Julio de 1970

LA IGLESIA EN UNION CON LOS TRABAJADORES

Por eso en un día como hoy la Iglesia quiere unirse a los trabajadores de todos los tiempos y pueblos: con gran respeto, con amor de Madre, para celebrar junto a ellos los valores del trabajo humano, la dignidad y grandeza del trabajador...

Mensaje del Cardenal 1° de Mayo de 1979

LA IGLESIA NO PUEDE ABANDONAR AL HOMBRE

Pero no es verdad que nosotros queremos usufructuar, no es verdad que nos queramos beneficiar de un cambio en el corazón, en la mirada de las masas trabajadoras, que hoy acuden a la Iglesia como baluarte que las defiende, madre que las protege, conciencia que señala el camino, voz de los que no tienen voz, No, no queremos aprovecharnos de esto: “La Iglesia —nos acaba de decir el Santo Padre, Juan Pablo II, en su hermosa primera encíclica— la Iglesia no puede abandonar al hombre... El hombre en la plena verdad de su experiencia de su ser personal y a la vez de su ser comunitario y social —en el ámbito de la propia familia, en el ámbito de la sociedad y de contextos tan diversos, en el ámbito de la propia nación o pueblo, en el ámbito de toda la humanidad —este hombre es el primer camino que la Iglesia debe recorrer en el cumplimiento de su misión, él es el camino primero y fundamental de la Iglesia, camino trazado por Cristo mismo... Y en este camino que conduce de Cristo al hombre, en este camino por el que Cristo se une a todo hombre, la Iglesia no puede ser detenida por nadie. Esta es la exigencia del bien temporal y del bien eterno del hombre”. (Redentor Homimis 13 y 14).

Pero no es verdad que nosotros queramos el Papa— que este hombre es “el camino de la Iglesia, camino de su vida y experiencia cotidiana, de su misión o de su fatiga”, entonces la Iglesia de nuestro tiempo debe ser, “de manera siempre nueva, consciente de la situación...de las posibilidades... de las amenazas que se presentan al hombre. Consciente también de todo lo que parece ser contrario al esfuerzo para que la vida humana sea cada vez más humana, para que todo lo que compone esta vida responda a la verdadera dignidad del hombre” (Redentor Homimis 13 y 14)

Mensaje para el 1º de Mayo 1979

LA OPCION PREFERENCIAL DE LA IGLESIA ES POR LOS POBRES

Los Obispos de Puebla hemos afirmado la misma doctrina que el Santo Padre ha proclamado y hemos dicho que en América Latina todas las Iglesias, todos los Episcopados, tienen que tener una opción preferente por los pobres. Esta opción es urgida por la realidad escandalosa de los desequilibrios económicos que existen en América Latina y deben llevar a establecer una convivencia humana digna y fraterna y a construir una sociedad justa y libre. El cambio necesario de las estructuras sociales, políticas y económicas injustas no será verdadero y pleno si no va acompañado por el cambio de mentalidad personal y colectiva respecto al ideal de una vida humana digna y feliz que a su vez dispone a la conversión". No será efectivo —decimos nosotros— si no se oye la voz del Cristo el Señor.

Homilía del Cardenal en la acción de Gracia Ecu­mérica 18 de Septiembre de 1979

LOS CRISTIANOS SABEN QUE TODO HOMBRE, Y TODO PUEBLO ES SU HERMANO

Los cristianos hemos entendido siempre —al menos programáticamente— que del Evangelio se deducen imperativamente normas de conducta y responsabilidad hacia el prójimo. La parábola del Buen Samaritano nos ha enseñado a no desviarnos del camino cuando hay un hombre caído, y a hacernos responsables por él, con sacrificio de nuestro tiempo y dinero. La profecía del Juicio Final nos ha recordado que nuestra salvación depende de nuestra capacidad de ver y servir a Cristo en el hombre pequeño y marginado —concretamente, en el que sufre hambre y sed, destierro, enfer-

medad, pérdida de su libertad.

Pero nos ha faltado, quizás, perspicacia, o consecuencia para transferir estas normas, del plano individual, al plano de las relaciones multinationales. Hoy, como nunca, son pueblos y continentes los que sufren hambre y sed, enfermedad, desnudez, carencia de libertad; y hoy, como nunca, es fuerte la tentación de pasar a la acera de enfrente, pretextando que el pueblo caído es de otra raza, o está geográfica, o ideológicamente muy lejos de nosotros.

‘Si alguna —escribía San Juan— gozando de las riquezas del mundo, ve a su hermano en la necesidad y le cierra sus entrañas, ¿cómo va a estar en él el amor de Dios?’. Pero el cristiano sabe —y hoy debiera saberlo más que antes— que todo hombre, y todo pueblo es su hermano. Y cuando escucha a San Pablo definiendo la ley de Cristo como un llevar unos las cargas de los otros entiende —y hoy debiera entenderlo mejor que antes— que no se habla aquí de una solidaridad de clan, de familia, de tribu, de ghetto o de nación, sino de una solidaridad que lleva el sello del Evangelio y del Dios del Evangelio: el Padre que no hace acepción de personas, y rescató todas las razas, lenguas, pueblos y naciones con la sangre de su Hijo.

Carta abierta a los cristianos de Holanda, Cuaresma y UNCTAD III, 1972

IGLESIA

La Iglesia debe iluminar a todos los hombres con la claridad de Cristo resusitado.

El concilio bajo la inspiración del Espíritu Santo, ha querido hacer de la Iglesia el sacramento, esto es, el signo sensible que exprese con claridad el rostro, el corazón, la palabra y la acción de

Cristo glorioso, preocupado ayer, hoy y siempre de continuar su misión salvadora.

*Pastoral para convocar al Sínodo Episcopal 31 de Agosto de 1966 i.d.s. n 21
suplemento p. 2*

FALSOS MESIANISMOS

La humanidad ha corrido en este siglo tras de tantos falsos mesianismos. Se ha ilusionado con tantos falsos profetas e ídolos que prometían el mundo mejor y definitivo aquí en la tierra. No nos equivoquemos: somos peregrinos, vamos caminando hacia el santuario eterno, la casa del padre en los cielos. No nos equivoquemos, el único faro en la noche es la cruz del Señor. No nos equivoquemos: para alcanzar la tierra prometida hay que caminar en la esperanza, hay que luchar en la fe, hay que amar al enemigo y al amigo. No nos equivoquemos: sólo el espíritu santo es fuego suficiente —fuego de amor— para hacer de Chile un hogar familiar, acogedor y digno para todo. No nos equivoquemos: sólo María es la estrella que ilumina el horizonte de la patria, preludiando la plena manifestación de Cristo, sol de Justicia.

Peregrinación a Maipú 1974 I.D.S. n 82 pág. 14

PAPEL DE LA IGLESIA

No pretendemos amenazar a nadie; no pretendemos ser una fuerza de lucha y de resistencia y quien así lo piense está equivocado. Queremos ser una fuerza constructora, queremos ser el amor que edifica, queremos ser la Iglesia que sirve a todos los hombres de esta tierra.

Y humildemente le decimos a todos los herma-

nos nuestros de Chile queremos que todos los que están en el poder, los que son súbditos, los que se sienten felices y los que se sienten oprimidos y lloran, que todos sepan que la Iglesia quiere servirles. Quiere ser servidora de todos, quiere construir una Patria mejor, porque ama esta tierra, la ama intensamente, está dispuesta a sacrificarse por ella.

Misa concelebrada con el clero I.D.S. n 78 pág. 2

EL PASTOR NOS HA DICHO

Valores fundamentales para vivir el Evangelio: Verdad, Caridad, y Fidelidad.

En primer lugar la verdad. El dominio es padre de la mentira. Un hijo de María se caracteriza por su amor, su culto a la verdad, la verdad toda entera. Debemos aprender a decirnos la verdad unos a otros, siempre con respeto, nunca sin caridad. Sólo la verdad libera. Pero para decir la verdad, es preciso, primero, conocerla, acogerla, escucharla. 'Tu Palabra, Señor, es la Verdad'. La Virgen oyente tiene que educarnos a reencontrar el silencio, después y antes de tantas palabras hirientes o inútiles: ese silencio hondo en que es posible —¡Por fin!— escuchar la única Palabra que reconcilia y salva. Escuchar, si: a Dios, que nos habla en Jesucristo. A Jesucristo, que nos habla en su Iglesia. A la Iglesia, que nos habla en sus legítimos Pastores. Sólo escuchando y acogiendo la Palabra que es Verdad podemos decirnos la verdad unos a otros.

Segundo: La Caridad. Ese amor que comprende, respeta y perdona. Tener a María por Madre compromete a amar como María. La Virgen fue testigo doliente de las más atroces injusticias, de un crimen que clama hasta el cielo: La muerte de su Hijo. Pero el amor no se complace en la injusti-

cia ni lleva cuentas del mal. Discípula fiel del que enseñó el arte sublime del perdón. Ella prefiere vencer el mal con el bien. Por eso ha vencido a la muerte: porque el amor es lo único que permanece; todo los demás, el odio, el rencor desaparece estéril. Ella, la Virgen Madre, nos dará corazón y entrañas de misericordia, para orar por quienes nos han hecho algún mal, y perdonar del mismo modo y tantas veces como somos por Dios perdonados.

Tercero: La Fidelidad a la Iglesia. Cuando todos dudaron, cuando muchos se fueron porque el hijo de Dios parecía vencido por el poder de las tinieblas; cuando tantos se escandalizaron por que lo divino quedaba oscurecido por lo humano, María no se escandalizó: perseveró de pie, junto a Dios-Hombre que sufría; acogió en los brazos al martirizado en la Cruz; y mantuvo viva la esperanza del mundo hasta contemplarlo, al tercer día resucitado y glorioso.

La Iglesia es Cristo que se prolonga en la historia. Alianza de divino y humano, capaz también de sufrimiento y de muerte. Como María creyó en Cristo, así nosotros creemos en la Iglesia. Y la aceptamos y amamos tal como es: en sus santos y en sus pecadores; con sus aciertos y con sus errores; con lo que en ella nos gusta y con lo que no comprendemos en ella. Es nuestra familia, el lugar donde Dios nos congrega para aprender a decir Padre y Madre y reconocer al hermano. Por eso no nos escandalizamos de ella, ni toleramos que una cizaña de inequívoco origen amena su más preciado don: la Unidad.

Mes de María, noviembre de 1975

NUESTRO OBJETIVO FINAL

Se insinúa en el mundo de hoy —y nosotros so-

mos parte de él— una concepción de la vida centrada más bien en la glorificación y satisfacción del hombre, que en la activa búsqueda y realización de la voluntad de Dios. Bajo su influjo tienden a debilitarse estructuras y lazos, de orden tanto natural como religioso, que han sido hasta ahora la base de la concepción occidental cristiana de la vida, en todas sus manifestaciones y etapas. Pensamos, finalmente, en el respeto al derecho, a la palabra empeñada, a la honestidad y honradez en los negocios. En todos los ejemplos propuestos es fácil notar hoy una tendencia a desligarse, o sentirse desligado, para buscar del modo más rápido y sencillo la satisfacción del propio yo —sin importar qué o quiénes quedan sacrificados en el camino.

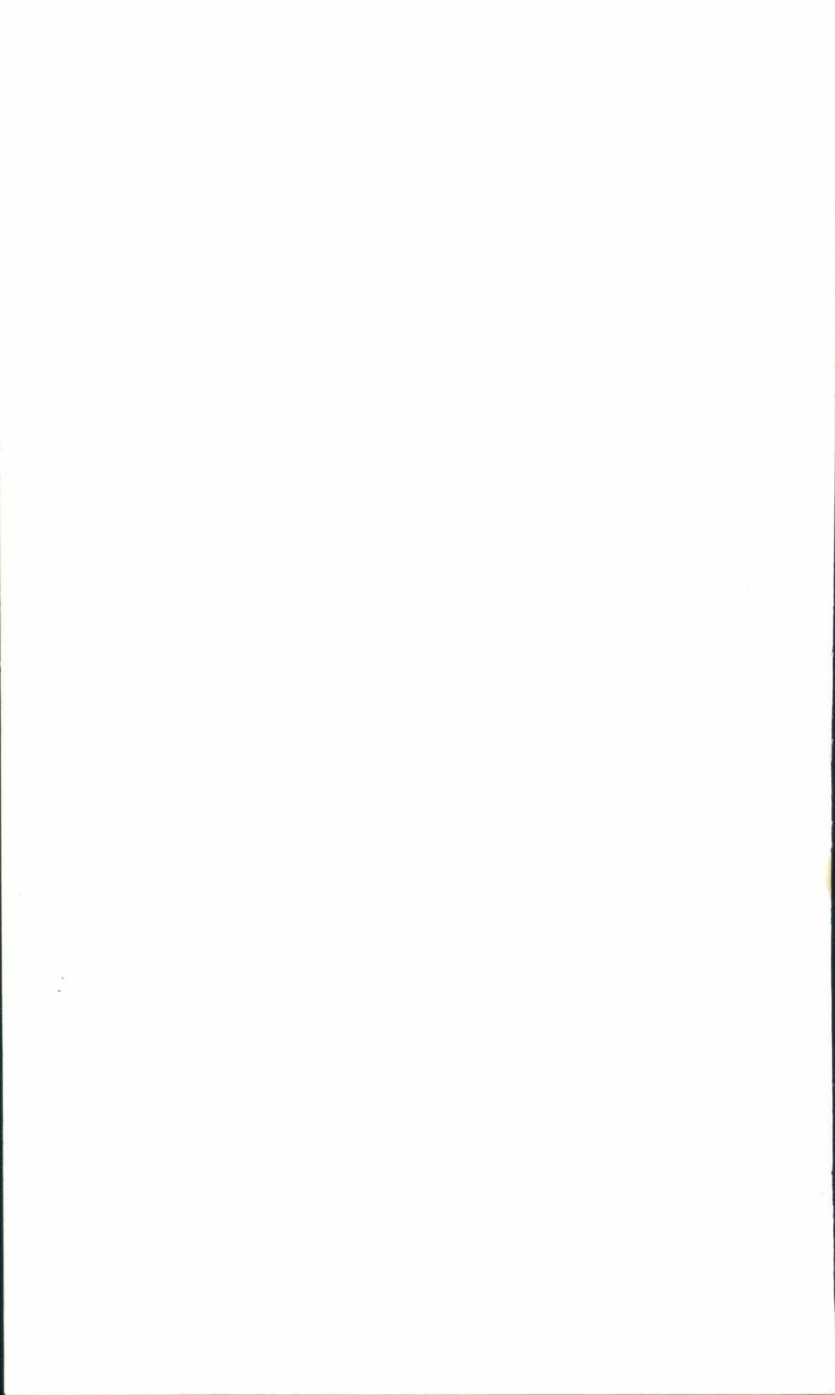
A esta luz se comprende que una fidelidad heroica y de todos los días a estos valores hoy amenazados: fidelidad conyugal y familiar; fidelidad al misterio sacrosanto que es toda vida humana; fidelidad a las exigencias de la justicia; fidelidad a la propia palabra —puede y debe llegar a ser la suprema penitencia, el ayuno más grato a Dios, porque implica una voluntad de vigilancia para tomar en serio los mandamientos y deseos divinos. Y hacer la voluntad de Dios es el objetivo final de todo ayuno, oración y práctica de piedad.

Cuaresma 1977

La Iglesia y la violencia

El llamado que encontramos en estas páginas es a deponer todo tipo de violencia, a dejar de lado esa actitud, que daña nuestra Alma Nacional y, nos invita a buscar caminos que conduzcan a una reconciliación entre todos los chilenos, en el cual nos reconozcamos como tales y podamos construir juntos una nación donde todos podamos mirar sin odio.

La historia es fiel testigo: a través de la violencia no se construye sino se destruye. "La violencia sólo engendra Violencia".



La Violencia

Hemos dicho siempre que la violencia no genera sino violencia y que ese no es el camino de hacer una sociedad más justa y mejor.

Cardenal Raúl Silva Henríquez, Homilía de Resurrección, 13 de abril de 1974.

LA INJUSTICIA PROVOCA VIOLENCIA

¿Cómo conquistar esa Paz? Ante todo, perdiéndonos el miedo unos a otros. Y la mejor manera de perdernos el miedo, es conocernos, que ya es empezar a comprendernos. Si los chilenos hiciéramos hoy un esfuerzo serio por conocernos, descubriríamos algo sorprendente: lo que nos une es mucho más fuerte que lo que nos separa. Todos deseamos pan, respeto y alegría. Todos somos y nos sentimos chilenos, celosos de nuestra soberanía, acostumbrados a la libertad. Todos entendemos que en nuestra mesa común no puede haber privilegiados ni marginados, todos queremos que esta tierra de todos la disfruten todos, con los mismos derechos y las mismas oportunidades. Todos anhelamos la paz.

¡Conozcámonos! Adentrémonos con respeto, unos en otros, más allá de esa etiqueta o denominación política que nos separa y aleja como si fuéramos extraños...

¡Perdámonos el miedo unos a otros...! Nos miramos con recelo, sintiendo o creyendo que uno amenaza los derechos del otro. Por eso, nunca tendremos PAZ SI NO TENEMOS JUSTICIA. Sí, la Paz es obra y fruto de la Justicia. Y la Justicia consiste en amar los derechos de los otros tal como ama uno sus propios derechos.

Mensaje a Los Cristianos, en vísperas de las elecciones presidenciales de 1970.

EL CAMINO DE LA JUSTICIA NO PASA POR LA VIOLENCIA

Desde el comienzo de la historia humana... desde el episodio de Caín y Abel hasta el Mártir del Golgotha. Desde la muerte de Cristo hasta la de aquellos profetas que en nuestros días mueren como El, por dar testimonio de la luz, la violencia se ha relevado absolutamente estéril. Estéril digo, para quienes pusieron su fe en ella, obteniendo siempre exactamente lo contrario de lo que pretendían. Ni sus conciencias encontraron paz, ni la Luz que combatieron fue oscurecida. Ni la Palabra que los molestaba logró ser acallada. Cuando pensaron reducir sus víctimas al silencio, la sangre de ellos se alzó para hablar con más elocuencia que todas las palabras. Y de sus mismas muertes surgió, inagotablemente fecundo, un manantial de vida.

Por eso lloramos, pero no perdemos al que da la vida por sus amigos.

Hoy son nueve millones de amigos, nueve millones de chilenos los que sienten renacer su hambre y sed de justicia, su pasión por la Verdad, su anhelo y vocación de paz, su imperativo de fraterna unidad y sobre todo, su fe en la convivencia democrática. Una nueva palpita en el corazón de la Patria, una conciencia se ha hecho común y de-

finitiva: el camino de la justicia no pasa por la violencia.

Homilla en las exequias del General René Schneider el 26 de Octubre de 1970

LA VIOLENCIA Y LA INJUSTICIA SON VENCIDAS POR CRISTO

Cristo, el Señor, ha vencido la muerte.

¿Dónde está, oh muerte, tu victoria.

Noticia alegre. Es la noticia que el mundo espera.

La espera hoy, más que antes. El nuestro es un mundo hambriento de alegría. Quiere conocer, poseer y gozarlo todo. Y tiene prisa: desconfía de Dios, o niega su existencia, y cree por eso, que la muerte liquidará para siempre lo que hacemos, lo que amamos, lo que somos. Curiosa paradoja: un mundo hambriento de alegría —y un mundo profundamente triste— ávido de Vida, obstinado en negar el Más Allá de la Muerte...

Es cierto que abundan los motivos y las fuentes de tristeza. Más allá de nuestras aflicciones personales —y no son pocas— nos duelen las aflicciones colectivas.

Es triste que haya guerra...

Es triste que subsista la injusticia...

Es triste que haya perseguidos y torturados...

Es triste que **todavía** después de tantos desmentidos de la historia haya quienes creen que la violencia sirve para construir algo mejor.

En nuestro mundo abundan las fuentes de tristeza pero **sobreabundan las fuentes de la alegría.**

Si en Cristo el mundo ha vencido a la Muerte, el mundo puede vencer en Cristo el pecado que lle-

va a la muerte.

El mundo puede vencer al pecado que es la guerra.

El mundo puede y debe vencer el pecado que es la injusticia y la violencia, la miseria no merecida, el hombre ultrajado por el hombre.

Y en esa lucha el mundo encontrará inagotables fuentes de alegría...

“Pero no es una alegría regalada; es una alegría **conquistada**, es la alegría de luchar para derrotar la tristeza ahí mismo donde ella se engendra.

Alegrémonos en el Señor.

Alegrémonos siempre.

Por que el Señor está cerca.

Ha vencido la Muerte y vive.

Mensaje de Pascua y Resurrección 1971

EL CRIMEN POLITICO ES LA MUERTE DEL QUE MUERE Y DEL QUE MATA, PORQUE ES EL TRIUNFO DEL ODO.

Pocas veces hemos gustado tanta amargura. La muerte es siempre amarga; también lo ha sido para el Hijo de Dios. El asesinato es más amargo, porque es la muerte del que muere y del que mata. Pero el crimen político desborda el cáliz de la amargura, porque es el triunfo del odio. Y el odio envenena y puede matar el alma de una sociedad.

Pocas veces hemos saboreado tanto esta amargura; pocas, pero nos parecen ya demasiadas. En menos de un año, dos hermanos nuestros, que dedicaron su vida a servir a los demás, han caído sacrificados a una fría y calculada voluntad de destrucción. Dos veces; dos hombres; ya es demasiado. Tenemos que matar el odio antes de que el odio envene el alma de nuestro Chile...

Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz.

Estamos bebiendo, hoy, el mismo cáliz del Señor. También nuestra alma siente tristezas y angustias de muerte. Vemos levantarse ante nosotros, terrible y trágico, el fantasma de las luchas fractricidas. Nos parece como si las oscuras fuerzas del odio quisieran conducir a nuestra patria a enfrentamientos irreconciliables, en que algunos ponen, como condición de triunfo, la destrucción de los otros.

Tememos —¡y ojalá nos equivoquemos!— que por el camino del odio y de los asesinatos, en lugar de construir una patria más justa y más acogedora para todos, nos encaminemos a la destrucción de los valores más nobles de Chile, y al fracaso de la más anhelada y esperanzada expectativa de nuestro pueblo: la justicia social.

Hoy, ante los restos mortales de un Ministro, como al nacer de la República, los chilenos tenemos que escoger nuevamente nuestro camino. Y en este momento, la voz de la Iglesia se levanta, amonestadora y suplicante pidiendo a todos los hombres y mujeres amantes de la patria, que seren sus ánimos; que no se dejen conducir por el odio; que depuestas las antiguas querellas y unidos en un grande amor a Chile, construyamos su grandeza. Que haya paz entre hermanos, que encontremos, en el tesoro de nuestras más nobles tradiciones, caminos de convergencia nacional. Que nuestra más fuerte y hermosa realidad: ser una gran familia de hermanos, haga imposibles los brotes de odio.

Hermanos, todo se puede ganar con la paz. Todo lo que más amamos se destruirá ciertamente con el odio...

Misa de exequias al Sr. Edmundo Pérez Zujovic 8 de Junio de 1971 .

SUPEREMOS LAS DIVISIONES EN UNA VERDADERA CONVIVENCIA FRATERNA

Ante la incierta y tensa situación que está viviendo nuestra patria hago oír mi voz de Pastor, para tratar de acallar las pasiones y hacer reflexionar a todos los hombres de buena voluntad que aman verdaderamente a Chile o quisieran evitar la horrenda desgracia de una lucha fratricida, que vendría a ensangrentar nuestra tierra, deshacer nuestros hogares y sembrar la destrucción, la ruina y el hambre a lo largo de nuestro territorio.

El apocalíptico fantasma de la guerra entre hermanos aparece, inquietante, a nuestro atribulado espíritu, llenando de dolor y congoja nuestra alma de Pastor. ¿Será esto sólo una miedosa aprensión? El temor de equivocarnos en la apreciación de las circunstancias, y hechos que continuamente se suceden; la duda de poder contribuir a calmar los ánimos y no a exacerbarlos; la esperanza siempre presente en mi corazón de que el buen sentido y el patriotismo de los chilenos lograrán, también ahora, superar la difícil y violenta pugna en que nos encontramos, me habían hecho guardar un prudente silencio.

Sin embargo, en este momento, también el temor de no decir oportunamente una palabra de paz, de comprensión y de buen sentido, que contribuya en algo siquiera a hacer reflexionar a los responsables, una palabra sincera, sin odios, que no esté movida por otra pasión que la del entrañable amor a nuestra patria, a sus hijos, a los débiles y a los humildes; que pueda tener la milagrosa virtud de ser oída en el fragor de la lucha pasional en que vivimos; el deber de decir esa palabra en el momento en que aún puede ser oída, me han urgido a dirigirme a todos los hombres de buena voluntad de nuestra patria, abrigando la esperanza de ser escuchado.

Congoja: la misma del Señor. Es la tristeza de Jesús que mira a Jerusalén, centro y capital de su nación, y al verla dividida y devastada, llora. También nosotros quisiéramos, como El, congregar en unidad a los hijos dispersos. Y su queja dolida es la misma de nosotros: ¿Por qué no has querido aceptar nuestro mensaje de paz?

¿Cuántas veces hemos propuesto la paz? Más que proponerla, la hemos implorado y hasta suplicado. La paz del Señor, la única, la que es fruto de la justicia, extraña y enemiga, de todas las formas de violencia.

No hace mucho tiempo, y ante un luctuoso hecho que consternó a tantos chilenos, dijimos: Tenemos que matar el odio, antes que el odio destruya el alma de Chile. Reunidos a comienzos de este año, los Obispos de Chile denunciarnos la violencia como un factor de perturbación del proceso de cambios, y afirmamos: 'Sólo el respeto mutuo y la comprensión fraterna pueden crear una sociedad de hombres iguales y solidarios'. Años atrás, los obispos representantes de la Iglesia de toda América Latina habíamos expresado: 'La violencia, o revolución armada generalmente engendra nuevas injusticias, introduce nuevos desequilibrios y provoca nuevas ruinas: no se puede combatir un mal real al precio de un mal mayor'. En aquella ocasión reafirmamos, junto con el Santo Padre, nuestra fe en la fecundidad de la paz, y señalamos que la violencia no es cristiana ni evangélica. Y al considerar el conjunto de las circunstancias de nuestros países latinoamericanos, teniendo en cuenta 'la enorme dificultad de la guerra civil, su lógica de violencia, los males atroces que engendra, el riesgo de provocar la intervención extranjera, por legítima que sea, la dificultad de construir un régimen de justicia, y de libertad partiendo de un proceso de violencia', manifestamos que nuestra ansia de que 'el dinamismo del pueblo

concientizado y organizado se ponga al servicio de la justicia y de la paz', no de la cólera y de la violencia.

Hemos, pues, condenado la violencia. Más que eso: la hemos desenmascarado. Le hemos quitado ese antifaz que la hace atractiva y seductora, presentándola, a veces, como el único o el mejor camino.

La violencia no es el único ni el mejor camino. Ni siquiera es un camino. Los Pueblos no cambian ni progresan, no se ponen en marcha sustituyendo una violencia por otra.

La violencia liquida las libertades, suscita odio y rencor de venganza, impide las participaciones del pueblo o las desnaturaliza. Quienes aceptan la violencia no conocerán nunca la paz, sino una tranquilidad de parálisis.

Nuestro pueblo chileno no ama la violencia y no cree en ella. Quizás porque nació como hijo de la guerra y conoció sus horrores, y pagó su precio, por eso mismo aprendió que no hay don más precioso ni valor más necesario que la paz.

Por eso amamos y respetamos el derecho, con sus normas legales, con sus instituciones y sus autoridades, con sus riesgos y también con sus defectos. Sabemos que las leyes nunca son perfectas, que los hombres nos equivocamos, y que no pocas situaciones de injusticia y dolor nacen de esta doble limitación de la naturaleza humana.

Nuestro deber es, entonces, modificar esas leyes por los mismos caminos por los que fueron hechas, y corregir errores, reparar omisiones, erradicar la injusticia a través del libre juego de los mecanismos que el propio pueblo se ha otorgado.

Todo otro camino es mentiroso y estéril. Mentiroso porque promete, como la violencia, conseguir rápidamente lo que la violencia no será nunca capaz de cumplir. Estéril, porque procede, como la violencia, del odio al hermano, que en la histo-

ria del hombre ha sido siempre signo y causa de la infecundidad de la tierra.

Congoja y esperanza, son nuestros sentimientos en esta hora de la patria. Congoja, cuando pensamos en los hombres y mujeres, en los jóvenes y niños de nuestro pueblo —de ese pueblo que es, en definitiva, el gran derrotado en toda contienda fratricida; el gran postergado en todas las guerrillas de grupos hambrientos de poder; el gran sujeto, y víctima de todas las violencias que sólo cambian de mano.

Congoja, cuando pensamos en la historia y tradición de nuestro Chile, labradas con tanto sacrificio, y amenazadas hoy por minorías que, más allá de sus ilusas intenciones, no saben interpretar, no conocen verdaderamente a nuestro pueblo y no tienen el derecho de imponerle un destino —de violencia y odio— tan ajeno a su alma.

Esperanza, sin embargo; confianza en la madurez de los hombres y mujeres de Chile. Confianza en su generosidad y su responsabilidad. Confianza en los ciudadanos de todos los barrios y grupos sociales, de todas las comunidades políticas y religiosas, confianza en la abrumadora mayoría de los habitantes de esta tierra que, ante todo, son y se sienten chilenos, y buscan y desean y trabajan por la paz.

Confianza en nuestras instituciones democráticas, en nuestros poderes públicos, llamados a ser servidores y garantes de la unidad nacional.

Confianza también, y sobre todo, en la presencia activa de Cristo Jesús Dios y Señor de la Historia, que junto a su Madre mira, como antes a Jerusalén, ahora a nuestro Chile y le reitera su ofrecimiento, su súplica de paz.

Ultimamente muchos hermanos nuestros han caído, víctimas involuntarias de esa violencia que no trae la paz; quiera el Señor que muchos, también ofrezcamos y entreguemos libremente

nuestras vidas, para que este pueblo que El ama vuelva a unirse en su paz.

Mensaje a los Chilenos Por TV 13, 2 de Septiembre de 1972

OREMOS POR LA FRATERNIDAD DE LOS CHILENOS

Con frecuencia hemos oído en estos días la mención de gravísimos cargos de unos contra otros. No creemos que las legítimas y ardientes inquietudes por construir un Chile nuevo de todos, deban llegar a causar divisiones tan hondas, que ya no seamos capaces de oírnos o de mirarnos en otra forma que como enemigos. Pedir por la fraternidad no es alejarse del deber de este momento; no es ser ilusos. Dios puede clarificar nuestras miradas, derribar nuestras barreras interiores, abrir perspectivas que todos reconozcamos.

La fraternidad verdadera es capaz de compartir el pan y la dignidad, espontáneamente, sin presión.

Si en cada compatriota vemos un hermano, depondremos las conveniencias egoístas, el choque vacío de palabras y la división apresurada de caminos, para buscar incansablemente el entendimiento y la unidad, sin renunciar a lo que creemos verdadero y necesario para todos.

IDS, N° 70 Octubre de 1972 pp. 6 y 7

CHILE ES ENEMIGO DEL RENCOR Y DE LA VIOLENCIA

Chile, que para nosotros es la copia feliz de la eterna morada y la expresión maravillosa del amor fiel de Dios hacia nosotros, debe ser el centro y la síntesis de nuestros amores humanos, el objeto de nuestros desvelos y la meta de nuestros sacrificios.

Chile nos exige, hoy, la generosa renuncia de nuestros orgullos, la afanosa e inteligente búsqueda de las soluciones que, superando el conflicto actual, labren la grandeza futura de nuestra Patria.

Nadie, por eso, tiene el derecho de pensar primero en sí mismo, en su prestigio personal o en el triunfo de su propia causa, cuando lo que está en juego es la vida institucional de la nación. Nadie tiene el derecho de imponer su propio punto de vista por razones, mezquinas o importantes, pero menos importantes que Chile. Nadie puede pretender que su triunfo se pague al precio de un desastre nacional.

En estos días asistimos, con una mezcla de incredulidad y de júbilo, El anuncio de paz en el Vietnam... ¡De manera que era posible!... Siempre ha sido, siempre será posible que los hombres eviten la guerra. Nunca, ninguna guerra, ninguna confrontación, ninguna agresión entre los hombres es necesaria, conveniente o indispensable. Siempre será posible que los hombres, aun de distintas razas y naciones, lleguen a entenderse... si lo quieren. ¿Cómo vamos a creer que hombres de un mismo pueblo, hermanados como sólo la sangre, la historia y el destino común pueden hacerlo; cómo vamos a creer que hermanos que juran una misma bandera y duermen y trabajan en un mismo suelo, no serán capaces de escucharse, comprenderse y darse la mano?

¡Tantas veces he hablado del alma de Chile! Alma de un pueblo hospitalario y cordial, enemigo del rencor y de la violencia. Alma de un pueblo que siente la solidaridad, un pueblo limpio de corazón, ajeno a las disputas de poder y de prestigio, a los sueños de ficticia grandeza, a las rivalidades y envidias que proliferan allí donde sobreabunda el dinero.

Alma de un pueblo que vive su fe sencilla en su

Dios, de ese Dios que prefiere a los humildes y rechaza a los soberbios, de ese Dios que le ha mostrado, en toda su historia, y le muestra aún hoy el camino de la unidad y el respeto mutuo, como mejor y único camino.

Mensaje a los Chilenos el 29 de Octubre de 1972.

UNA SOLA ESPERANZA: DERROTAR LA VIOLENCIA

En esta noche la cristiandad entera y nosotros en ella nos hemos reunidos a orar para anticipar la conmemoración del Ministerio de la Resurrección de Jesucristo...

Hoy, en nuestra patria, nosotros que somos cristianos, ¿qué debemos decir ante el mensaje del Señor, y ante nuestras vidas? ¿Qué debemos hacer confrontando estas dos realidades? ¿Cristo que nos ama, Cristo que vino a redimirnos. Cristo que ha derramado en cada uno de nosotros el agua santa del bautismo, su gracia redentora para hacernos criaturas nuevas, para crear un pueblo nuevo, el Pueblo de Dios! ¿Qué debemos decir mis queridos hijos?

Ante la realidad de nuestras vidas, ¿somos realmente nuevas criaturas? ¿Hemos recibido en nuestra alma el bautismo en tal forma que ha transformado nuestra sociedad, nuestra comunidad de hombres, que vive en esta hermosa tierra que Dios nos ha dado? ¿Es una comunidad de cristianos? Esta es la pregunta que yo me hago.

Este es el desafío, como decimos hoy, que la Historia de la Salvación, lanza a este pueblo, a nuestro pueblo, a nosotros ¿Somos o no somos hijos de Jesucristo? ¿Somos o no somos cristianos?

Vuestro Pastor, mis queridos hijos, tiene conciencia de lo que esto significa: ser de Cristo. Vuestro Pastor, reconoce su debilidad, su pe-

queñez y la distancia enorme en que El se encuentra del ideal que Cristo ha querido traer a la tierra.

Sin embargo, confiando en el Señor, confiando en su bondad, en su gracia en la existencia que El le ha prometido y también a todo su pueblo hoy se atreve a interrogarse a sí mismo y a interrogar a todos los cristianos sobre esta realidad. ¿Somos o no somos cristianos? ¿Qué significa ser cristiano?

Ante todo, significa reconocer a Dios que es el Unico que tiene derecho a exigirnos a nosotros la entrega total de nuestro amor. A reconocer a nuestro Dios como Nuestro Creador, a reconocerle derecho a imponer sus leyes en nuestras vidas y a reconocerle también como nuestro juez. Pero por sobre todas esas cosas, a reconocerle como el Amor que se ha hecho Carne, que ha venido a vivir entre nosotros para redimirnos.

Este Dios que es nuestro Creador, que ha hecho todas las cosas, según lo hemos leído en los libros santos en palabras muy sencillas adecuadas a nosotros los hombres, este Dios que nos ha traído a la existencia y que tendría todos los derechos sobre nosotros, ha querido ser un humilde niño, se ha encarnado, ha vivido entre los hombres, ha sufrido las discusiones de los hombres, las contrariedades y las luchas humanas. Se ha hecho uno de nosotros y ha sido víctima de las pasiones humanas muriendo por nosotros, recabándonos no la obediencia ciega y temerosa del esclavo, sino el amor del hijo, que reconoce al padre, que le ama y obedece con inmenso cariño.

Ser cristiano significa, mis queridos hijos, reconocer a nuestro Dios y saber que El pretende de nosotros nuestro amor.

¿Qué otra cosa significa ser cristiano? Significa, mis queridos hijos, que todos somos hijos del mismo Padre y nos reconocemos como hermanos. Significa que debemos respetarnos, porque no hay

ninguno de nosotros que sea inferior a los otros delante del Señor. Significa que debemos respetarnos también porque el amor sabe igualar las distancias, sabe sobreponerse a las diferencias y sabe perdonar las debilidades. Dos grandes amores se anidan en el corazón del cristiano: el amor a su Dios y el amor a su hermano. Esta es la ley.

Y ahora yo me pregunto, en esta tierra nuestra: ¿Reina esta ley? ¿Somos nosotros realmente hijos de Dios? ¿Nos sentimos hermanos de nuestro prójimo? ¿Establecemos una ley, la ley que Cristo ha proclamado y que no queremos que a nadie se le haga lo que a nosotros queremos que no se nos haga? ¿Sabemos que tenemos que amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos? ¿Lo cumplimos? Esta es la pregunta que hoy nos hacemos.

Realmente vuestro Pastor, mis queridos hijos, tiene inmensas dudas. Tiene una gran aprensión. No está cierto que nosotros seamos fieles hijos del Padre de los cielos, que amemos a Cristo el Señor que ha muerto y que ha resucitado por nosotros en la persona de nuestros hermanos. No estamos ciertos.

¿Por qué? Hemos presenciado desde la última Pascua de Resurrección hasta ahora las vicisitudes de nuestra historia, los dolores de nuestro pueblo, las luchas de nuestros hijos. Lo hemos presenciado. Sentimos dolorosamente que nuestro pueblo, que nosotros, que estos hijos de Dios y el pueblo de Dios, no sean capaces de comprenderse, de respetarse, de amarse; y que, por el contrario, los odios fraticidas se despierten entre nosotros.

Hemos presenciado la lucha y hemos visto la muerte de nuestros hermanos. Hemos visto el dolor de una situación sangrienta en nuestra patria y de una guerra entre compatriotas. Hubiéramos querido evitarla, hemos hecho todo lo posible por evitarla; al menos, así lo pensamos. Tal vez, también, nosotros hemos sido culpables y no hemos

hecho todo lo que debiéramos. Hemos dicho que la violencia no genera sino la violencia y que ése no es camino de hacer una sociedad más justa y mejor. Hemos dicho a nuestro pueblo, a nuestras autoridades, que no se puede faltar a los principios del respeto al hombre, que los derechos humanos son sagrados, que nadie puede violarlos. Les hemos dicho, en todos los tonos esta verdad. No se nos ha oído. Y por eso hoy día lloramos el dolor del Padre que presencia el desgarramiento de su familia, la lucha entre sus hijos, la muerte de alguno de ellos, la prisión y el dolor de muchos de ellos. Sin embargo, mis queridos hijos, tenemos una esperanza a pesar de nuestras debilidades, de nuestras flaquezas, de nuestras faltas. Nosotros confiamos en Cristo, confiamos en el Señor y a El le pedimos con las ansias del Padre atribulado ante el dolor de sus hijos, que haga renacer la paz en nuestra tierra; que sus hijos se comprendan; que todos nosotros, todos sin excepción, podamos trabajar por la grandeza de esta tierra que amamos y que El nos ha dado, como señal de su inextinguible amor.

Tenemos confianza y tenemos esperanza.

¿Creeríais, mis queridos hijos, que en este momento, según me dicen, vuestro Pastor, vuestro Obispo que os habla, está amenazado de muerte y tiene que llevar una escolta para que lo defienda? ¿Creeríais que esto es posible en esta tierra nuestra? Yo me pregunto: ¿Qué mal he hecho? Me pregunto: ¿Cómo es posible que los odios de mis hermanos lleguen hasta concebir la posibilidad de esta aberración? No lo puedo creer, no lo puedo creer. Yo no puedo creer que alguien pretenda levantar su mano contra un pobre hombre, que no es nadie, pero que tiene sobre sus hombros la Cruz de Cristo y que su cabeza ha sido ungida por la gracia del Pontificado. No lo puedo creer. Yo tengo una esperanza: Amo a mi pueblo. Amo a mi

gente y realmente si fuera necesario morir por ella, yo le pediría al Señor que me diera fuerzas para cargar con su Cruz hasta el extremo. Pero quisiera que mi pueblo viviera en Paz, que los hombres de mi tierra pudieran todas las mañanas levantarse y ver ese sol que nos alumbra, ver las montañas, los valles, los mares, pensando que aquí nadie los persigue, que no deben tener temor, que la gracia de Dios lo llena todo. Y es de todos.

Quisiera pensarlo, mis queridos hijos. Y tengo la esperanza de que así sea. Vuestro Obispo quiere que los dolores de su tierra, de sus hijos se terminen...

¿Será mucho pedir? ¿No es esto, mis queridos hijos, lo que Dios quiere de nosotros? Uno solo, uno solo murió por todo el pueblo. Uno solo fue la víctima inocente que se entregó para redimir a toda la humanidad, y esa sola familia, en Jerusalén, hace dos mil años lloró amargamente por la muerte del hijo querido, del amigo, del hermano, del Maestro. Ese solo grupo humano con su dolor, ha servido para redimir a la humanidad entera y para darnos a nosotros, la gota de felicidad que tenemos.

Bendito sea el dolor de Cristo que ha venido a sanar nuestras miserias y dolores. Por eso hoy, vuestro Pastor, en vuestra compañía, viene a pedirle al Señor, confiando en la bondad de los hombres, la comprensión para todos. Que sepamos enjugar las lágrimas, consolar a los afligidos, darle libertad a los cautivos y liberar a los hombres.

Homilía de Pascua de Resurrección, 13 de Abril de 1974.

Iglesia y política

La sociedad en la cual nos desenvolvemos, nos hace imperiosamente vivir y desarrollarnos en ámbitos políticos. La Iglesia tiene el deber y el derecho de hacer escuchar su voz en tan digna labor.

Las palabras que encontramos en estas líneas son reflejos de enseñanzas y caminos; el Cardenal Raúl Silva H. en su caminar de Pastor nos alienta y nos estimula. El mensaje está lleno de sabiduría para todo hombre que se preocupa el destino de la sociedad, y de su país.



La Iglesia y la política

La pregunta es legítima, y no hay por qué enojarse por ella. Primero, porque ha habido épocas y hombres de la Iglesia, miembros del clero, de la jerarquía, que estimaron normal, deseable y hasta imperativo que la Iglesia tomara partido. Epocas distintas, mentalidades diferentes, falta de claridad y evolución en la doctrina o de madurez en las personas explican, en parte, estas actitudes que no tenemos por qué negar, pero que no queremos repetir.

La pregunta es legítima —segundo— porque la política en general, y una elección en particular, son hechos y actividades en que se juega buena parte del destino de una comunidad. Y a la Iglesia, servidora de la comunidad, eso no le puede ser indiferente. Un cristiano no deja de ser ciudadano. Al contrario: su misma fe, su Bautismo lo comprometen para siempre con un Cristo solidario, servidor y liberador de los hombres, sus hermanos. Y eso supondrá, en mayor o menor grado, según su vocación, algún tipo de participación en la vida política.

Es bueno, por eso, que la pregunta se plantee así: ¿Qué tiene que decir, que puede y debe aportar la Iglesia a la vida y al momento Político de nuestra comunidad.

SIN OPCION POLITICA

Y de inmediato una primera respuesta, tomada del espíritu y letra del Concilio: La Iglesia como tal, no tiene ni está ligada a ningún sistema ni Partido Político. Cuando decimos "Iglesia", aludimos aquí por igual a los obispos, sacerdotes y laicos cristianos. Si estos últimos llevados por su conciencia cristiana se inclinan a elegir una determinada opción política, tendrán que admitir que otros creyentes, llevados por la misma sinceridad, escojan una solución divergente. Y ni unos ni otros podrán estimar su propia solución como la única compatible con el Evangelio.

Esta primera respuesta parece más bien negativa: afirma lo que la Iglesia no es y no debe hacer. Bien mirada, bien entendida, afirma una verdad del todo positiva: La Iglesia es signo y salvaguarda de la trascendencia del hombre; señal y garantía de que la persona humana está por encima y vale más que cualquier sistema o partido Político. Por su naturaleza, por la misión que recibió de Cristo. Ella, lejos de ser una ficción, un grupo, una ideología más, es el signo y salvaguarda de que los hombres puedan encontrarse y, más allá de sus ideologías y opciones políticas, unirse.

*Iglesia, sacerdocio y política
20 de Julio de 1970.*

LO QUE QUIERE LA IGLESIA EN EL AMBITO DE LA POLITICA

¿Qué quiere la Iglesia chilena, en pocas palabras? Quiere, realmente, conforme lo dice el Concilio, servir al mundo; quiere ser el alma de este mundo. No acepta el dualismo por ningún moti-

vo. Lo rehuye y está dispuesta a luchar para evitarlo. No quiere por ningún motivo que la confundan con un partido político.

Sabe que la alta política, evidentemente, es también para ella; y la Iglesia se compromete en la alta política, en el bien común. Sabe que está comprometida con el Pueblo con mayúscula, con todo el Pueblo, con el Pueblo de Dios. No acepta por ningún motivo que se diga que una solución de política contingente de cualquier partido o combinación de partidos que sea, agota el mensaje cristiano; es falso. Y por lo tanto, no acepta por ningún motivo que se diga que tenemos que comprometer la Iglesia en cuanto tal con una solución política determinada. No acepta decir que nosotros, porque no nos comprometemos en la lucha entre "el proletariado" (entre comillas) y la burguesía, porque en ella no tomamos parte, al no tomar parte estamos haciendo el juego a la burguesía. No lo acepta.

Nosotros estamos con el pueblo y con los pobres; pero los pobres de Yavhé no son el proletariado de los marxistas ni mucho menos; los pobres de Yavhé son una inmensa gama. Zaqueo estaba también entre los pobres de Yavhé. Y nosotros sabemos que la Iglesia tiene que estar para servir a todos los pobres y no sólo al pequeño grupo de pobres que ellos utilizan como arma política. No acepta la lucha de clases; constata la lucha de clases; ve en el antagonismo de clases una situación necesaria en toda sociedad creada por Dios, antagonismo que se debe a diversos intereses, como entre marido y mujer hay intereses diversos, pero de esa tensión que debe resolverse en el amor y en la comprensión mutua y en la colaboración, de esa tensión nace una vida. Y ésta es para nosotros la única solución. El día de mañana ha de darse también la solución entre los antagonismos sociales y entre los diversos intereses que for-

zosamente tienen que haber donde haya una sociedad organizada.

Nosotros no queremos por ningún motivo ser confundidos con aquellos que niegan la verdad y la trascendencia de la doctrina del Señor, y ni mucho menos con aquellos que dicen que la moral nuestra es una moral burguesa y hecha para mantener situaciones de privilegio. No lo aceptamos por ningún motivo y lo combatimos, a pesar de que algunos de los que esto dicen llevan sotana y llevaban sotana o, mejor dicho, no llevan nada. Y entonces constatamos con pena, eso sí, que muchas de estas personas que se han abanderizado o han buscado la solución marxista, a veces de buena fe, hoy día han dejado la fe. ¡Han dejado la fe!

*Conversando en Toledo
Junio de 1973.*

LA IGLESIA Y LOS GOBIERNOS

En realidad, la Iglesia siempre ha tenido cordiales relaciones con los gobiernos que ha tenido este país. Deseamos servir. La Iglesia no está llamada ni a poner gobiernos ni a sacar gobiernos ni a reconocer o no reconocer gobiernos. Nosotros aceptamos los gobiernos que este pueblo quiera darse y los servimos. Queremos realmente servir al pueblo de Chile y, por lo tanto, reconocemos el gobierno que el pueblo quiere.

Restañar heridas, 9 de Octubre de 1973.

EL CLERO Y LA POLITICA

Por eso mismo, su jerarquía, su clero, sus obispos, sacerdotes y diáconos no pueden estar al servicio de una ideología o facción humana ni con-

vertirse en militantes o activistas de una postulación política. Repito: no porque sean insensibles a las urgencias de la vida ciudadana, como si ellos no tuvieran un corazón sediento de justicia o no pudieran tener una visión y convicción propias sobre el camino que mejor lleva a esa justicia. Si el sacerdote no puede ser un militante político, no es porque esté marginado de las angustias y esperanzas del pueblo, sino porque el servicio que el pueblo le reclama es de otra naturaleza: es un servicio Sacerdotal. Y el sacerdote, representante visible de Cristo en la comunidad, tiene por tarea, como la Iglesia misma, construir y alimentar esa unidad cuyo signo y garantía es El.

Iglesia, Sacerdocio y Política
20 de Julio de 1970.

LOS CURAS Y LA POLITICA

No creo que los sacerdotes se mezclen exageradamente en toda clase de actividades políticas. Esto es solamente una exageración de quien lo afirma.

El que anden vestidos como todos, es un acto de sencillez, de humildad; y también ha de servirles para indicar a los demás hombres que no piden excepciones y que quieren ser tratados al igual que los demás.

La dignidad del estado sacerdotal no depende del hábito, sino de una verdadera vida espiritual, del sentido de su consagración a Dios y de la entrega a un ideal superior de servicio a sus hermanos.

Hay que pensar seriamente que “el hábito no hace al monje”.

¿Hace política la Iglesia?
20 de Enero de 1968.

¿LOS CURAS PUEDEN INTERVENIR EN POLITICA?

¿Cree Ud. que los sacerdotes deben o pueden intervenir en política?

—Los sacerdotes en Chile, como en todos los países democráticos del mundo, son ciudadanos con todos sus derechos. Sin lugar a dudas, pueden y deben dar su voto y tener preferencias políticas.

Los sacerdotes no deben participar en la política activa de partidos; no pueden dirigir colectividades políticas ni intervenir públicamente para hacer propaganda por ellas. Esto es lo que obliga a todos los sacerdotes. Creo que la mayor parte de ellos cumple con esta obligación, cualesquiera que sean sus simpatías políticas, las que, sin duda, tienen.

*¿Hace política la Iglesia?
20 de Enero de 1968.*

LOS CATOLICOS Y LA POLITICA

—La Iglesia la componen laicos, sacerdotes y religiosos. En el mundo de los laicos que pertenecen a la Iglesia Católica se dan diversas inclinaciones y preferencias políticas y hay católicos que pertenecen a distintos partidos políticos.

Esta actitud de los hijos de la Iglesia no es en ninguna manera malsana ni prohibida, si efectivamente los católicos piensan con esto cumplir con el grave deber de promover el bien público a través de las colectividades políticas a que ellos pertenecen.

*¿Hace política la Iglesia?
20 de Enero de 1968.*

LO QUE LA IGLESIA DEBE APORTAR AL MOMENTO POLITICO

Nuestra misma lealtad con el pueblo exige que seamos lo que somos: padres, pastores, educado-

res de la fe. Que anunciemos el Evangelio con todos sus imperativos, con toda la franqueza de un apóstol, con hambre y sed de justicia. Que lo anunciemos sin temor y siempre con amor cuyo signo es el respeto. Que recordemos a los hombres sus motivos más profundos de vivir, de esperar y de amar. Que les mostremos un Reino que comienza sí, en la Tierra, pero que no se identifica ni agota con ningún ordenamiento social o económico, por perfecto que sea. Que seamos testigos fieles de un Cristo que se hizo todo para todos.

Esto es lo que la Iglesia puede y debe aportar a la vida y al momento político de nuestra comunidad. Como Pastor de la Iglesia de Santiago, evoco con admiración y gratitud el recuerdo de mis antecesores, como Monseñor Crescente Errázuriz, quienes en épocas de aguda tensión reivindicaron para la Iglesia este camino de servicio, alejado de ambiciones o colusiones políticas.

Iglesia, sacerdocio y política
20 de Julio de 1970.

LA POLITICA Y LOS POLITICOS

Pero en los últimos tiempos, vale decir de unos veinte o veinticinco años a esta parte, surgió, decidida, la presión de la Iglesia en el sentido de abordar la solución de los problemas sociales, la exigencia de la Iglesia a los políticos y a los cristianos para afrontar el problema del subdesarrollo y sobre todo de las injusticias sociales, que eran enormes, como en todos los países de América Latina, por la estructura que en Medellín los Obispos llamamos una “estructura de opresión oprimente”, una “estructura violenta” que violentaba e impedía que una gran masa de nuestro pueblo que se encontraba en una condición infrahumana llegara a una condición humana. Esta lucha de la Iglesia para hacer que el poder

público y los partidos políticos y las clases pudientes abordaran esta situación, la enfrentarán y la solucionarán, ha sido muy clara y muy decidida.

Conversando en Toledo

Junio de 1973.

¿COMO NACE LA RELACION DE LOS CATOLICOS Y LA POLITICA Y SU PARTICIPACION EN ELLA?

Esto se realizó dentro de una contingencia que Uds. pueden prever, dado que antes efectivamente los católicos estaban unidos en un partido, pues la Iglesia se había visto abocada a la necesidad de crear un partido confesional que se llamó Partido Conservador. Y era conservador: quería conservar la sana tradición, los derechos de la Iglesia y los bienes que la Iglesia poseía, y los grandes valores de la Iglesia que eran atacados por los partidos liberales. Los católicos estaban dentro de este partido; y durante todo el siglo pasado y hasta principios de este siglo, la Iglesia estaba unida a ellos. Hasta que llegó un momento en que la Iglesia se separó de su partido. Pero entonces, muchas veces los católicos pudientes y la gente de la aristocracia no lo aceptaron con obediencia. Les costaba mucho la nueva directiva social que la Iglesia imponía o que, mejor dicho, la Iglesia pedía se optara, se dirigiera, se hiciera, se realizara.

Y así nació un nuevo partido, partido de cristianos, partido de los muchachos que nacieron a la sombra de la Iglesia y que fueron los grandes dirigentes de la Acción Católica. Este partido en principio se llamó Partido de la Falange por una reminiscencia de la Falange Española que nacía en ese momento aquí; después se llamó Partido Demócrata Cristiano. Este partido fue muy combatido por los católicos de derecha, es decir, por el antiguo Partido Conservador; incluso dentro de la jerarquía y dentro del clero había esta división; pe-

ro había hombres de Iglesia que favorecieron a la juventud y que tenían estas ideas, que eran ideas basadas en las grandes encíclicas de los Papas. Yo diría que los grandes líderes de este partido, los grandes ideólogos de ellos fueron especialmente Maritain y el Padre Lebreton.

Estos muchachos que se sintieron espoleados por la Iglesia a la causa de la redención del proletariado, a la redención cristiana del proletariado, formaron este partido que al principio tuvo muchas dificultades: fue un partido mísero, pequeño; pero poco a poco, después de treinta años de lucha, llegó a imponerse y llegó al gobierno. Y entonces tenemos al Partido Demócrata Cristiano, partido nacido de la Iglesia, no diré creado por la Iglesia, sino creado por los laicos, o, si entendemos lo que el Concilio Vaticano II ha llamado Iglesia, creado por la Iglesia, pues efectivamente los laicos son Iglesia. Interpretando el pensamiento social de la Iglesia crearon este partido en contraposición, diré, al otro partido que nunca lo aceptó porque lo consideró como un hijo rebelde que nacía de sus filas.

*Conversando en Toledo
Junio de 1973.*

LOS LAICOS Y LA POLITICA

—Yo creo que existe también una vocación a la vida política: vocación de consagración y servicio a la gran comunidad nacional. Un laico cristiano que reconozca en sí esa vocación no puede sustraerse a ella. La autenticidad de su fe se probará, en tal caso, en la lealtad y reciedumbre de su compromiso con el Bien Común. Normalmente ello le demandará adherir a un determinado partido —el que su conciencia libremente escoja como idóneo— y aceptar las —a veces muy duras— reglas del

juego político, dentro del respeto hacia quienes, libremente también, escojan una opción diferente. Para ellos, los laicos, es un derecho y deber. La misión de la Jerarquía es distinta. Obispos, sacerdotes y religiosos no podemos empeñarnos en una política partidista, por más que individualmente poseamos legítimas preferencias y cumplamos consecuentemente nuestros deberes ciudadanos. Pero en nuestra condición de pastores, nuestra tarea es reafirmar los grandes principios e imperativos morales, denunciando todo atropello del hombre y anunciando el Evangelio de la Paz, fruto de la Justicia.

*El estilo del concilio
15 de Enero de 1970*

LOS POLITICOS Y LA BUENA VOLUNTAD

Estoy seguro, señor Senador, que si existe en nuestros dirigentes políticos, tanto del Gobierno como de la oposición, buena voluntad, sinceridad y real anhelo de justicia y de bienestar para nuestro pueblo, se darán los pasos concretos que se requieren, para escuchar la voz de nuestro humilde servicio evangélico, y que Dios no dejará de bendecir a quienes, sacrificando legítimos intereses, concuerden en estos altos ideales.

*Un mínimo de consenso nacional
28 de Julio de 1973*

CHILE UN PAIS DEMOCRATICO

Entre estas cosas extrañas, Chile ha sido un país democrático, con una alternativa, en 150 años de democracia, de haber tenido una sola revolución, llamada efectivamente así. Los presidentes se han sucedido con mayor regularidad que en los Estados Unidos de América; no hemos tenido ningún

presidente asesinado. La democracia ha sido una democracia liberal, si bien en el primer tiempo los condicionamientos para la votación en la elección de las autoridades dependían de las altas clases que gobernaban prácticamente el país. La libertad y la democracia eran relativas.

Poco a poco fue naciendo y creciendo la clase media. Chile es uno de los pocos países de América Latina que tiene una clase media, que en los últimos años ha sido la que ha gobernado al país; los grandes, los presidentes, digamos, antiguos, que eran todos de la clase alta y aristocrática, han dado lugar, han cedido el paso a presidentes que son de la clase media.

*Conversando en Toledo
Junio de 1973*

SER SUJETOS DE LA HISTORIA ELIGIENDO LOS DESTINOS DEL PUEBLO

Profesamos un profundo respeto a la Economía, como ciencia, y a quienes la cultivan con honesto ánimo de contribuir a la reconstrucción nacional; pero debemos recordar que “la Economía está sometida al hombre y a su servicio. Y la única manera de evitar las terribles miserias sociales...es oír la voz de quienes las sufren. Hay muchas maneras de resolver los problemas económicos. Pero ninguna es buena si no toma en cuenta, si no invita a participar a todos los que habrán de poner el esfuerzo y sufrir las consecuencias”. (*Evangelio y Paz, III parte B. 4*).

*Hijo de un carpintero
1° de Mayo de 1976*

TENER CUIDADO CON LAS NUEVAS IDEOLOGIAS

Porque, además de la desnutrición, el analfabetismo, la cesantía, que ya son un clamor que de-

nuncia la injusticia, es posible constatar la crisis de los Estados nacionales y la incorporación de la nueva ideología de la seguridad nacional, que tiende a desplazar nuestros propósitos de paz en la justicia para dar paso a la política y la estrategia de la guerra total.

Porque nada se obtendría si unos pocos, inspirados en las nuevas ideologías o instrumentalizados por quienes detentan el poder económico, quisieran imponer modelos sociales que, en último término, sólo pretenden defender instituciones caducas y negar, a la vez, que el transcurso histórico pueda ser un lugar de encuentro de nuevas perspectivas y de nuevas conciencias.

*Pacto andino y solidaridad
2 de Mayo de 1976*

EDUARDO FREI EL POLITICO POR EXCELENCIA

Eduardo Frei fue un cristiano, un demócrata, un político, un humanista y un hijo de la Iglesia. Estos eran sus títulos.

Como cristiano convencido y fervoroso, oyó la voz del Maestro que llegó a él, apremiante e insistente, a través del Magisterio de la Iglesia, que urgía a los cristianos del mundo a crear una sociedad en que la justicia social fuera el principio de una civilización más cristiana y la base de la pacificación de la Humanidad.

*Ven, bendecido de mi padre
25 de Enero de 1982*

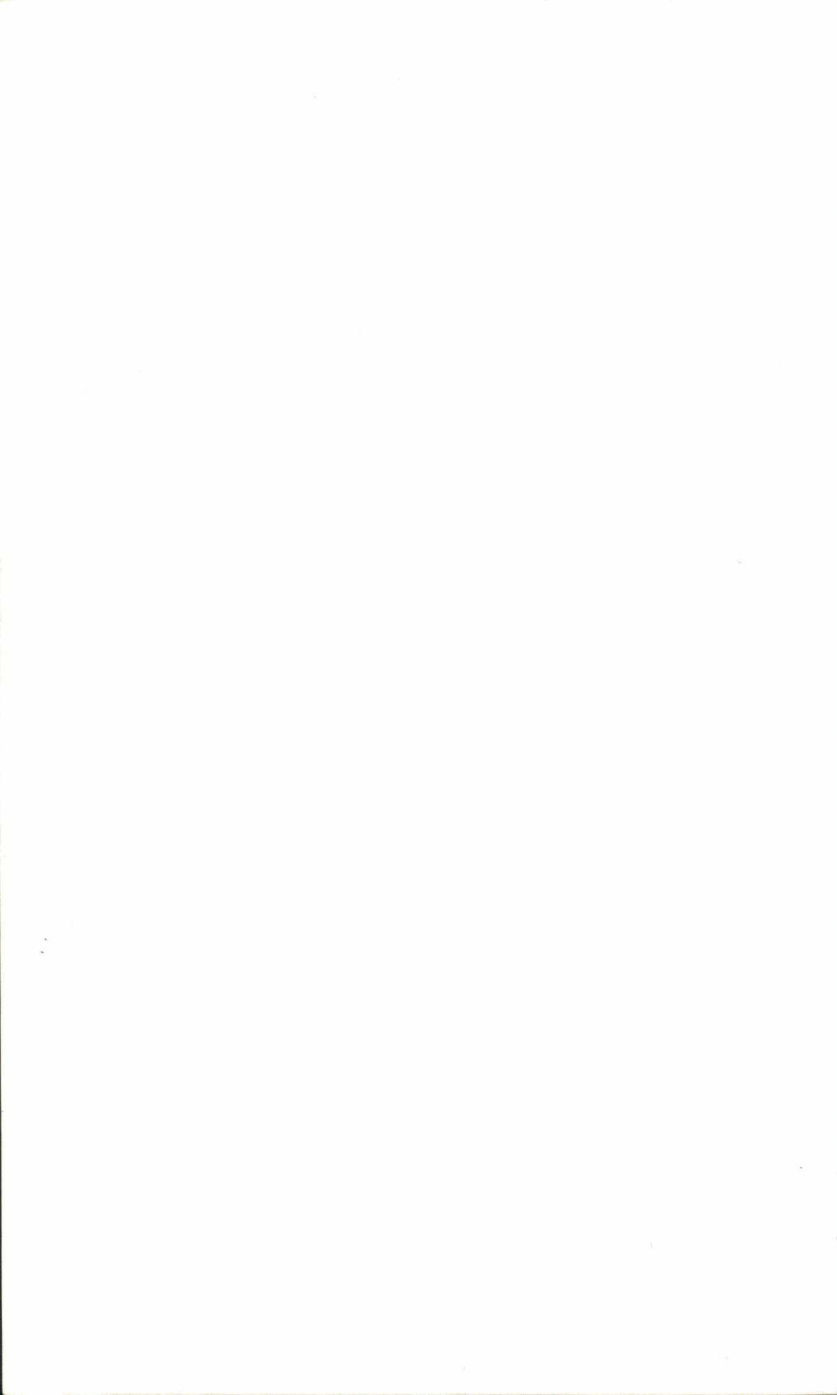
LA IGLESIA NO DESPRECIA LA ACTIVIDAD POLITICA

La Iglesia no desprecia la actividad política; por el contrario, la valoriza y la tiene en alta estima y exhorta a sus hijos a evangelizar la totalidad

de la existencia humana, incluso la dimensión política”. Por eso hoy, agradecida, recuerda a este hijo suyo que la ha sabido interpretar con inteligencia y enorme generosidad. Por eso hoy, desde el Santo Padre hasta el más pequeño y humilde de los discípulos de Cristo, le rinden, entristecidos, el postrer y cálido homenaje.

Eduardo Frei fue un político cristiano. Su voz resuena aún hoy día proclamando con claridad y valentía las soluciones de los grandes problemas nacionales. Su voz continuará resonando y será como la conciencia de un Chile que ama la justicia y el derecho. Como se dijo del Maestro podemos decirlo de su discípulo: “Sobre él he puesto mi Espíritu para que traiga el derecho a las naciones. La caña cascada no la quebrará, el pabilo humeante no lo extinguirá. Promoverá fielmente el derecho, no vacilará ni se quebrará hasta implantar el derecho en la Tierra”.

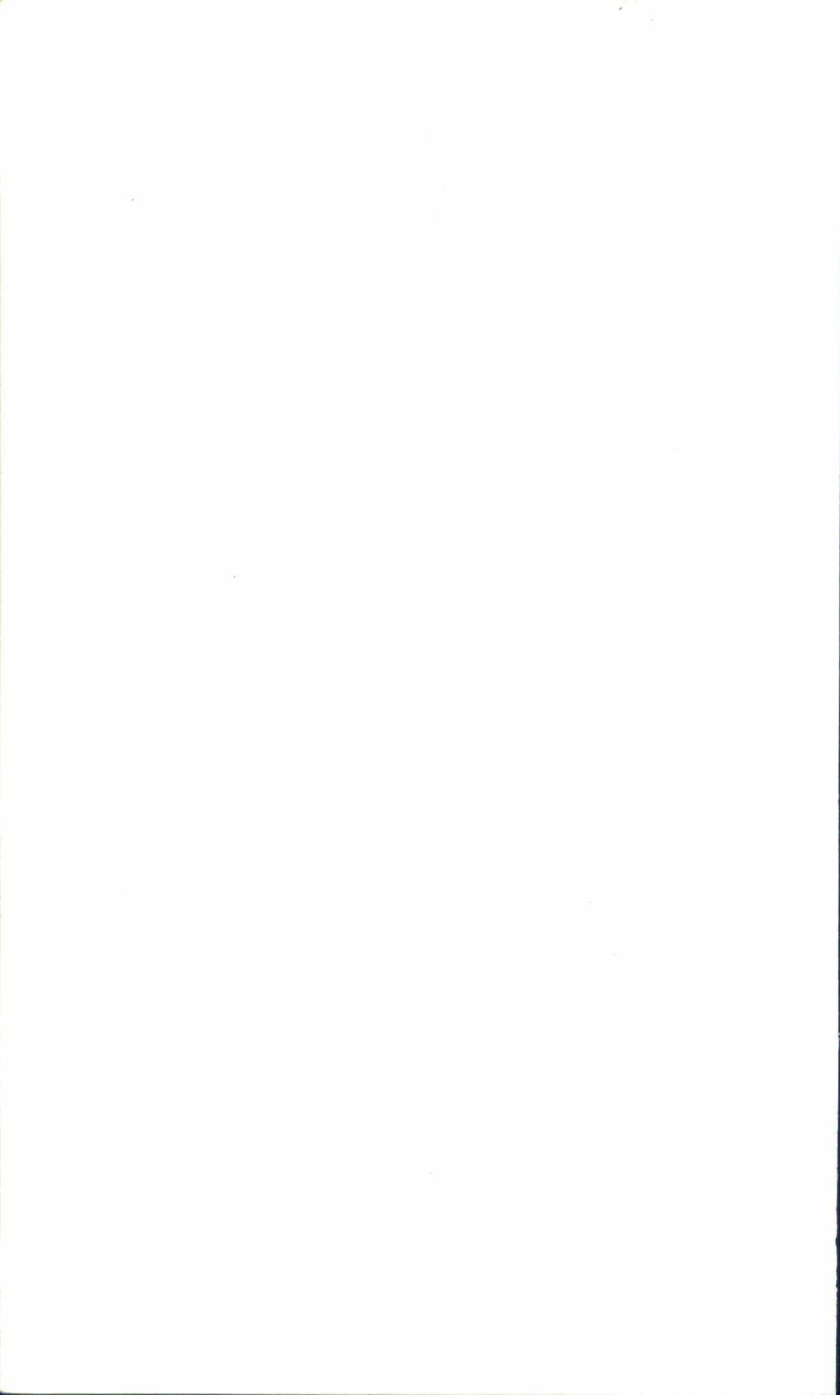
*Ven, bendecido de mi padre
25 de Enero de 1982*



Iglesia y Esperanza

¡Esperanza! el gran desafío para el mundo, para nuestro querido país. Tal vez, sea también la gran disyuntiva para muchos hombres que buscan un destino mejor.

Las reflexiones de Don Raúl nos abren senderos para frutos de mejor calidad. Queremos y deseamos una nación reconciliada con el amor, pero ello pasa por una profunda esperanza en un Chile más humano y personalizado. La esperanza es para el que nace, para el que está en proceso de desarrollo, para el que aporta con su experiencia, la esperanza es para el hombre.



El nacimiento de Jesús

Su nacimiento es una invitación a nacer.

Esta noche ha de nacer, en nosotros, un Hombre Nuevo.

Para nosotros resuena, esta noche, la gozosa noticia de la Noche de Belén: “No tengan miedo, porque vengo a anunciarles una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: hoy día les ha nacido un Salvador”.

No tengan miedo: no viene a condenar, sino a salvar.

No tengan miedo: no viene para unos pocos privilegiados, perfectos o muy letrados. Viene para todo el pueblo.

Viene para todos los que necesitan ser salvados. Para los que quieren oír, ver, caminar. Para los que se sienten manchados. Para los que se reconocen enfermos, débiles, pobres, marginados. Para los que sufren hambre y sed de justicia. Para los que lloran ausencias, distancias, soledades. Para los que no saben, y quisieran saber. Para los que nos esperan, y quisieran confiar. Para los que no aman, y quisieran amar.

En este Niño retira Dios el velo que enluta a los hombres, y hace desaparecer la Muerte para siempre y enjuga las lágrimas de todos los rostros.

Esta noche nos ha nacido un Salvador. Esta noche hemos de nacer de nuevo. Niños, ancianos, adultos, adolescentes, creyentes y descreídos, jus-

tos y pecadores: todos necesitamos ser salvados. Todos tenemos derecho a comenzar de nuevo.

Por eso, la señal para ubicar al Salvador es reconocible por todos. Inspira confianza, deseos de acercarse. No atemoriza, no ofende a nadie. "Esto les servirá de señal: envuelto en pañales y acostado en un pesebre, encontrarán un niño".

Ningún despliegue de fuerza, ningún alarde de espectacularidad. El Salvador no trae armas, dinero, inponente séquito. No pretende seducir por el lujo, dominar por presencia. Ni siquiera reviste la forma de un adulto, orador brillante, conductor de masas, imagen de fortaleza. Es simplemente un niño, frágil y dependiente como todos los niños.

Si esta noche celebramos al Salvador que nos ha nacido, seamos consecuentes: imitémoslo.

Cristo en los desposeídos
24 de Diciembre de 1970

ESPERANZA PARA LOS HOMBRES

Esperanza, sin embargo, confianza en la madurez de los hombres y mujeres de Chile. Confianza en su generosidad y su responsabilidad. Confianza en los ciudadanos de todos los barrios y grupos sociales, de todas las comunidades políticas y religiosas. Confianza en la abrumadora mayoría de los habitantes de esta tierra que, ante todo, son y se sienten chilenos, y buscan y desean y trabajan por la paz.

Confianza en nuestras instituciones democráticas, en nuestros poderes públicos, llamados a ser servidores y garantes de la unidad nacional.

Confianza también y sobre todo, en la presencia activa de Cristo Jesús, Dios y Señor de la historia, que junto a su Madre mira, como antes a Jerusalén, ahora a nuestro Chile y le reitera su ofrecimiento, su súplica de paz.

Congoja y Esperanza
2 de Septiembre de 1972

CONGOJA Y ESPERANZA POR LA SITUACION DE LOS CHILENOS

Congoja, pues, y esperanza: Esos son los sentimientos que me invaden, junto a tantos ciudadanos chilenos, hermanos míos, en esta hora difícil de la comunidad nacional.

Congoja y esperanza son nuestros sentimientos en esta hora de la patria. Congoja, cuando pensamos en los hombres y mujeres, en los jóvenes y niños de nuestro pueblo, de ese pueblo que es, en definitiva, el gran derrotado en toda contienda fratricida; el gran postergado en todas las guerrillas de grupos hambrientos de poder; el gran sujeto, y víctima, de todas las violencias que sólo cambian de mano.

Congoja y Esperanza
2 de septiembre de 1972

EL HOMBRE TIENE DERECHO A LA ESPERANZA

Pero la Iglesia no puede cesar de urgir la justicia y preparar así la reconciliación. Ella es la depositaria de la única Palabra que pueda salvarnos. Ella es la intérprete del único Evangelio que proclama y cautela la dignidad del hombre —de todo hombre— como hijo de Dios. Ella es la voceadora incansable del triunfo del amor sobre el odio y de la vida sobre la muerte. Ella es la abogada insoportable de todo aquél que es destituido de sus derechos; la conciencia incallable que denuncia toda justicia violada. Ella es la maestra que sabe de humanidad, con su sabiduría que le viene de Cristo. Ella es, sobre todo, la Madre que sólo tiene preferencia y predilección por el más indefenso, ni conoce otra pasión que la unidad de los dispersos.

¡El hombre —ha dicho dramáticamente el Papa— tiene derecho a la esperanza. Y la Iglesia debe ser hoy, signo y fuente de esperanza!”

*Reconciliación de los chilenos
24 de Noviembre de 1974*

LA IGLESIA HACE SUYA LA ESPERANZA DE LOS HOMBRES

La Iglesia habla apremiada por el amor, porque quiere llegar a todos los chilenos, indentificarse con su pueblo, cargar con los sufrimientos y angustias de los trabajadores, hacer suya su esperanza y solidaridad. La Iglesia habla no sólo para desarmar la violencia y el odio, sino que, al mismo tiempo, para construir la justicia y el amor.

Con ese espíritu de angustiado amor por nuestro pueblo, levantamos, hace años, nuestra voz. Suplicamos entonces que no se ahondaran más las trágicas divisiones entre los chilenos; que se alejara el espectro de una guerra fratricida.

*Hijo de un carpintero
1° de Mayo de 1976.*

RESPONSABILIDAD DE LA IGLESIA ANTE EL GOZO Y LA ESPERANZA DE LOS HOMBRES

La condición significativa a que la Iglesia se encuentra llamada, le plantea, entonces, dos requerimientos inescapables.

El primero no puede ser otro que todo su esfuerzo interior por configurar el Sacramento universal que es el servicio específico que puede prestar en el mundo de los hombres.

El segundo, y en la percepción de que la comunidad que ella forma se halla integrada por seres humanos como los demás seres humanos, la con-

ciencia cada vez más lúcida de que “el gozo y la esperanza, la tristeza y la angustia de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de toda clase de afligidos, son también gozo y esperanza, tristeza y angustia de los discípulos de Cristo, y nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón”.

*Pacto andino y solidaridad
2 de Mayo de 1976.*

CHILE UNA ESPERANZA PARA TODOS

Chile —que para nosotros es la copia feliz de la eterna morada y la expresión maravillosa del amor fiel de Dios hacia nosotros— debe ser el centro y la síntesis de nuestros amores humanos, el objeto de nuestros desvelos y la meta de nuestros sacrificios. Chile nos exige hoy la generosa renuncia de nuestros orgullos, la afanosa e inteligente búsqueda de las soluciones que, superando el conflicto actual, labren la grandeza futura de nuestra patria.

Nadie, por eso, tiene el derecho de pensar primero en sí mismo, en su prestigio personal o en el triunfo de su propia causa cuando lo que está en juego es la vida institucional de la nación. Nadie tiene el derecho de imponer su propio punto de vista por razones mezquinas o importantes, pero menos importantes que Chile. Nadie puede pretender que su triunfo se pague al precio de un desastre nacional.

*Operación respeto
29 de Octubre de 1972.*

LA ESPERANZA DE LA DESESPERANZA

Una invitación, un mandato de actuar, que emana del amor, no del temor, nos compromete

en primer lugar con ese mundo para el cual las palabras solas no significan y no sirven de nada. Ese mundo que sufre las amenazas de la inseguridad en el trabajo, los despidos arbitrarios, cesantías y huelgas que se prolongan a veces hasta la exasperación. Sus causas, es cierto, son complejas y las responsabilidades, múltiples; pero en cualquier circunstancia es siempre la parte más débil la que sufre más y no puede esperar indefinidamente.

*Acelerar nuestra liberación
1° de Mayo de 1970.*

LA TIERRA ESPERANZA PARA TODOS

La Iglesia tomó la decisión de distribuir estas tierras a quienes con su trabajo y esfuerzo prolongado demostrasen capacidad y responsabilidad para ser propietarios de ellas. Han sido años difíciles para Uds., años de sudor, de fatiga y de lucha y también de esperanza y confianza. “Los que siembran entre lágrimas, cantando cosecharán”. Nosotros los hemos acompañado en este tiempo; hemos seguido con interés y cariño los esfuerzos que los preparaban para ser propietarios de estas tierras. Esta tierras donde Uds. han visto salir y ponerse el sol, regadas por las lluvias y recorridas palmo a palmo por el caminar de cada día. Hoy estas tierras les pertenecen, y esto nos llena de alegría, emoción y esperanza. Por eso en este momento deseamos agradecer a Dios que nos inspiró para iniciar la Reforma Agraria, para distribuir las tierras de la Iglesia.

*Tierra para los campesinos
Mayo de 1970.*

TENEMOS CONFIANZA Y TENEMOS ESPERANZA

Nosotros confiamos en Cristo, confiamos en el Señor y al El le pedimos, con las ansias del Padre

atribulado ante el dolor de sus hijos, que haga renacer la paz en nuestra tierra; que sus hijos se comprendan; que todos nosotros, todos sin excepción, podamos trabajar por la grandeza de esta tierra que amamos y que El nos ha dado, como señal de su inextinguible amor.

*¿Somos cristianos?
13 de Abril de 1974.*

RENACE EN LA IGLESIA LA TAREA DE LA ESPERANZA

Esta tarea hace renacer en nosotros una inmensa esperanza, que sentimos en este momento religioso, todos los que de una u otra manera, por uno u otro título, revalidamos nuestro compromiso con las multitudes hambrientas y sedientas de justicia, y queremos ser, para ellas, constructores de un mundo más solidario, más justo, más humano, artífices de la Paz verdadera, la que el corazón del hombre anhela, la única portadora de la tan deseada liberación.

*Amamos la libertad
18 de Septiembre de 1973.*

CONSTRUYAMOS CAMINOS PARA HACER UNA GRAN FAMILIA

Tenemos que matar el odio antes de que el odio envenene y mate el alma de nuestro Chile.

Hoy, ante los restos mortales de un Ministro, como al nacer de la República, los chilenos tenemos que escoger nuevamente nuestro camino. Y en este momento la voz de la Iglesia se levanta amonestadora y suplicante, pidiendo a todos los hombres y mujeres amantes de la patria, que seren sus ánimos; que no se dejen conducir por el

odio; que, depuestas las antiguas querellas y unidos en un grande amor a Chile, construyamos su grandeza. Que haya paz entre hermanos; que encontremos, en el tesoro de nuestras más nobles tradiciones, caminos de convergencia nacional. Que nuestra más fuerte y hermosa realidad: ser una gran familia de hermanos, haga imposibles los brotes del odio.

*Hay que matar el odio
8 de Junio de 1971.*

QUEREMOS UN PORVENIR MEJOR

En este amor eficaz y universal creemos y esperamos nosotros. No creemos en la violencia de los que defienden sólo sus intereses egoístas, ni en la violencia de los que creen interpretar al pueblo y con sus actos sólo están preparando la represión y una mayor injusticia. Creemos en la generosidad, en el esfuerzo y el patriotismo de nuestro pueblo para consagrarse a cambiar injustas formas de vida social, para luchar en sus organizaciones y sindicatos por la dignidad de su familia, por un porvenir mejor.

*Guerra para los campesinos
Mayo de 1970.*

TENEMOS FE EN CHILE

*¿La Iglesia tiene fe en el futuro de Chile?
¿Cree que van a venir días mejores?*

Sin duda alguna. Siempre hemos tenido fe en Chile. Podemos sufrir, porque los pueblos también pasan por épocas de sufrimiento, pero son necesarias para que puedan resurgir con mayor vi-

gor. Tenemos fe absoluta en el Señor y en Chile, por la gracia de Dios.

*Restañar heridas
9 de Octubre de 1973*

LLAMADO A LOS CHILENOS A SER GENEROSOS

En este año, en nuestro Chile, el Señor llama a los cristianos a ser la levadura en la masa, la sal de la tierra, la luz del mundo. Hoy, cuando en nuestra patria, debido a la contienda electoral, suenan tantas voces airadas, pareciendo que la Paz y la equidad y el Amor no tienen más cabida en ella, hoy, más que nunca. Cristo nos llama a deponer toda clase de violencia y edificar el bien de la nación sobre la base de la generosa entrega, de la serena equidad, y de la justicia que construye sin estridencias.

*Deponer toda violencia
Pascua de Resurrección 1970.*

LA TAREA DE LA IGLESIA ES DE AYUDA A RECONSTRUIR UN MUNDO

La hora en que vivimos es una hora extremadamente grave. Al decir de Su Santidad Pío XII, "nuestro mundo está abocado a la ruina, camina sin saberlo por los derroteros que llevan al abismo almas y cuerpos, buenos y malos, civilizaciones y pueblo", nuestra patria no está exenta de este malestar general; a cada instante se puede decir que estamos percibiendo la agonía de una época que termina.

Nadie de nosotros, los católicos, pueden dejar de ver u ocultar esta dolorosa realidad de la hora presente. Nos incumbe la tarea de ayudar a "re-

construir un mundo desde sus cimientos; hay que transformarlo de salvaje en humano, de humano en divino, es decir, según el corazón de Dios”

*Apacienta mis ovejas
24 de Junio de 1961.*

ANUNCIO DE LA SALVACION DEL HOMBRE

Jesús. Movidos por la caridad de Cristo e iluminados por la luz del Evangelio —nos dicen los obispos de todo el mundo— abrigamos la esperanza de que la Iglesia, cumpliendo con mayor fidelidad su tarea evangelizadora, anuncie la salvación integral del hombre, o sea, su plena liberación, y comience ya desde ahora a realizarla. En efecto, esta obligada a imitar a Cristo, que explicó su Misión con las siguientes palabras: “El Espíritu del Señor está sobre Mí, porque me ungió para evangelizar a los pobres... y poner en libertad a los oprimidos” (Lucas 4, 18 Sínodo de los obispos 1974).

*Buena nueva para los pobres
1° de Mayo de 1974.*

LA IGLESIA NO PUEDE CALLAR

Pero es inútil: la Iglesia no puede callar. Sería como traicionarse a sí misma. Sería, también, dejar al hombre, a la Humanidad, sin su conciencia. Y sin la voz de la conciencia el hombre se pierde, ya no es capaz de distinguir entre el bien y el mal.

*Hijo de un carpintero
1° de Mayo de 1976.*

CONSTRUIR LA CIVILIZACION DEL AMOR

De acuerdo con los que los Obispos de América les hemos pedido, ustedes han elegido, como lema de esta Semana, Construyamos la Civilización del Amor. Me parece que no hay tarea más noble ni misión más hermosa que construir un estilo de convivencia y una jerarquía de valores centrada en el Amor.

*La civilización del amor
7 de Octubre de 1979*

¡NO A LA GUERRA! ¡NO A LA VIOLENCIA!

¡No a la guerra! ¡No a la violencia! ¡No a la conculcación de los derechos del hermano! Eso hemos dicho; eso hemos pedido.

Lo pedimos con humildad. Lo pedimos sabiendo que no tenemos ninguna fuerza física para imponer nuestras ideas. Sólo contamos con la bondad del Dios que nos ha enviado; con su Espíritu que nos ilumina y nos guía; y con la comprensión y sensatez de los hombres de esta Tierra. Y esperamos que esto sea una alborada de un hermoso día que las Américas quieren vivir, que los hombres de esta tierra tienen derecho a gozar.

*El camino de la justicia
25 de Noviembre de 1978.*

EL FUTURO DE CHILE

—¿Y el futuro de Chile? (El Cardenal sonrío.)

—No sé. Espero que sea bueno, me temo que pueda ser malo.

La entrevista ha terminado.

*Entrevista polémica
Agencia ANSA Febrero de 1981.*

LA IGLESIA HACE UN LLAMADO DE ESPERANZA A LOS JOVENES

Hijos míos: No rehúyan el llamado del Maestro a caminar con El. No pregunten por qué ni adónde los llama. Corran con El la aventura de la fe. Experimentarán que nada hay, fuera de El, que les entregue esperanza y salvación duraderas. Acérquense al Señor en los sacramentos y escúchenlo en la oración para que por sobre todas las cosas sean capaces de un amor sin límites. Amen sus propias vidas juveniles donde Dios habita. Amen a los demás jóvenes que abrigan tantas esperanzas en ustedes. Amen a sus padres y familiares y tengan por ellos actitudes de comprensión y de perdón. Amen a la Iglesia y a sus Pastores y ayúdenla para que sea fiel al Evangelio. Amen a la humanidad y al mundo y háganse servidores y constructores del Reino. Pero para poder amar con la intensidad necesaria no olviden amar al Señor con todo el corazón, con todas las fuerzas y con toda el alma.

*Ven y sígueme
Fiesta de Pentecostés 1982.*



Esta obra se terminó de imprimir en el mes
de setiembre de 1987 en los talleres de
Compañía Gráfica de Chile
GRAFICHILE
Santiago - Chile